E 1761 04644007 6

BIBLIOTECA
FRANCO-AMERICANA

DE ÓRDEN

DEL REY

IMPRENTA GENERAL DE CH. LAHURE
calle de Fleurus, 9, Paris

L
1895 ho
Snz

VICTOR HUGO

DE ÓRDEN DEL REY

(L'HOMME QUI RIT)

TRADUCCION DE

CARLOS DE OCHOA

TOMO CUARTO

329042
17.7.36

PARIS

LIBRERIA INTERNACIONAL
de
J. LACROIX, VERBOECKHOVEN Y Cª
15, BOULEVARD MONTMARTRE

LIBRERIA ESPAÑOLA
de
E. DENNÉ SCHMITZ Y COMPAÑIA
2, CALLE FAVART

1869

PQ
2285
H8S6
1869
t.4

LIBRO SEXTO

VARIOS ASPECTOS DE URSUS

LIBRO SEXTO

VARIOS ASPECTOS DE URSUS

I

LO QUE DICE EL MISÁNTROPO

Luego que Ursus vió á Gwynplaine internarse bajo la puerta de la cárcel de Southwark, quedóse desencajado y lívido de pena junto á la esquina en que se habia puesto á observar, y por largo rato tuvo en los oidos aquel chirrido de cerraduras y cerrojos que parece el alarido de alegría de la cárcel cuando devora á un mi-

serable. Esperó ¿qué? Espió ¿qué? Una vez cerradas esas inexorables puertas no vuelven á abrirse de seguida; están como paralizadas por su estancamiento en las tinieblas y tienen los movimientos dificultosos, sobre todo cuando se trata de poner en libertad: entrar, pase; salir, ya es diferente. Ursus lo sabia, pero esperar es una cosa en que no tiene uno libertad para darla por terminada cuando quiere; esperamos á pesar nuestro; las acciones que hacemos desprenden una fuerza adquirida que persiste aun cuando ya no tiene objeto. Aunque distinto de los demas hombres, Ursus se quedó como un cualquiera clavado en su sitio como si esperase algo; consideraba sucesivamente las dos tapias negras, ya la alta, ya la baja, ya la puerta en que habia una escalera de horca, ya la otra puerta en que habia una calavera, como si estuviera cogido en aquella tenaza compuesta de una cárcel y un cementerio. Por aquella calle excusada é impopular pasaba tan poca gente que nadie reparó en Ursus.

Salió en fin del rincon en que estaba escondido y se marchó andando muy despacio. Em-

pezaba ya á anochecer, tan larga habia sido su centinela; de cuando en cuando volvia la cabeza y miraba con ojos vidriosos y estúpidos el horrible portillo por donde habia entrado Gwynplaine. Llegó al cabo de la callejuela, tomó otra calle, luego otra, siguiendo instintivamente el itinerario que habia llevado pocas horas antes, y volviéndose algunas veces como si todavía pudiera ver la puerta de la cárcel, aunque estaba ya lejos de ella. Poco á poco se iba acercando al Tarrinzeau-field; los prados que rodeaban la feria eran como caminos desiertos entre cercas de jardines y huertas. Iba encorvado siguiendo las tapias y las zanjas, cuando de pronto se paró, levantó la cabeza y dijo: — ¡Mejor!

Al mismo tiempo se dió dos puñadas en la cabeza, luego otras dos en los muslos, ademan que indica á un hombre que juzga las cosas como deben juzgarse. Y empezó á refunfuñar consigo mismo, levantando á veces la voz encolerizado:

— ¡Bien hecho! ¡Ah pillo, bandido, tunante, sedicioso! Sus expresiones contra el gobierno son lo que le ha llevado á donde está. Es un rebelde; un rebelde tenia yo en mi casa y ya me

veo libre de él: buena fortuna tengo; nos comprometia de veras. ¡Metido en presidio! muy bien hecho, perfectamente: ¡excelencia de las leyes! ¡Ingrato! á mí que le habia criado comprometerme así!... ¿Qué necesidad tenia de hablar y discurrir? pardiez que es idea peregrina ir él á mezclarse en los negocios del Estado! Mientras contaba sus cuartos, empezó á disparatar sobre las contribuciones, sobre los pobres, sobre el pueblo, sobre todo lo que no le interesa! se ha tomado la libertad de hacer reflexiones y comentarios malignos sobre la calderilla del reino! ha insultado á los ochavos de S. M., porque un ochavo y la reina todo es uno. La efigie es sagrada. ¿Tenemos una reina, sí ó no? pues respetemos su cardenillo. Todo se enlaza en el gobierno, tengámoslo muy presente: yo he vivido mucho y conozco el mundo y las cosas; pero me dirán: eso es hablar de política. Tanto se me da á mí de la política como de la cola de un borrico. Un dia recibí un bastonazo de un baron, y me dije: no necesito mas; bastante sé ya de política. El pueblo no tiene mas que un ochavo, le da, la reina lo toma, y el pueblo

queda agradecido; no hay cosa mas natural; lo demas toca á los lores, á sus señorías los lores espirituales y temporales. ¡Hola, hola! Gwynplaine está preso! irá á presidio! es justo, equitativo, excelente, merecido y legítimo: suya es la culpa; hablar está prohibido. Preso, hijo mio, preso. Tanto peor para él y tanto mejor para mí: bien sabe Dios que me alegro y confieso ingenuamente que soy hombre de suerte. ¡Buena extravagancia hice recogiendo á ese chico y á esa chica! Estábamos tan ricamente hasta entonces Homo y yo. ¡Y cuidado si me han dado que hacer de niños y de grandes! Y bonita pareja á fé mia, él tan siniestramente feo y ella tuerta de los dos ojos: el sapo y la hembra del topo; idilio. Con esa canalla vivia yo en la intimidad, y por fuerza esa intimidad habia de acabar mal: el sapo ha hablado de política y le han puesto á buen recaudo: mejor; ya estoy libre de él. Cuando vino el *wapentake*, hice la tontería de sentirlo y hasta de creerlo imposible, pero no: la cosa es indudable y la considero un golpe de la Providencia: gracias, señora, gracias por tanta bondad. Ese monstruo es el que con

su fama atrajo la atencion sobre mi establecimiento y denunció á mi pobre lobo. Con la ida de Gwynplaine me sacudo dos pejigueras: de un tiro mato dos perdices, porque á Dea le va á costar la vida: cuando ya no vea á Gwynplaine —¡porque le vé la muy idiota! — no tendrá ya razon de ser y se dirá: — ¿Qué tengo que hacer en este mundo? — y se irá como él: ¡buen viaje! ¡Cargue el diablo con los dos! siempre los aborrecí con toda el alma: ¡revienta, Dea! ¡Qué contento estoy, qué contento!...

II

LO QUE HACE

Cuando llegó al parador Tadcaster, daban las seis y empezaba á anochecer.

Maese Nicless estaba en el dintel de la puerta y la consternacion seguia pintada en su semblante.

En cuanto vió á Ursus desde lejos, le gritó:

—¿Qué hay?

—¿Cómo qué hay?

—¿Vuelve Gwynplaine? Ya es hora: no tardará el público en llegar. ¿Tendremos esta noche la representacion del Hombre que se Rie?

—El Hombre que se Rie soy yo, dijo Ursus.

Y miró al mesonero riéndose estrepitosamente.

Luego subió derecho al piso principal, abrió la ventana contigua á la muestra del parador, se asomó, alargó el brazo, descolgó la tabla en que se leia el rótulo de Gwynplaine—el Hombre que se Rie, arrancó la otra tablilla en que estaba el anuncio del *Caos vencido*, y se volvió á bajar llevando ambas tablas debajo del brazo.

Maese Nicless le seguia con los ojos.

—¿Por qué descolgais esas tablas?

Ursus prorumpió en una segunda carcajada.

—¿Por qué os reis? repuso el posadero.

Ursus respondió:

—Torno á la vida privada.

Comprendió maese Nicless y dió órden á su teniente el mozo Govicum de que anunciase á cuantos acudieran que no habia representacion aquella noche; quitó de la puerta el tonel que

hacia de despacho de billetes y le llevó arrastrando á un rincon de la sala baja.

Un momento despues, Ursus subia á la Green-Box.

Dejó en un rincon las dos tablas y penetró en lo que él llamaba «el pabellon de las mujeres».

Dea estaba durmiendo, vestida, sobre su cama, junto á ella Vinos y Fibi estaban sentadas pensativas, la una en un escabel, la otra en el suelo.

A pesar de lo avanzado de la hora aun no se habian vestido de diosas, señal de profundo desaliento. Ursus consideró á Dea.

— Se está ensayando para un sueño mas largo, murmuró.

Luego apostrofó á Fibi y á Vinos.

— Ya sabeis que se acabó la música y que podeis meteros las trompetas en el bolsillo. Habeis hecho bien en no aparejaros de deidades: feas estais así, pero habeis hecho bien. Esta noche no hay representacion, ni mañana, ni pasado, ni el otro: Gwynplaine se eclipsó.

Y volvió á mirar á Dea.

— ¡Qué golpe va á recibir! Será lo mismo que cuando se apaga una vela. Perder á Gwyn-

plaine es para ella lo que seria para mí perder á Homo; peor todavía.

Encendió el farol que pendia del techo de la Green-Box, y al poco rato abrió Dea los párpados, pues muchos ciegos cierran los ojos para dormir: su hermoso rostro estaba tan sereno y radiante como siempre.

—Ella se sonrie y yo me rio, murmuró Ursus. Todo va bien.

Dea llamó:

—¡Fibi, Vinos! Ya debe ser la hora de la representacion. Creo que he dormido mas tiempo que de costumbre; venid á vestirme.

Ni Fibi, ni Vinos se movieron. Ursus empezó á gritar:

—¿Ea, que haceis que no venís? no oís á vuestra ama? ¿estais sordas? ¡pronto! que va á empezar la representacion.

Las dos mujeres miraron á Ursus estupefactas. Ursus continuó gritando:

—¿No veis que ya va entrando el público? Fibi, viste á Dea; Vinos, toca el tamboril.

Fibi y Vinos representaban la obediencia pasiva y una completa sumision: su amo Ursus

habia sido siempre un enigma para ellas; no ser comprendido era una razon para ser siempre obedecido: creyeron simplemente que se habia vuelto loco y ejecutaron la órden. Fibi descolgó el traje y Vinos el tambor.

Fibi empezó á vestir á Dea. Ursus se salió del cuarto y prosiguió perorando detrás de la cortina:

—¡Mira, mira, Gwynplaine! ya el público llena mas de la mitad del patio y aun acude la gente por todos lados. ¡Qué muchedumbre! ¿Qué me dices de Fibi y Vinos que nada habian visto? todas estas mujeres gitanas son estúpidas; la gente es idiota en Egipto. No descorras la cortina, sé pudoroso, Dea se está vistiendo.

Hizo una pausa y de pronto se oyó esta exclamacion:

—¡Qué hermosa es Dea!

Era la voz de Gwynplaine, pero en la boca de Ursus. Fibi y Vinos volvieron la cara azoradas, pero Ursus, entreabriendo la cortina, les prohibió por señas que manifestasen su asombro, y prosiguió con la voz de Gwynplaine.

—¡Angel!

Luego replicó con la voz de Ursus:

—¡Dea un ángel! loco estás Gwynplaine. No hay mas mamífero volador que el murciélago.

Y añadió:

—Mira, Gwynplaine, vete á soltar á Homo; es lo mejor que puedes hacer.

Y bajó la escalera posterior de la Green-Box muy aprisa como hubiera podido bajarla Gwynplaine, ruido imitativo que Dea pudo oir.

Encontróse en el patio á Govicum, á quien toda aquella aventura traia desocupado y curioso.

—Alarga las dos manos, le dijo al oido; y le echó en ellas un puñado de cuartos, munificencia que enterneció al pobre muchacho.

Ursus prosiguió muy quedo:

—Instálate en el patio, salta, brinca, baila, alborota, silba, relincha, rebuzna, aplaude, patea, revienta de risa, rompe cualquier cosa.

Maese Nicles, humillado y despechado de ver á las gentes que acudian á ver al Hombre que se Rie volver pié atrás y refluir hácia las otras barracas, habia cerrado la puerta del meson y hasta renunciado á dar de beber aquella noche para

evitarse el fastidio de las preguntas, y no sabiendo qué hacerse, se estaba con su palmatoria en la mano asomado al patio desde el balcon: Ursus, con la precaucion de poner su voz entre paréntesis con las dos palmas de la mano ahuecadas junto á la boca, le gritó:

—Imitad, buen amigo, á este muchacho, chillad, ladrad, aullad.

Subióse á la Green-Box y dijo al lobo:

— Habla lo mas que puedas.

Y alzando la voz añadió:

— Hay demasiada gente; no vamos á poder trabajar.

Vinos entretanto zurraba á todo zurrar su tambor.

Ursus prosiguió:

— Ya está Dea vestida y podremos empezar. Siento que hayan dejado entrar tanta gente: ¡qué apretados están! Creo, Gwynplaine que vamos á tener una entrada fabulosa. ¡Ea, firme con la música! empuña ¡oh Fibi! tu clarin; toma una actitud de Fama. Advierto, niñas, que no os encuentro bastante desnudas; fuera esos corpiños; reemplazad el lienzo con la gasa: al pú-

blico le gustan las formas de la mujer. Seamos un poco voluptuosos y dejemos rabiar á los moralistas. Pero ¡qué gentío, Gwynplaine! Vamos, ayúdame y bajemos el tablero.

Bajólo, en efecto, y comenzó entonces una escena verdaderamente extraordinaria: Ursus no fué ya un hombre, sino una muchedumbre: obligado á hacer la plenitud con el vacío, agotó los recursos todos de una ventriloquia prodigiosa, imitando todas las voces, todos los sonidos, la confusion, el tumulto, las risotadas, los juramentos, las riñas, los aplausos. Dea escuchaba.

Por su parte Govicum en el patio hacia prodigios. Vinos y Fibi desempeñaban su ofício concienzudamente, y maese Nicless, espectador único, se daba como ellas la explicacion tranquila de que Ursus estaba seguramente loco.

Govicum, en sus glorias por ser útil en aquel desórden, trabajaba casi tanto como Ursus: la cosa le divertia y le daba cuartos.

Homo estaba pensativo.

Una vez Ursus se gritó á sí mismo con voz febril y puntiaguda.

— ¡Afuera el viejo!

Y prosiguió con su voz natural :

— Creo que el pueblo me insulta. Bien dice Ciceron : *plebs*, *fex urbis*; no importa, amonestemos á la plebe : trabajo me costará hacerme oir, pero hablaré. ¡Hombre, haz tu deber! Observa, Gwynplaine, como aulla aquella vieja allá en el fondo.

Hizo aquí una pausa en que colocó un aullido, al que Homo provocado añadió un segundo y Govicum un tercero.

Ursus prosiguió :

— Las mujeres son peores que los hombres : el momento es poco propicio, pero probemos sin embargo lo que puede un discurso; nunca está de mas ser elocuente. — Escucha, Gwynplaine, escucha este exordio ingenioso. — Ciudadanas y ciudadanos, el oso soy yo y me quito la cabeza para hablaros; reclamo humildemente el silencio.

Ursus prestó á la concurrencia este grito :

— ¡*Grumphll*!

Y continuó :

— Venero á mi auditorio; *Grumphll* es un epifonema como otro cualquiera. ¡Salve, poblacion

bulliciosa! Que todos sois verdadera pillería, es cosa que no ofrece para mí el menor asomo de duda y que en nada amengua el aprecio en que os tengo; aprecio razonado: yo respeto profundamente á los señores tunantes que me honran con ser mis parroquianos. Hay entre vosotros seres disformes, de lo cual no me ofendo: los señores cojos y los señores jorobados caben en la naturaleza. El camello es jiboso; el bisonte tiene los lomos algo abultados; el tejon tiene las piernas mas cortas á izquierda que á derecha, hecho que atestigua Aristóteles en su tratado del andar de los animales. Aquellos de entre vosotros que poseen dos camisas, llevan una sobre el cuerpo y tienen la otra en casa del usurero: sé que eso se hace; Albuquerque empeñaba su bigote y San Dionisio su aureola, y los judíos prestaban hasta sobre la aureola: ¡grandes ejemplos! Tener deudas es tener algo: ¡respeto en vosotros á la gente perdularia!

Ursus cortó su discurso con esta interrupcion en bajo profundo:

— ¡Triple pollino!

A que respondió con su acento mas cortés:

— Estamos de acuerdo. Soy sabio de oficio, y de ello me excuso como puedo : científicamente desprecio la ciencia. La ignorancia es una realidad que da de comer; la sabiduría es otra realidad que mata de hambre. Por regla general hay que optar entre ser un sabio y enflaquecer ó ser un asno y pastar. ¡Pastad, oh ciudadanos! pero convenid en que si Ursus no es mas que un sabio, Gwynplaine es un artista.

Y de nuevo exclamó con distinta voz :

— *¡Grumphll!*

Luego prosiguió con la suya :

— ¡Otra vez grumphll! no me parece mal la objeccion, pero prosigo mi discurso diciendo ¡oh señores y señoras! que Gwynplaine tiene junto á sí otro artista, y es este personaje distinguido y peludo que nos acompaña, el caballero Homo, antiguo perro salvaje, hoy lobo civilizado y súbdito fiel de su majestad.

Y así continuó perorando, revolviéndose, cortando su discurso con multitud de interrupciones asombrosamente remedadas, hasta que empezó la representacion del *Caos vencido* casi como de ordinario, salvo los efectos de luz azul y con la

circunstancia de que poco antes de empezar Ursus descolgó de un clavo y dejó en un rincon de la escena al alcance de su mano una peluca muy cerdosa que tenia entre sus prendas de vestuario. El lobo representaba de buena fé : en el momento oportuno apareció Dea, y su trémula y divina voz evocó á Gwynplaine y alargó los brazos buscando aquella cabeza....

Ursus se precipitó sobre la peluca, la puso todavía mas fosca, se la encasquetó sin chistar y conteniendo el resuello adelantó con mucho tiento la cabeza de aquella suerte erizada bajo la mano de Dea; luego echando el resto de su arte y copiando la voz de Gwynplaine cantó con inefable amor la respuesta del mónstruo al llamamiento del espíritu.

La imitacion fué tan perfecta que tambien entonces las dos gitanas buscaron con los ojos á Gwynplaine, asustadas de oirle sin verle. Todos hicieron admirablemente su papel imitando á las mil maravillas todos los accidentes y el bullicio de la salida del público.

Ursus se levantó todo cubierto de sudor, y dijo á Homo al oido : — Ya comprendes que era

preciso ganar tiempo y creo que lo hemos conseguido. Todavía puede Gwynplaine volver de aquí á mañana y era inútil matar de sopeton á esa pobre Dea : ya te explicaré la cosa para tí solo.

Quitóse la peluca y se enjugó la frente.

— ¡Cuidado si soy un gran ventrílocuo! murmuró entre dientes. Convencida está Dea de que Gwynplaine no ha salido de aquí.

— Ursus, dijo Dea, ¿dónde está Gwynplaine?

Ursus pegó un respingo.

Dea se habia quedado en el fondo del teatro, en pié, debajo del farol que pendia del techo : una sombría palidez cubria su rostro.

Luego repuso con una inefable sonrisa desesperada :

— Ya lo sé; nos ha dejado, se ha ido. Bien sabia yo que tenia alas.

Y alzando hácia lo infinito sus blancos ojos, añadió :

— Y yo ¿cuándo?....

III

COMPLICACIONES

Ursus se quedó atónito. No habia producido ilusion!

¿Era la culpa de su habilidad de ventrílocuo? No, seguramente. Habia logrado engañar á Fibi y á Vinos, que tenian ojos, y no á Dea, que era ciega, y era porque en Fibi y en Vinos solo las pupilas eran lúcidas, al paso que en Dea el corazon era el que veia.

En las emociones complejas la humillacion es el primer sentimiento que se abre camino. Ursus dijo para su capote :

— He derrochado mis onomatopeyas. ¿Y qué va á ser ahora de nosotros?

Miró á Dea que continuaba callada y cada vez mas pálida, sin hacer el menor movimiento : sus ojos continuaban clavados en el espacio.

Sobrevino en esto muy á tiempo un incidente.

Ursus vió en el patio á maese Nicless con su palmatoria en la mano que le hacia señas.

Maese Nicless no habia asistido al fin de la especie de comedia-fantasma representada por Ursus, lo cual consistia en que habian llamado á la puerta del parador y en que habia ido á abrir, y como dos fueron las llamadas, dos fueron tambien los eclipses de maese Nicless, sin que Ursus, absorbido por su monólogo de cien voces, lo hubiese echado de ver.

Llamado por maese Nicless, bajó Ursus y se acercó al posadero, llevando cada uno puesto el dedo en la boca y mirándose de esta suerte, como si cada cual quisiese decir al otro : Hablemos, pero callemos.

Abrió el posadero silenciosamente la puerta de la sala baja del meson y ambos entraron en ella. No habia allí mas que ellos dos; la puerta que daba á la calle y las ventanas estaban cerradas, y ademas maese Nicless cerró detrás de sí la puerta del patio en los hocicos del curioso Govicum; en seguida dejó la palmatoria sobre una mesa y se entabló el diálogo á media voz como un cuchicheo.

— Maese Ursus.

— Maese Nicless.

— He acabado por comprender.

— ¡Bah!

— Habeis querido hacer creer á la pobre ciega que todo pasaba hoy aquí como de ordinario.

— Ninguna ley prohibe ser ventrílocuo.

— Teneis mérito.

— No.

— Es prodigioso hasta qué punto haceis con la voz lo que os da la gana.

— Repito que no.

— Ahora tengo que hablaros.

— ¿De política?

— No sé.

— Es porque en ese caso no os escucho.

— Lo que ocurre es esto: mientras estabais haciendo vos solo comedia y público, llamaron á la puerta del meson.

— ¿Llamaron á la puerta?

— Sí.

— Eso no me gusta.

— Ni á mí tampoco.

— ¿Y luego?

— Luego abrí.

— ¿Y quién llamaba?

— Uno que me habló.

— ¿Y qué dijo?

— Yo le escuché.

— ¿Y qué respondisteis?

— Nada. Me volví á veros representar.

— ¿Y...?

— Y llamaron segunda vez.

— ¿Quién? ¿el mismo?

— No. Otro.

— ¿Otro que tambien os habló?

— Otro que nada me dijo.

— Lo prefiero.

— Yo no.

— Explicaos, maese Nicless.

— Adivinad quién llamó la primera vez.

— No tengo tiempo para ser Edipo.

— Era el dueño del circo de caballos.

— ¿De aquí al lado?

— De aquí al lado.

— ¿Dónde hay toda esa música infernal?

— Infernal.

— ¿Y luego?

— Y luego, maese Ursus, ocurre que os hace ofrecimientos.

— ¿Ofrecimientos?

— Ofrecimientos.

— ¿Para qué?

— Por qué.

— Teneis sobre mí una ventaja, maese Nicless, y es que hace un momento comprendísteis mi enigma, y que yo ahora no comprendo el vuestro.

— El dueño del circo ecuestre me encarga que os diga que vió pasar esta mañana la comitiva de policía, y que deseando probaros que es vuestro amigo, os ofrecia compraros por cincuenta libras esterlinas pagadas al contado la

Green-Box, los dos caballos, las trompetas con las dos mujeres que las tocan, la pieza con la ciega que canta en ella, vuestro lobo y á vos tambien por añadidura.

Ursus dejó asomar á sus labios una altanera sonrisa.

—Dueño del parador Tadcaster, decid al dueño del circo ecuestre que Gwynplaine va á volver.

Cogió el mesonero de una silla un bulto que apenas se divisaba en la oscuridad, y se volvió á Ursus, con los dos brazos levantados, dejando pender de una de sus manos una capa y de la otra una esclavina de cuero, un sombrero de fieltro y un capisayo.

Y maese Nicless dijo:

— El hombre que llamó la segunda vez, y que era un hombre de policía y que entró y salió sin pronunciar una sola palabra, trajo esto.

Ursus reconoció la esclavina, el capisayo, el sombrero y la capa de Gwynplaine.

IV

MOENIBUS SURDIS CAMPANA MUTA[1]

Ursus palpó el fieltro del sombrero, el paño de la capa, la sarga del capisayo, el cuero de la esclavina, no pudo dudar de la procedencia de aquellas prendas, y con un ademan rápido é imperioso, sin decir una palabra, indicó á maese Nicless la puerta del parador.

Maese Nicless la abrió.

1. A paredes sordas, campana muda.

Ursus salió precipitadamente.

Maese Nicless le siguió con los ojos, y vió á Ursus correr, cuanto se lo permitian sus cansadas piernas, en la direccion que tomó por la mañana el *wapentake* cuando se llevó á Gwynplaine; un cuarto de hora despues llegaba Ursus sin aliento á la callejuela donde estaba el postigo falso de la cárcel de Southwark y donde habia pasado ya tantas horas en observacion.

No necesitaba aquella callejuela que fuesen las doce de la noche para estar desierta, pero si de dia inspiraba tristeza, por la noche infundia miedo. Nadie se aventuraba en ella pasada cierta hora; no parecia sino que era de temer que las dos tapias se acercasen una á otra y que si ocurria el capricho á la cárcel y al cementerio de darse un abrazo quedase uno cogido y aplastado en el apreton: ¡efectos nocturnos!

Por instinto la gente de Southwark evitaba, como ya hemos dicho, aquella calle entre cárcel y cementerio, que antiguamente se cerraba por la noche con una cadena de hierro; precaucion inútil, pues la mejor cadena para interceptar aquella calle era el miedo que inspiraba.

En ella penetró Ursus resueltamente.

¿Qué idea se llevaba? ninguna.

Iba á aquella calle á tomar informes. ¿Llamaria á la puerta de la cárcel? No seguramente; tan espantoso é inútil arbitrio no se le pasó siquiera por la imaginacion. Tratar de introducirse allí para pedir alguna noticia, hubiera sido locura: las cárceles no se abren ni para el que quiere salir; sus goznes no giran mas que sobre la ley. Ursus lo sabia. ¿Qué iba pues hacer en aquella calle? A ver. ¿Ver qué? Nada: no sabe uno lo que puede suceder; todo es posible.... Esto se decia sin duda á sí mismo. Volver á hallarse frente á la puerta por donde habia desaparecido Gwynplaine, ya era algo; á veces la pared mas negra y cerrada dice algo y de entre las piedras sale una luz: examinar los accidentes de un hecho y todo lo que le envuelve suele ser útil. Todos tenemos el instinto de no dejar entre el hecho que nos interesa, mas que la menor distancia posible; por eso Ursus habia vuelto á la callejuela donde estaba la entrada baja de la cárcel.

En el momento en que entró en la callejuela oyó una campanada y luego otra.

— ¡Calla! exclamó. ¿Serán ya las doce?

Y maquinalmente empezó á contar.

— Tres, cuatro, cinco. — ¡Qué lentos son los toques de esa campana! — Seis, siete.

Y se interrumpió para hacer esta observacion:

— ¡Qué sonido tan lamentable! — Ocho, nueve. — ¡Ah! ya comprendo; estar en la cárcel es cosa que entristece hasta á un reló.—Diez. — Y luego ahí está el cementerio y esa campana cuenta la hora á los vivos y la eternidad á los muertos. — Once. — Contar la hora al que no está libre es tambien contar una eternidad! — Doce.

— Sí, las doce son, prosiguió.

La campana dió otro toque. Ursus se stremeció exclamando:

— ¡Trece!

Sonó luego otro toque, y luego otro.

— ¿Qué significa esto?

Los toques continuaban con largos intervalos. Ursus escuchaba.

— No es un reló el que toca, es la campana Muta: ya decia yo que daba muy despacio la hora. Algo de siniestro indica el doblar de esa campana.

Toda cárcel antiguamente, como todo monasterio, tenia su campana llamada Muta, reservada para las ocasiones melancólicas. La Muta « la muda » era una campana que sonaba muy quedo, cual si hiciese todo lo posible para que no se la oyese.

Ursus se habia acomodado en el rincon cómodo para acechar, desde donde habia podido, durante una gran parte del dia, espiar la cárcel.

Los tañidos se seguian á larga distancia uno de otro.

El doblar de las campanas produce una fatal puntuacion en el espacio y se parece al estertor de un hombre : anuncio de agonía. Ursus contaba confusamente las campanadas, aunque aquella cuenta á nada conducia : sintiéndose en una pendiente resbaladiza pugnaba por no aventurar conjeturas. Son estas un plano inclinado por el que inútilmente se puede ir demasiado lejos, mas sin embargo ¿qué significaba aquella campana? Y miraba la oscuridad hácia el sitio donde sabia que estaba la puerta de la cárcel.

De pronto, en aquel mismo sitio que formaba una especie de negro agujero, asomó una tinta

sonrosada que poco á poco fué agrandándose y llegó á ser una claridad.

Aquélla claridad rojiza nada tenia de vago, y desde el primer momento adquirió forma y contornos: la puerta acaba de girar sobre sus goznes y aquella claridad dibujaba perfectamente en ella las líneas del arco y de las jambas, si bien no hizo mas que entornarse, pues una cárcel nunca se abre del todo; no hace mas que bostezar, de fastidio tal vez.

El postigo dió paso á un hombre que llevaba una tea en la mano.

La campana no cesaba de doblar, y Ursus, dominado por dos espectativas, se puso en acecho, el oido en la campana, la vista en la tea.

Detrás de aquel hombre, la puerta que, como hemos dicho, solo estaba entornada, se abrió casi del todo y dió salida á otros dos hombres y luego á un cuarto, que era el *wapentake*, visible á la luz de la tea: en la mano llevaba su baston de hierro.

En seguida del *wapentake* desfilaron, desembocando por el postigo en órden, de dos en dos, con la rigidez de una serie de postes que echasen á andar, varios hombres silenciosos.

Aquella comitiva nocturna atravesaba el postigo por parejas, como una procesion de penitentes, sin solucion de continuidad, con un lúgubre empeño de no meter ni el menor ruido, gravemente, casi suavemente. Una sierpe que sale de su nido tiene esa especie de cautela.

La tea hacia resaltar los perfiles y las actitudes, perfiles adustos, actitudes mustias.

Ursus reconoció todas las caras policiacas que por la mañana se habian llevado á Gwynplaine.

No habia duda: eran los mismos; volvian á aparecer, y evidentemente Gwynplaine iba tambien á aparecer de nuevo. Le habian llevado allí y ahora le sacaban: era claro. Ursus redobló su atencion: ¿irian á poner á Gwynplaine en libertad?

La doble hilera de polizontes fluia de la bóveda baja muy lentamente, y como gota á gota: la campana, que no interrumpia sus toques, parecia señalarles el paso. Al salir de la cárcel, la comitiva, volviendo la espalda á Ursus, torcia á la derecha por el trozo de la calle opuesto al que él ocupaba.

Una segunda tea brilló bajo el postigo, anunciando el remate de la comitiva.

Ursus iba á ver lo que se llevaban, al preso, al hombre.

¡Ursus iba á ver á Gwynplaine!

Apareció por fin lo que se llevaba la comitiva.

Era un ataud.

Cuatro hombres llevaban á cuestas un ataud cubierto con un paño negro.

Detrás de ellos iba otro que llevaba una azada al hombro.

Una tercera tea encendida, llevada en la mano por un personaje que iba leyendo en un libro que debia ser un capellan, cerraba la comitiva.

El ataud se puso encima detrás de los polizontes que habian torcido á la derecha.

Al mismo tiempo se paró la cabeza de la comitiva.

Ursus oyó rechinar una llave.

Frente á la cárcel, en la tapia baja que corria todo lo largo del opuesto lado de la calle, una segunda puerta abierta se iluminó con la luz de una tea.

Aquella puerta, sobre la cual se distinguia una calavera, era la puerta del cementerio.

Por ella entró el *wapentake*, luego entraron

los hombres, luego la segunda tea en pos de la primera; por ella fué desapareciendo poco á poco la comitiva como el reptil cuando se mete en su agujero; la fila entera de los polizontes penetró en aquella otra oscuridad que se extendia al otro lado de aquella puerta, luego el ataud, luego el hombre de la azada, luego el capellan con su tea y su libro, y se volvió á cerrar la puerta.

Solo quedó un poco de resplandor encima de una tapia.

Oyéronse un cuchicheo y algunos sordos y secos golpes.

Eran sin duda el capellan y el sepulturero que echaban sobre el ataud, el uno los versículos de sus preces, y paletadas de tierra el otro.

Cesó el cuchicheo, cesaron los golpes sordos: hízose un movimiento, brillaron las teas, pasó de nuevo el *wapentake* por la puerta del cementerio, con su *weapon* levantado en la mano, volvió el capellan con su libro, el sepulturero con su azada, reapareció la comitiva sin el ataud, la doble hilera de hombres recorrió el mismo breve camino entre las dos puertas con la misma taciturnidad y en sentido inverso, cerróse la puerta

del cementerio, abrióse la de la cárcel, la bóveda sepulcral del postigo se llenó de luz, la oscuridad del corredor se hizo vagamente visible, ofrecióse á las miradas la densa y profunda noche de la cárcel, y toda aquella vision se sepultó en toda aquella sombra.

Cesó el tañido de la campana: el silencio vino á terminarlo todo, siniestra clausura de las tinieblas.

Fué aquello una aparicion desvanecida, un paso de espectros que se disipa.

Una série de indicios que coinciden lógicamente acaba por construir algo que se parece á la evidencia: á Gwynplaine preso, al modo silencioso con que se le prendió, á sus ropas devueltas por el hombre de policía, al tañido mortuorio de la campana de la cárcel adonde se le habia llevado, venia ahora á añadirse, ó mejor dicho, á ajustarse, aquella cosa trágica, — un ataud llevado á la sepultura.

—¡Ha muerto! exclamó Ursus, y cayó sentado en un guardacanton.

—¡Muerto! ¡le han matado! ¡Gwynplaine! ¡hijo mio! ¡hijo mio!

Y prorumpió en sollozos.

V

LA RAZON DE ESTADO TRABAJA EN PEQUEÑO COMO EN GRANDE

Ursus, y ya recordará el lector que de ello blasonaba el infeliz, nunca habia llorado : el depósito de las lágrimas estaba lleno en él, y semejante plenitud en que se ha acumulado gota á gota, dolor á dolor, toda una larga existencia, no se vacia en un instante. Largo rato sollozó Ursus; lloró por Gwynplaine, por Dea, por él

mismo, por Homo, lloró como un niño, lloró como un viejo, lloró por todas las cosas de que se habia reido, pagando así sus atrasos. El derecho del hombre á las lágrimas no caduca jamás.

El muerto que acababan de confiar á la tierra, excusado parece decirlo, era Hardquanonne, pero Ursus no tenia obligacion de saberlo.

Así trascurrieron muchas horas.

Empezó á clarear el dia; los pálidos albores de la mañana se extendieron sobre Bowling-green, vagamente mezclados con sombras. La fachada del parador Tadcaster se tiñó de luz matinal, y aun no se habia acostado maese Nicless, porque á veces el mismo hecho produce varios insomnios.

Las catástrofes irradian en todos sentidos: tiremos una piedra al agua y probemos á contar las salpicaduras.

Maese Nicless se sentia herido, por cuanto es cosa poco agradable que le ocurran á uno aventuras en su casa. Maese Nicless, asaz inquieto y vislumbrando complicaciones, echaba sus cuentas, y se arrepentia gravemente de haber recibido en su casa á «aquella familia». ¡Si lo hubiera

sabido! ¡De seguro acabarian por meterle en algun lio! — ¿Cómo diablos deshacerse de ellos? — Habia firmado una escritura con Ursus. — ¡Qué dicha seria sacudírsele de encima! — Pero ¿cómo componerse para lograrlo?

De pronto sonaron en la puerta del parador algunos de esos recios golpes que en Inglaterra anuncian la llegada de un personaje: la escala de los toques al llamar á una casa corresponde á la de la jerarquía social del que llama.

No era aquel exactamente el modo de llamar propio de un lord, pero sí el que correspondia á un magistrado.

Todo tembloroso entreabrió el mesonero su ventanillo: quien llamaba era en efecto la justicia; maese Nicless vió á su puerta, á la escasa luz del alba, un grupo de policía, á cuya cabeza se destacaban dos hombres, uno de los cuales era el *justiciero-quorum*.

El posadero le habia visto por la mañana y fácil le fué reconocerle.

Al otro no le conocia.

Era un caballero pequeño y gordo con cara de color de cera, peluca mundana y capa de camino.

Maese Nicless tenia mucho miedo del primero de aquellos personajes, el *justiciero-quorum*: si hubiera sido de la córte algo mayor miedo hubiera tenido del segundo, que era Barkilphedro.

Uno de los hombres del grupo llamó segunda vez á la puerta reciamente, á cuya llamada bajó á abrir el mesonero, cubierta la frente de angustioso sudor.

El *justiciero-quorum*, con tono de hombre que entiende en cosas de policía y está muy al cabo del personal de los vagabundos, levantó la voz y preguntó con severidad:

—¿Maese Ursus?

Con la gorra en la mano respondió el mesonero:

—Aquí es.

—Lo sé, dijo el justiciero.

—Seguramente.

—Que venga.

—No está aquí.

—¿Dónde está?

—Lo ignoro.

—¿Cómo?

—No ha vuelto todavía.

—¿Luego ha salido muy temprano?

—No señor, pero salió muy tarde.

—¡Estos vagabundos!... repuso el justiciero.

—Aquí viene, dijo muy quedito maese Nicless.

Ursus con efecto acababa de asomar por una esquina y llegaba ya cerca del parador, despues de haber pasado casi toda la noche entre la cárcel donde á medio dia vió entrar á Gwynplaine y el cementerio donde á media noche oyó llenar una huesa. Dos especies de palidez cubrian su rostro, la de la tristeza y la del crepúsculo.

La luz del amanecer, que es una luz en el estado de larva, deja las formas, aun las que se mueven, mezcladas á la difusion de la noche: Ursus, macilento y vago, andando lentamente, parecia una figura vista en sueños.

En esa sombría distraccion propia de la angustia, habia salido del parador con la cabeza al aire sin advertir siquiera que no llevaba sombrero. El viento agitaba sus ralos cabellos grises; sus ojos abiertos parecian privados de vista; muchas veces despiertos estamos dormidos, á la manera que alguna vez dormidos estamos

como despiertos. Ursus tenia el aspecto de un loco.

—Venid, maese Ursus, gritó el mesonero; estos señores desean hablaros.

Maese Nicless, atento únicamente á sortear las dificultades del momento, soltó y al mismo tiempo hubiera querido retener el plural *estos señores*, respetuoso sin duda para el grupo, pero ofensivo tal vez para el jefe, confundido de aquella suerte con sus subordinados.

Ursus experimentó el sobresalto de un hombre precipitado de una cama en que estuviese durmiendo profundamente.

—¿Qué hay? dijo.

Y vió á la policía, y al frente de ella al magistrado, nueva y violenta sacudida: antes el *wapentake*, ahora el *justiciero-quorum*; el uno parecia echarle al ótro, como suele acontecer entre escollos inmediatos.

El *justiciero-quorum* le hizo seña de que entrase en el meson. Ursus obedeció.

Govicum, que acababa de levantarse y estaba barriendo la sala que servia de taberna se refugió detrás de las mesas, depuso la escoba y

contuvo el resuello; echóse los dedos á la cabeza y empezó á rascarse suavemente, lo cual indica suma atencion á lo que pasa.

El *justiciero-quorum* se sentó en un banco delante de una mesa; Barkilphedro tomó una silla; Ursus y maese Nicless se quedaron en pié: los polizontes, á quienes sus jefes dejaron fuera del meson, se agruparon delante de la puerta ya vuelta á cerrar.

El *justiciero-quorum* clavó su pupila legal en Ursus y dijo:

—Teneis un lobo:

Ursus respondió:

—Hasta cierto punto....

—Teneis un lobo, replicó el justiciero con tono decisivo.

Ursus respondió:

—Es que....

Y calló.

—Delito, repuso el justiciero.

Ursus aventuró esta especie de defensa:

—Es mi criado,

El justiciero extendió la palma de plano sobre la mesa con los cinco dedos muy separados,

lo cual es un magnífico ademan de autoridad.

— Volatinero, mañana á esta hora vos y vuestro lobo habreis salido de Inglaterra; de lo contrario, se dará muerte al lobo.

Ursus dijo entre sí: — Continúan los asesinatos. — Pero no chistó, limitándose á temblar de piés á cabeza.

— ¿Oís? repuso el justiciero.

Ursus hizo una respetuosa inclinacion de cabeza.

El justiciero insistió:

— Se le dará muerte.

Siguió un breve silencio.

— Con cuerda ó ahogado.

El *justiciero quorum* miró á Ursus.

— Y vos ireis á la cárcel.

Ursus murmuró:

— Señor juez....

— Partid antes del dia de mañana, y si no, ya sabeis la órden.

— Señor juez....

— ¿Qué?

— ¿Hemos de salir de Inglaterra él y yo?

— Sí.

— ¿Hoy?

— Hoy.

— ¿Cómo he de hacerlo?

Maese Nicless estaba en sus glorias: aquel magistrado á quien habia temido, acudia en su auxilio; la policía se hacia auxiliar suyo y le libertaba de «aquella familia»: ella le traia el medio que andaba buscando; ella expulsaba á aquel Ursus de quien él queria deshacerse. Era caso de fuerza mayor; nada habia que objetar: estaba en sus glorias, y por eso intervino.

— Señor magistrado, este hombre....

Y designaba á Ursus con el dedo.

— ..... Este hombre pregunta cómo ha de componerse para salir hoy mismo de Inglaterra? Nada mas fácil. Todos los dias y todas las noches hay en los amarraderos del Támesis, á este lado del puente de Lóndres, como al opuesto, barcos que salen para diversos paises; se va de Inglaterra á Dinamarca, á Holanda, á España, á todas partes, menos á Francia, á causa de la guerra: esta noche saldrán varios buques hácia la una de la madrugada, que es la hora de la

marea, entre otros la urca *Vograat*, de Rotterdam.

El *justiciero-quorum* se encogió de hombros mirando á Ursus y le dijo :

— Sea; marchad por el primer barco que se ofrezca, por el *Vograat*, si no hay otro.

— Señor juez, dijo Ursus.

— ¿Qué hay?

— Señor juez, si no tuviera, como en otro tiempo, mas que mi barraquita de ruedas, no habria inconveniente, pues cabria en el barco; pero....

— ¿Pero qué?

— Pero ahora tengo la Green-Box, que es una gran máquina con dos caballos, y tan ancha que no cabria ni en un navío.

— ¿Y qué tengo yo que ver con eso? replicó el justiciero. Mataremos al lobo.

Ursus despavorido se sentia como manejado por una mano de hielo. — ¡Mónstruos! exclamaba en sus adentros : ¡matar á las gentes! es todo lo que se les ocurre.

El mesonero se sonrió, y dijo dirigiéndose á Ursus :

— Maese Ursus, podreis vender la Green-Box.

Ursus miró á Nicless.

— Maese Ursus, teneis una oferta.

— ¿De quién?

— Oferta por el carruaje, oferta por los dos caballos, oferta por las dos mujeres gitanas, oferta....

— ¿De quién? repitió Ursus.

— Del dueño del circo ecuestre inmediato.

— Es verdad, dijo Ursus recordando en aquel momento las anteriores palabras del mesonero. Este se volvió al *justiciero-quorum*.

— Hoy mismo, le dijo, puede cerrarse el trato. El dueño del circo de al lado desea comprar el gran carruaje y los dos caballos.

— Ese dueño de ese circo tiene razon, dijo el justiciero, porque va á necesitarlos : un carruaje y dos caballos le serán útiles, porque tambien él marchará hoy : los reverendos de las parroquias de Southwark se han quejado de los bullicios obscenos del Tarrinzeau-field; el cheriff ha tomado sus medidas, y esta noche no quedará ni una sola barraca de saltimbanquis en esta plaza, y acabarán los escándalos. El hono-

rable caballero que se digna estar aquí presente....

Interrumpióse el *justiciero-quorum* para hacer un saludo á Barkilphedro, que este le devolvió.

— ..... El honorable caballero que se digna estar aquí presente ha llegado esta noche de Windsor con órdenes expresas. Su majestad ha dicho : Es preciso limpiar eso.

Ursus, en su larga meditacion de toda la noche, no habia dejado de plantearse algunas cuestiones. Al fin y al cabo no habia visto mas que un ataud : ¿era seguro que estuviera Gwynplaine dentro? Bien podia haber en la tierra otros muertos que no fuesen Gwynplaine : un ataud que pasa no es un muerto que se nombra. Despues de la prision de Gwynplaine habia ocurrido un entierro, lo cual nada probaba. *Post hoc, non propter hoc,* etc. — Ursus empezaba á dudar : la esperanza arde y brilla sobre la angustia como la nafta encima del agua, y esa llama sobrenadante flota eternamente sobre el dolor humano. Ursus habia acabado por decirse : Es probable que el que han enterrado sea Gwyn-

plaine, pero no es seguro. ¿Quién sabe? acaso Gwynplaine viva todavía.

Ursus se inclinó ante el justicieró y le dijo :

— Honorable juez, marcharé, marcharemos todos, por la *Vograat* y para Rotterdam; obedezco : venderé la Green-Box, los caballos, las trompetas, las mujeres de Egipto, pero hay una persona que vive conmigo, un compañero á quien no puedo dejar, y es Gwynplaine....

— Gwynplaine ha muerto, dijo una voz.

Ursus experimentó la impresion de frio que produciria un reptil andándonos sobre la piel. El que acababa de hablar era Barkilphedro.

La última vislumbre de esperanza se desvanecia; ya no quedaba duda; Gwynplaine habia muerto.

Aquel personaje debia saberlo; bastante siniestro era para eso.

Ursus saludó.

Maese Nicless era muy buen hombre, salva la cobardía, pero asustado era atroz : la suprema ferocidad es el miedo.

Así se le oyó murmurar entre dientes :

— La cosa se simplifica.

Y á espaldas de Ursus se frotó las manos con aquella satisfaccion peculiar de los egoistas, que significa: ¡Ya salí del paso! y que recuerda la jofaina de Poncio Pilatos.

Agobiado Ursus por el dolor bajaba la cabeza. La sentencia de Gwynplaine estaba ejecutada, y esa sentencia era la muerte; la suya, que era el destierro, se le acababa de notificar, y no quedaba mas recurso que obedecer.

Mientras permanecia pensativo, sintió que le tocaban el codo: era el otro personaje, el acólito del *justiciero-quorum*. Ursus se extremeció.

La voz que habia dicho: *Gwynplaine ha muerto*, le murmuró al oido:

— Aquí teneis diez libras esterlinas que os envia una persona que os quiere bien. Y Barkilphedro sacó un bolsillito y lo puso sobre una mesa delante de Ursus.

El lector recordará la cajita que se llevó Barkilphedro.

Dar diez guineas sobre dos mil, es todo lo que Barkilphedro podia hacer en conciencia; si hubiera dado mas habria perdido. Se habia tomado el trabajo de descubrir un lord, em-

pezaba á explotarle y era justo que el primer producto de la suma fuese para él : los que vean en esto una pequeñez estarán en su derecho; pero harán mal en darse por sorprendidos. A Barkilphedro le gustaba el dinero, sobre todo cuando era robado : un envidioso contiene un avaro, y Barkilphedro no carecia de defectos; cometer crímenes no impide tener vicios : tambien los tigres tienen pulgas.

Tal era ademas la escuela de Bacon.

Volvióse Barkilphedro al *justiciero-quorum* y le dijo :

— Servíos terminar, pues estoy muy de prisa; me aguarda una silla de posta con los propios tiros de su majestad, tengo que volverme á todo escape á Windsor, á donde debo llegar antes de dos horas, para dar cuentas y tomar órdenes.

El *justiciero-quorum* se puso de pié, llegóse á la puerta, que solo estaba cerrada con el pestillo, la abrió, miró sin decir palabra á los polizontes, brotóle del dedo índice un relámpago de autoridad y todos entraron en la estancia con ese silencio en que se entrevé que va á suceder algo grave y severo.

Maese Nicless, satisfecho del rápido desenlace que atajaba las complicaciones, encantado de hallarse fuera de aquella intrincada madeja, temió á la vista de aquel alarde de fuerza que prendiesen á Ursus en su casa: dos prisiones seguidas en ella, la de Gwynplaine y la de Ursus, podian perjudicar al crédito de su taberna, por cuanto los bebedores no gustan de andar en dimes y diretes con la policía; caso era, pues, aquel muy oportuno para una intervencion razonablemente humilde y generosa. Maese Nicless volvió hácia el *justiciero-quorum* un semblante risueño en el que se veia la confianza templada por el respeto:

— Me tomo la libertad, señor magistrado, de hacer observar á Vuestro Honor que estos dignos señores de la policía no son indispensables desde el momento en que el lobo culpable va á salir de Inglaterra, en que el llamado Ursus no opone resistencia y en que van á cumplirse puntualmente las órdenes de Vuestro Honor. Sin duda considerará Vuestro Honor que los actos siempre respetables de la policía, tan necesarios al bien del reino, causan perjuicio á un estable-

cimiento, y que mi casa es inocente. Limpia esta tierra de los saltimbanquis de la Green-Box, como dice su majestad la reina, no veo ya por aquí ningun criminal; pues no supongo que la muchacha ciega y las dos gitanas sean delincuentes, y me atrevo á implorar á Vuestro Honor para que se digne abreviar su augusta visita y despedir á estos dignos señores que acaban de entrar, porque nada tienen que hacer en mi casa, y si Vuestro Honor me permitiese probar la exactitud de mi dicho bajo la forma de una humilde pregunta, evidenciaria la inutilidad de la presencia de estos venerables señores preguntando á Vuestro Honor : Puesto que el llamado Ursus obedece y se marcha, ¿á quién tienen que prender aquí?

— A vos, dijo el justiciero.

No se discute con una estocada que nos atraviesa de parte á parte : maese Nicless se dejó caer desplomado sobre la primera mesa que le vino á mano, sin saber lo que le pasaba.

Alzó el justiciero la voz, de suerte que si alguien habia en la plaza de seguro debia oirla.

— Maese Nicless Plumptre, tabernero de esta

taberna, hé aquí el último punto que nos falta arreglar : este saltimbanquis y este lobo son vagabundos y van á ser expulsados, pero el mas culpable sois vos ; en vuestra casa y con vuestro consentimiento se ha violado la ley, y vos, que pagais subsidio, que estais investido de una responsabilidad pública, habeis instalado el escándalo en vuestro domicilio. Maese Nicless, se os retira la licencia, pagareis la multa é ireis á la cárcel.

Los polizontes rodearon al mesonero.

El *justiciero-quorum*, designando á Govicum, añadió :

— Este mozo, vuestro cómplice, irá á la cárcel tambien.

El puño de un polizonte cayó sobre el cogote de Govicum, el cual consideró al polizonte con curiosidad : no muy asustado, el mozo comprendia poco, habia visto ya mas de una cosa singular y se preguntaba si era aquello una continuacion de la comedia..

Calóse el sombrero el *justiciero-quorum*, se cruzó ambas manos sobre la panza, que es el colmo de la majestad, y añadió :

— Está dicho, maese Nicless, á la cárcel ireis vos y ese mozo, y esta casa, el parador Tadcaster, quedará cerrada, vigilada y condenada, para que sirva de escarmiento, y sin mas, vamos andando.

LIBRO SÉTIMO

LA TITANA

I

EL DESPERTAR

— ¿Y Dea?

Pareció á Gwynplaine, viendo despuntar el alba en Corleone-lodge mientras pasaban aquellas aventuras en el parador Tadcaster, que este grito venia de fuera, y este grito estaba en él.

¿Quién no ha oido los profundos clamores del alma?

Ademas, iba ya amaneciendo, y la aurora es una voz. ¿Para qué serviria el sol sino para despertar á la sombría dormida, á la conciencia?

La luz y la virtud son de una misma especie.

Que el Dios se llame Cristo ó se llame Amor, siempre hay una hora en que es olvidado hasta por los mejores; todos, hasta los santos, tenemos necesidad de una voz que nos haga recordar y el alba nos hace hablar dentro de nosotros al sublime avisador: la conciencia grita delante del deber como canta el gallo delante del dia.

El corazon humano, que es un caos, oye el *Fiat lux*.

Gwynplaine — continuaremos llamándole así; Clancharlie es un lord, Gwynplaine es un hombre; — Gwynplaine se sintió como resucitado.

Tiempo era de que le ligasen la arteria, pues habia en él como un derrame de probidad.

— ¡Y Dea! repitió.

Y una especie de generosa transfusion corrió por sus venas; un no sé qué de salubre y tumultuoso se precipitaba en él. La violenta irrupcion de los buenos pensamientos es el regreso á la propia vivienda de uno que ha perdido la llave de su

casa y salta honradamente su propia tapia: hay escalada, pero del bien; hay efraccion, pero del mal.

— ¡Dea! Dea! Dea! volvió á exclamar, afirmándose á sí mismo en cierto modo su propio corazon, é hizo esta pregunta en alta voz:

—¿Dónde estás?

Y casi asombrado de que nadie le respondiese, repuso, mirando al techo y las paredes con una exaltacion que ya empezaba un poco á calmarse:

— ¿Dónde estás? ¿Dónde estoy?

Y en aquella estancia, en aquella jaula comenzó de nuevo su trajin de fiera encerrada.

— ¿Dónde estoy? en Windsor. ¿Y tú? en Southwark. ¡Oh Dios mio! esta es la primera vez que media una distancia entre nosotros. — ¿Quién ha abierto este abismo? yo aquí, tú allí. ¡Oh! esto no puede ser y no será. ¿Qué es lo que me han hecho?

Paróse un momento.

— ¿Quién me ha hablado de la reina? ¿la conozco yo por ventura? Yo cambiado ¿y por qué? porque soy lord. ¿Sabes tú lo que ocurre, Dea?

ocurre que eres lady. ¡Qué cosas pasan en el mundo! lo que importa ahora es salir de aquí. Ahí vino un hombre que me habló un lenguaje embozado, pero me acuerdo bien de las palabras que me dijo: — Mylord, una puerta que se abre cierra otra puerta; lo que está detras de vos es como si no existiera. O en otros términos: sois un miserable! Y el muy villano me decia esas cosas cuando aun no estaba del todo despierto, y abusando de mi primer movimiento de asombro. Yo era su presa. ¿Dónde estás, que quiero insultarle? Me hablaba con la sombría sonrisa del sueño. ¡Ah! ya vuelvo á ser yo mismo: allá veremos; se engañan si creen que van á hacer de lord Clancharlie lo que les dé la gana. Baron y par de Inglaterra, sí, con una baronesa que es Dea. ¡Condiciones! ¿las aceptaré yo acaso? ¡La reina! ¿y qué me importa la reina? En mi vida la he visto: no soy lord para ser esclavo; libre quiero entrar en el poder y la grandeza. ¡Dea! ¡Ursus! juntos hemos vivido y hemos de vivir: lo que vosotros érais, eso era yo; lo que soy yo, eso sois vosotros ¡Venid!... digo mal; yo iré y al instante: harto he tardado ya.

¿Qué pensarán de no verme volver? ¡Y ese dinero!... ¡Cuando pienso que les he enviado dinero!... En vez de ir yo mismo, como debia. Me acuerdo de que aquel hombre me decia que no podia salir de aquí: allá lo veremos. ¡Ea, que me traigan un coche! ¡un coche! que enganchen al punto. ¿Dónde están mis criados? Yo soy aquí el amo: esta casa es mia. ¡Romperé los cerrojos, quebrantaré las cerraduras y echaré al suelo las puertas á patadas! al que se me oponga delante le atravieso con esta espada; veremos si hay quien se atreva.... Tengo una esposa, que es Dea, un padre, que es Ursus: mi casa es un palacio y se lo doy á Ursus; mi nombre es una diadema y se la doy á Dea. ¡Pronto, pronto! Dea, allá voy: ten por cierto que no tardaré en reunirme contigo.

Y levantando el primer tapiz que halló mano, salió de la estancia impetuosamente y se encontró en un corredor, que siguió hasta el fin; luego encontró otro que recorrió igualmente....

Todas las puertas estaban abiertas y así fué andando á la ventura, de cuarto en cuarto, de corredor en corredor, buscando la salida.

II

SEMEJANZA DE UN PALACIO CON UN BOSQUE

En los palacios á la italiana, y Corleone-lodge era de esa clase, habia muy pocas puertas; todo se volvia colgaduras, mamparas y tapices.

No habia en aquella época palacio que no tuviese, en lo interior, un singular laberinto de cuartos y corredores en que abundaba el fausto, dorados, mármoles, artesonados, sedas de Orien-

te, piececitas barnizadas, relucientes, cubiertas de azulejos de Portugal y de lozas de Holanda, gabinetes de todos cortes y figuras, algunos todos de cristales, nichos y recámaras primorosas, unas de puro ornato, otras vivideras. Todo aquello se llamaba « los cuartos interiores » : allí era donde se cometian los crímenes.

Las cosas que se hacian allí eran de las que se hacen, como dice la ley romana, *vi, clam et precario*, por fuerza, en secreto y precariamente. El que entraba allí, quedaba á entera disposicion del amo, preso en grillos de oro, como entre claustro y serrallo. Todo se volvia escalerillas secretas que subian y bajaban : una espiral de estancias que encajaban unas en otras le restituia á uno á su punto de partida. Una galería remataba en un oratorio; un confesonario empalmaba en una alcoba. Las ramificaciones de los corales y los naturales taladros de las esponjas sirvieron probablemente de modelos á los arquitectos de los « cuartos interiores » reales y señoriles. Los empalmes eran inextricables : grandes retratos giratorios ofrecian entradas y salidas donde menos se esperaba, verdadera

maquinaria de teatro, necesaria en verdad para tanto drama terrible como en aquellos elegantes sitios se representaba. Los pisos de aquella colmena corrian desde las bodegas hasta las buhardillas; singular madrépora incrustada en todos los palacios, y que era como la vivienda de los pigmeos en la mirada de los titanes; pasadizos, retretes, nidos, celdillas, escondrijos, toda casta de gazaperas donde se esconden las pequeñeces de los grandes.

Aquellos lugares tortuosos como culebras y muy cerrados despertaban ideas de enredos, de ojos vendados, de manos á tientas, de risas contenidas, gallina ciega, escondite, y al mismo tiempo hacian pensar en los Atridas, en los Plantagenets, en los Médicis, en los terribles caballeros de Elz, en Rizzio, en Monaldeschi, en las espadas acosando á un fugitivo de estancia en estancia.

Tambien la antigüedad tenia misteriosos escondrijos de ese género, donde se veia el lujo apropiado á los horrores, de que se han conservado muestras debajo de tierra en ciertos sepulcros de Egipto, como por ejemplo en la cripta del rey

Psammético, descubierta por Passalacqua. En los antiguos poetas se rastrean indicios del terror que inspiraban aquellas sospechosas construcciones. *Error circumflexus, locus implicitus gyris.*

Gwynplaine se hallaba en los cuartos interiores de Corleone-lodge.

La impaciencia de salir, de verse fuera, de llegar á Dea, le devoraba. Aquella revuelta madeja de pasadizos y celdas, de puertas falsas y obstáculos imprevistos le detenian á cada paso; hubiera querido correr y no hacia mas que titubear y andar errante de una parte á otra.

No encontraba alma viviente. Se ponia á escuchar : ¡nada! ni el menor movimiento se advertia en el palacio.

A veces se le figuraba que deshacia lo andado : á veces creia ver venir á alguno, y era él mismo que se veia en un espejo de cuerpo entero con su traje de señor; aparicion inverosímil, pero en la que acababa por reconocerse.

Imposible hallar la salida, imposible orientarse siquiera en aquel laberinto de primorosos tugurios y espléndidos salones, conjunto á la par delicado y enorme. Nada se sube tanto á la cabeza

como la opulencia, cuando se ve por primera vez; esto, unido á la especie de mareo qne producia en él aquella interminable sucesion de vueltas y revueltas por en medio de todas aquellas maravillas, le causaba una verdadera embriaguez; parecíale que le tenian sujeto y no le querian soltar.

— ¡Horrible palacio! exclamaba en sus adentros.

Seguia rondando sin cesar, preguntándose qué queria decir todo aquello, si estaria preso, irritándose, suspirando por el aire libre, y repitiendo: Dea! Dea! como se sujeta el hilo que no hay que soltar y que ha de sacarnos de un laberinto.

A veces llamaba:

— ¡Eh! ¿no hay alguien por aquí?

Ninguna voz respondia.

La serie de aquellas estancias no concluia, — conjunto desierto, silencioso, espléndido y siniestro. Así se figura uno los palacios encantados.

Secretos conductos de calor mantenian en aquellos corredores y en aquellos gabinetes una temperatura de verano; no parecia sino que al-

gun mágico habia apresado el mes de junio y encerrádole en aquel laberinto. A veces se respiraban de pronto suaves fragancias, y se atravesaba por entre bocadanas de perfumes cual si hubiese allí una invisible floresta. Hacia calor; por do quiera se pisaban alfombras : se hubiera podido muy bien andar por allí desnudo.

Gwynplaine miraba por las ventanas y descubria distintos aspectos; unas veces jardines llenos de frescuras primaverales y matinales, ya nuevas fachadas con otras estátuas, ya hermosos *patios*[1] á la española; á veces un rio, que era el Támesis, á veces una gran torre, que era la de Windsor.

A aquella hora tan de mañana nadie pasaba por aquellos sitios : á cada momento se paraba á escuchar.

De pronto oyó un leve rumor, como de agua corriente.

Hallábase en una galería angosta, oscura, cerrada á pocos pasos delante de él por una cortina. Llegóse á ella, la descorrió, siguió adelante y penetró en lo inesperado.

1. Esta palabra está en castellano en el texto.

III

EVA

Una sala octógona, embovedada, sin ventanas, iluminada por una claraboya, revestida toda ella, lecho, paredes y pavimento de mármoles de un delicado color de rosa; en medio de la sala un baldaquino pináculo de mármol en forma de paño mortuorio, con columnas retorcidas en el estilo macizo y encantador del tiempo de Isabel de Inglaterra, que cubria de sombra una espa-

ciosa pila de baño del mismo mármol negro; en medio del baño un sutil saltador de agua fragante y tibia que iba llenando suave y lentamente el baño: esto fué lo que se apareció á su vista.

Baño negro destinado á convertir la blancura en resplandor.

Aquella agua era lo que habia oido: un reguero dispuesto á cierto nivel del baño impedia que rebosase.

Ningun mueble habia en la estancia, salvo, junto á la bañera, una de aquellas sillas-camas con cojines bastante largas para que una mujer tendida en ellas pueda tener á sus piés su perrillo ó su amante; de donde vino la expresion española *can-al-pié*, de que hemos hecho *canapé*.

Aquella silla procedia de España, dado que era de plata, los cojines y la cabecera eran de raso blanco.

Al otro lado del baño se alzaba, arrimado á la pared, un alto aparador de plata maciza, surtido de todo lo necesario para el tocador de una señora y que tenia en el medio ocho espejitos de Venecia encajados en un marco de plata figurando una ventana.

En la pared mas inmediata al canapé habia un cuadro de talla labrado á modo de ventanillo, cerrado con una lámina de plata roja, con goznes como una persiana : sobre la plata roja relucia, nielada y dorada, una corona real, y encima, suspendido y empotrado en la pared, un llamador de plata sobredorada, á menos de que fuese de oro.

Frente por frente á la entrada de aquella sala, delante de Gwynplaine, que se habia parado suspenso á la vista de todo aquello, faltaba la pared de mármol, que reemplazaba una abertura de igual dimension hasta la bóveda y cerrada con una ancha y alta cortina de tisú de plata.

Aquella tela, de una sutileza mágica, era diáfana; se veia al trasluz de su tenue tejido.

En el centro de la tela, en el sitio donde suele estar la araña, Gwynplaine vió una cosa formidable, una mujer desnuda.

Desnuda, literalmente hablando, no : aquella mujer estaba vestida, y vestida desde la cabeza hasta los piés. El vestido era una camisa muy larga, como las túnicas de los ángeles en los cuadros de devocion, pero tan sútil que parecia mo-

jada; de aquí una apariencia de desnudez mas traidora y peligrosa que la desnudez desembozada. La historia consigna procesiones de princesas y grandes señoras entre dos hileras de frailes, en que, so pretexto de penitencia y descalcez, se exhibian á los ojos de toda una capital sin mas vestido que un camison de encaje, ni mas correctivo que llevar un cirio en la mano.

El tisú de plata, transparente como un vidrio, era una cortina, sujeta solo por arriba y que podia levantarse: separaba la pieza de mármol, que era una sala de baño, de otra estancia, que era una alcoba muy pequeña, especie de gruta toda cuajada de espejos de Venecia, formando un gran poliedro, reunidos entre sí por medio de listones dorados y en que se reflejaba la cama, que estaba en el centro. En aquella cama, de plata como el tocador y el canapé, estaba acostada la mujer, y dormida.

Tenia la cabeza caida hácia atrás y con un pié arrollaba las ropas de la cama, semejante á la súcuba sobre la cual bate sus alas el sueño.

La almohada de encaje habia rodado al suelo, sobre la alfombra.

Entre su desnudez y la mirada habia dos obstáculos, la camisa y la cortina de gasa de plata, dos transparencias. La estancia estaba alumbrada con una especie de mesura por el reflejo de la sala de baño, por manera que si tal vez la mujer no tenia pudor, la luz le tenia.

No habia en la cama ni columnas, ni colgaduras, ni dosel, de suerte que la mujer, cuando abria los ojos, podia verse mil veces desnuda en los espejos encima de su cabeza.

Las sábanas presentaban el desórden de un sueño agitado; la elegancia de los pliegues indicaba la extremada finura del lienzo. Era aquella la época en que una reina, considerando que podia condenarse, se figuraba el infierno así: una cama con sábanas toscas.

Por lo demas aquella moda del sueño desnudo procedia de Italia y databa del tiempo de los romanos. *Sub clara nuda lucerna,* dice Horacio.

Una bata de seda singular, de China sin duda, porque entre los pliegues se columbraba un gran lagarto de oro, cubria el pié de la cama.

Mas allá de esta, en el fondo de la alcoba, habia probablemente una puerta, disimulada é

indicada al mismo tiempo por un grande espejo en el que se veian pintados pavos reales y cisnes; en aquella estancia llena de sombra todo relucia. Los trechos entre los cristales y las doraduras estaban bañados de aquella materia sumamente brillante que se llamaba en Venecia « hiel de vidrio ».

En la cabecera de la cama estaba fijado un atril de plata con dos candeleros, en el cual podia verse un libro abierto, en lo alto de cuyas páginas se leia escrito con gruesos caractéres colorados este título: *Alcoranus Mahumedis.*

Gwynplaine no veia ninguno de estos detalles: la mujer era lo único que veia. Estaba juntamente petrificado y fuera de sí, lo cual parece que se excluye y existe sin embargo.

Reconocia á aquella mujer.

Tenia los ojos cerrados y la cara vuelta hácia él.

Era la duquesa, era el ser misterioso en quien se mezclaban todos los resplandores de lo desconocido, lo que tanto habia exaltado su imaginacion, la que le habia escrito una carta tan singular! La única mujer en el mundo de quien podia

decir: ¡Me ha visto y me quiere! Habia ahuyentado los desvaríos, habia quemado la carta; habia procurado olvidarla y ya no pensaba en ella, y ya por fin la habia olvidado....

Y ¡ahora la volvia á ver! y la volvia á ver terrible.

La mujer desnuda es la mujer armada.

Apenas podia respirar: sentíase como levantado en los aires, empujado, precipitado. Miraba con afan.... ¡Aquella mujer delante de él! ¿Era posible?

En el teatro, duquesa: aquí, nereida, náyade, hada; siempre aparicion.

Quiso huir y conoció que no era posible: sus miradas eran dos cadenas que le amarraban á aquella vision.

¿Era una mujer perdida? ¿era una vírgen? uno y otro. Mesalina, presente tal vez en lo invisible, debia sonreirse, y Diana debia velar. Habia en aquella hermosura la claridad de lo inaccesible; no hay pureza comparable á aquella forma casta y altiva: á la manera que se reconocen las nieves que nunca han sido holladas, veíanse en aquella mujer las sagradas blancuras de la Yung-

frau[1]. Lo que se desprendia de aquella frente serena, de aquella dorada cabellera toda destrenzada, de aquellas largas pestañas caidas, de aquellas venas azules vagamente visibles, de aquellas mórbidas formas suavemente modeladas bajo el sútil lienzo que apenas los cubria, era la divinidad de un sueño augusto : aquel impudor se disolvia en irradiacion. Aquella criatura estaba desnuda con tanta calma como si tuviera derecho al cinismo divino ; tenia la serenidad de una moradora del Olimpo que se considera hija del abismo y puede decir al Océano : ¡Padre! y se ofrecia inaccesible y soberbia á todo lo que pasa, á las miradas, á los deseos, á las demencias, á los desvaríos, tan noblemente adormecida en aquella alcoba como Venus en la inmensidad de la espuma.

Se habia dormido por la noche y prolongaba su sueño por el dia; confianza comenzada en las tinieblas y continuada en la luz.

Gwynplaine, todo trémulo, admiraba.

Admiracion insana y que interesa demasiado.

Tenia miedo.

1. Alta montaña de Suiza. (*N. del Tr.*)

La suerte no azota fácilmente sus sorpresas. Gwynplaine creia haber pasado ya por todas y se encontraba con que volvia á empezar. ¿Qué significaban todos aquellos chispazos que caian sin tregua sobre él, y por último, — verdadero rayo supremo, — aquella increible aventura que le brindaba de pronto una diosa dormida? ¿Qué significaban todas aquellas aberturas del cielo sucesivas, de que acababa por salir, apetecible y formidable á la vez, su primitivo sueño de placer, su desvarío?... ¿Qué significaban aquellas complacencias del tentador desconocido que le traian, una despues de otra, sus vagas aspiraciones, sus veleidades confusas, hasta sus malos pensamientos convertidos en carne viva y que le abrumaban bajo una embriagadora série de realidades sacadas de lo imposible? Habia una conspiracion de toda la sombra contra su tranquilidad, ¡miserable! ¿y qué iba á ser de él con todas aquellas sonrisas de la fortuna siniestra en torno suyo? ¿Qué significaba aquel vértigo, dispuesto adredè? ¡Aquella mujer allí! ¿por qué? ¿cómo? ninguna explicacion podia darse. ¿Se le hacia par de Inglaterra para aquella duquesa?

¿Quién los reunia de aquella suerte el uno al otro? ¿Quién era la víctima? No se planteaba de un modo claro todas estas dudas, pero las entreveia confusamente al trasluz de una negra gasa dentro de su cerebro. Aquella morada mágica y malévola, aquel singular palacio, tenaz como una cárcel, ¿entraba en la trama? Gwynplaine no sabia qué discurrir ni qué resolver; estaba frenético y encantado, y de aquella vez se sentia irremisiblemente insensato.

La mujer continuaba durmiendo.

Para él, agravada por momentos su turbacion, la que veia no era ya la lady, la duquesa, la señora; era la mujer.

Su situacion era insostenible, su delirio habia llegado al colmo. El amor es una ley, el deleite es una emboscada; hay la embriaguez y hay la borrachera: la embriaguez es desear á *una* mujer; la borrachera es desear *la* mujer.

Gwynplaine temblaba, indeciso, loco. Ningun obstáculo se le oponia.... A veces la duquesa se movia suavemente en el lecho con la vaga ondulacion de un vapor en el espacio azul, cambiando de postura como una nube cambia de forma.

Pálido y desencajado contemplábala el jóven, escuchaba palpitar aquel pecho y creia oir una respiracion fantástica: se sentia irresistiblemente atraido y luchaba y reluchaba, ya contra ella, ya contra él mismo....

A todo se habia esperado menos á aquello: habia contado con un vigilante feroz atravesado delante de la puerta, con tener que combatir á algun furioso monstruo carcelero; á eso y á todo estaba preparado, pero no á lo que le sucedia. Habia previsto á Cerbero, y se encontraba con Hebe, se encontraba con una mujer desnuda, con una mujer dormida, ¡terrible combate!

Cerraba los párpados; por cuanto el exceso de claridad causa dolor, pero al trasluz de sus párpados cerrados, al punto la volvia á ver mas tenebrosa, no menos bella.

Apelar á la fuga no era fácil; lo habia intentado y no habia podido: parecíale haber echado raices en tierra como en un sueño; cuando queremos volver atrás, la tentacion nos clava los piés al suelo: avanzar es posible, retroceder, no.

De asombro en asombro, Gwynplaine habia llegado al parasismo de la locura, y sin embargo

aun resistia instintivamente, aun queria arrancarse de aquella atraccion, pero no tenia punto alguno á que asirse. La fluctuacion humana es infinita : un hombre puede verse perdido como un barco en alta mar ; el ancla es la conciencia y ¡cosa lúgubre! la conciencia se puede romper, como se rompe el ancla....

Ni siquiera tenia el recurso de decirse : — Soy horrible y me rechazará. — Aquella mujer le habia escrito que le amaba.....

IV

SATANÁS

De pronto se despertó la dormida. Incorporóse en su lecho con una majestad brusca y armoniosa; sus cabellos de rubia seda se esparcieron con suave tumulto por su pecho y sus espaldas; descubriéronse sus hombros y parte de su busto; con su delicada mano tocó uno de sus rosados piés, digno de ser adorado por Pericles y copiado

por Fidias; luego se estiró y bostezó como una tigre al asomar el sol por el Oriente.

Es probable que Gwynplaine respirase como cuando se procura retener el aliento con grande esfuerzo.

— ¿Hay alguien ahí? preguntó la duquesa.

Dijo estas palabras bostezando y con una gracia encantadora sin embargo.

Gwynplaine oyó aquella voz que no conocia, voz de hechicera, acento deliciosamente altanero; la entonacion de la caricia que templa el hábito del mando.

Poniéndose al mismo tiempo de rodillas (hay una estátua antigua arrodillada de esa suerte entre mil pliegues transparentes), echó mano á la bata y saltó de la cama, desnuda y en pié, el tiempo de ver pasar una flecha, y un instante despues toda envuelta en la lustrosa seda: las mangas muy largas la cubrian las manos; solo se veia la punta de los dedos de sus piés, blancos, con diminutas uñas, como los piés de un niño.

Apartóse de la espalda con la mano un raudal de cabellos que dejó caer á lo largo de la bata y en seguida fué corriendo al fondo de la alcoba,

donde aplicó el oido al espejo pintado que verosímilmente disimulaba una puerta y dió con el nudillo del índice un golpecito en el cristal.

— ¿Quién está ahí? ¿sois ya vos, lord David? ¿pues qué hora es? ¿ó eres tú, Barkilphedro?...

— Pero no, añadió volviéndose, no es por este lado. ¿Habrá alguien en el cuarto del baño? ¿Quién está ahí? repitió; pero tampoco puede ser, pues por ahí no hay entrada.

Dirigióse á la cortina de tisú de plata, la descorrió con la punta del pié y entró en la sala de mármol.

Gwynplaine sintió correr por sus venas como un frio de agonía. Imposible esconderse, imposible tambien huir, para lo cual ademas le faltaban las fuerzas : hubiera deseado que se le tragara la tierra. Ningun medio tenia para no ser visto.

Y en efecto le vió la duquesa.

Miróle prodigiosamente asombrada, pero sin el menor estremecimiento, con una punta de satisfaccion y de desprecio.

— ¡Calle! dijo, ¿Gwynplaine aquí?

Y en seguida, súbitamente, con un arranque

violento, porque aquella gata era una pantera, se arrojó á su cuello y le apretó la cabeza entre sus brazos desnudos, cuyas mangas, en aquel movimiento, se le habian subido hasta los hombros.

Luego, rechazándole de pronto, apoyando en el pecho de Gwynplaine sus manos como dos garras, ella en pié delante de él, él en pié delante de ella, se puso á considerarle de una manera singular.

Bajo la impresion de aquella mirada fija y terrible, Gwynplaine estaba sobrecogido y callado, como bajo un peso imposible de levantar. Ella exclamó :

— Ingenio tienes, pues sabedor sin duda de que tuve que salir de Lóndres me has seguido y estás aquí; bien has hecho en seguirme.

Gwynplaine, confusamente alarmado por un natural instinto de honradez, retrocedió ante el peligro que presentia, pero las rosadas uñas crispadas sobre sus hombros le impidieron huir : aquella mujer inexorable le tenia allí sujeto como su presa.

— Esa tonta de Ana, repuso, — ya tú sabes, la reina, — me ha hecho venir á Windsor sin

saber por qué ni para qué. Cuando llegué estaba encerrada con su idiota de canciller; pero ¿cómo has hecho para penetrar hasta mí? Eso llamo yo ser hombre! Obstáculos.... no los hay : le llaman á uno y acude. ¿Te habrás informado? pero no; supongo que ya sabrias quién yo era, — la duquesa Josiana. ¿Quién te ha introducido? mi mozo sin duda; es muy listo y he de darle cien guineas. ¿Cómo te has compuesto para entrar? cuéntamelo; pero no, no me lo cuentes, no quiero saberlo : las explicaciones empequeñecen; mas te quiero sorprendente. Bastante monstruoso eres para ser maravilloso; ó caes del empíreo ó subes del tercer abismo de la tierra rompiendo la cárcel del Erebo : nada mas natural, y así te quiero yo. Mereces entrar como entran los dioses, ó bajando en una nube ó subiendo en una llama de azufre : no hay, pues, mas que hablar; eres mi amante.

Desencajado el rostro escuchaba Gwynplaine todo aquello, sintiendo de cada vez mas oscilar su pensamiento. Ya no habia duda posible : aquella mujer confirmaba la carta de la noche anterior. Él, Gwynplaine, amante de una duquesa y

amante querido! el inmenso orgullo, con sus mil cabezas sombrías, se revolvió en aquel corazon desventurado.

La vanidad es una fuerza enorme que existe dentro de nosotros y se emplea contra nosotros.

La duquesa prosiguió:

— Puesto que estás ahí es señal de que así está dispuesto y no quiero saber mas: alguno hay, arriba ó abajo, que nos echa en los brazos el uno del otro; desposorios del Estigio y de la Aurora, — desposorios desenfrenados fuera de todas las leyes. — El dia en que te ví me dije: — Él es! le reconozco, es el monstruo de mis sueños! será mio. — Y como es preciso ayudar un poco al destino, te escribí. — Una pregunta, Gwynplaine: ¿crees tú en la predestinacion? Yo sí creo, desde que leí el sueño de Escipion, en Ciceron. ¡Calle! no habia reparado; vas vestido de caballero, disfrazado de señor.... ¿Y por qué no? No eres saltimbanquis? de saltimbanquis á lord no va nada. ¿Qué son los lores? unos clowns. Noble presencia tienes y airoso cuerpo: maravilla me causa verte aquí. ¿Cuándo llegaste? ¿ha mucho que aguardas? ¿Me has visto desnuda? Soy

hermosa, ¿no es verdad? Iba á bañarme.... ¡Oh! ¡cómo te quiero! ¿Leiste mi carta? ¿La leiste tú mismo? ¿te la han leido? — Puede que no sepas leer. — Te hago preguntas, pero no me respondas; no me gusta tu metal de voz, porque es suave; un ser incomparable como tú no deberia hablar, sino rechinar. Tu voz es un canto, una melodía; la aborrezco : es lo único que me disgusta en tí; todo lo demas es formidable y soberbio. En la India serias dios. ¿Por ventura has nacido con esa espantosa risa en la cara? No, ¿verdad? sin duda habrá sido una mutilacion penal : confio que habrás cometido algun gran crímen.... Ven á mis brazos.

Dejóse caer en el canapé y le hizo caer junto á ella, encontrándose así juntos sin saber cómo. Lo que ella decia pasaba sobre Gwynplaine como un vendaval; apenas percibia el sonido de aquel turbion de palabras desatentadas. La admiracion estaba pintada en los ojos de aquella mujer; hablaba á borbotones, frenéticamente, con voz delirante y tierna : su palabra era una música, pero Gwynplaine oia aquella música como una tempestad.

De nuevo apoyó en él su mirada fija y prosiguió diciendo :

— Degradada me siento junto á tí. ¡Oh dicha! Ser alteza ¡qué sosería! Ya me voy hastiando de ser augusta; tan harta estoy de respeto que ya necesito algo de desprecio. Desde Venus y Cleopatra y las heroinas de la Fronda hasta mí, todas somos algo extravagantes : declaro que has de ser mi querido á los ojos de toda Inglaterra, y á fé que este amorío ha de hacer una contusion á la familia real de Estuardo, á que pertenezco. ¡Ah! respiro, ya soy libre, y la libertad es la vida. ¡Escucha! te amo.

Interrumpióse y prosiguió con espantosa sonrisa :

— Te amo, no solo porque eres monstruoso, sino porque eres vil : amo al monstruo y amo al histrion. Un amante humillado, escarnizado, grotesco, expuesto á las carcajadas en esa picota que se llama un teatro, tiene un sabor extraordinario; es como morder un fruto del abismo : un amante infame y que infama ¡cosa exquisita! Hincar el diente en la manzana, no del paraiso, sino del infierno, hé aquí lo que me tienta : esa

hambre tengo y esa sed, y esa Eva soy yo, — la Eva de los abismos! Tú eres probablemente, sin saberlo, un demonio, eres el dueño que yo aguardaba : segura estaba yo de que me llegaria una de esas inmensas aventuras de la noche; eres lo que yo apetecia, lo que yo soñaba.... Te estoy diciendo una multitud de cosas que tú no puedes comprender, Gwynplaine : jamás he amado á nadie en este mundo y me entrego á tí, pura como un ascua ardiente. De seguro no me crees, pero ¡si supieras cuán indiferente me es que me creas ó no!...

Sus palabras tenian el confuso desórden de una erupcion. Un pinchazo en la falda del Etna daria idea de aquellas llamaradas.

Gwynplaine tartamudeó :

—Señora....

La duquesa le puso la mano en la boca.

—¡Silencio! Déjame que te contemple. Soy ¡oh Gwynplaine! la desenfrenada sin mancha, soy la vestal bacante : ningun hombre ha obtenido mi amor y pudiera ser pitonisa en Delfos y hollar con mi talon desnudo el trípode de bronce donde los sacerdotes apoyados de codos en la

piel de Piton murmuran preguntas al dios invisible. Mi corazon es de piedra, pero parecido á aquellas misteriosas guijas que la mar arroja á algunas costas de la India, y en las que, cuando se parten, se encuentra una serpiente : esa serpiente es mi amor, amor todopoderoso, pues te ha hecho venir. La distancia imposible mediaba entre nosotros : yo estaba en Sirio y tú en Alioth[1]; has recorrido la desmesurada travesía y aquí estás. — ¡ Bien ! ¡ calla ! tuya soy.

Siguió un breve silencio. Gwynplaine no sabia lo que le pasaba ; ella prosiguió :

— Desear es conseguir ; soñar una quimera es provocar una realidad. ¿ Me atreveré á perderme? Sí. ¿ Me atreveré á ser tu querida, tu esclava?... ¡ con júbilo ! Gwynplaine, yo soy la mujer y la mujer es barro que desea ser fango. Necesito despreciarme ; eso sazona el orgullo : la liga de la grandeza es la bajeza ; no hay cosas que se combinen mejor entre sí. Despréciame, tú á quien desprecian : el envilecimiento debajo del envilecimiento ¡ qué delicia ! Pisotéame, así me querrás mas : harto lo sé yo. ¿ Sabes por qué te

1. Nombres de dos estrellas muy distantes entre sí. (*N. del Tr.*)

idolatro? porque te desprecio: tan inferior eres á mí que te coloco sobre un altar. Mezclar lo alto con lo bajo es el caos, y el caos me agrada: todo principia y acaba por el caos. ¿Qué es el caos? una inmensa mancha, y con esa mancha hizo Dios la luz y el mundo. No sabes tú hasta qué punto soy perversa: amasa un astro con lodo, y eso soy yo.

Así hablaba aquella mujer formidable, descubriendo desnudo, por las descompuestas ropas, su busto de vírgen. Luego prosiguió:

— Loba para todos, perra para tí. ¡Cómo se van á asombrar! el asombro de los tontos es cosa grata. Yo me comprendo perfectamente. ¿Soy una diosa? Anfítrite se ha dado al cíclope *Fluctivoma Amphitrite*. ¿Soy una hada? Urganda se ha entregado á Bugryx, el andróptero de las ocho manos palmadas. ¿Soy una princesa? María Estuardo fué la querida de Rizzio: — tres hermosas, tres monstruos, y yo soy mas grande que ellas, porque tú eres peor que ellos. Somos, Gwynplaine, tal para cual: tú eres monstruo por fuera, y yo lo soy por dentro; de aquí el amor que te tengo. Tu cara es mi alma....

Gwynplaine la escuchaba y sentia correr por sus venas un raudal de fuego, pero no tenia aliento para decir ni una palabra, mientras ella delirante y verdaderamente loca, continuaba en sus provocaciones y desvaríos, llegando una vez á morderle como una leona....

Homero tiene nubes que acaso iban á hacerse necesarias sobre Gwynplaine y Josiana, como sobre Júpiter y Juno, cuando de pronto vibró junto á ellos una campanillita clara y penetrante que era la del llamador empotrado en la pared. La duquesa volvió la cabeza y dijo:

—¿Que me querrá la reina?

Y bruscamente, con el ruido que hace una trampa de muelle, abrióse la chapa de plata en que estaba incrustada una corona real, y se descubrió el interior de una torre entapizada de terciopelo azul turquí, con un pliego cerrado sobre una bandeja de oro.

El pliego era voluminoso y cuadrado y estaba colocado de manera que se viese desde luego el sello, en el que habia unas grandes armas estampadas en lacre encarnado. La campanilla continuaba tocando.

La lámina de plata abierta tocaba casi con el canapé en que ambos estaban sentados. Recostada en él y ceñido un brazo al cuello de Gwynplaine, alargó la duquesa el otro brazo, cogió la carta de sobre la bandeja y corrió de nuevo la lámina, con lo que se cerró el torno y calló la campanilla.

Rompió la duquesa el sello, deshizo el sobre, sacó de él los dos pliegos que contenia y le tiró á los piés de Gwynplaine.

En el ya roto sello de lacre, fácil aun de descifrar, Gwynplaine distinguió una corona real y debajo la letra A.

El sobre rasgado mostraba sus dos caras, por manera que al mismo tiempo podia leerse la direccion: *A Su Gracia la Duquesa Josiana.*

Los dos pliegos que habia contenido eran un pergamino y una vitela, grande aquel y esta pequeña: en el pergamino se veia estampado en lacre verde un ancho sello de cancillería. Toda palpitante aun y anegados en éxtasis los ojos, la duquesa hizo un gestillo de disgusto.

—¡Ah! dijo ¿qué me enviará aquí la reina? ¡papelotes! ¡qué inoportuna es esa mujer!

Y dejando á un lado el pergamino, entreabrió la vitela.

—Me escribe de su puño, su letra es y me fastidia leerla. Antes te pregunté, Gwynplaine, si sabias leer: ¿sabes leer?

Gwynplaine hizo con la cabeza una señal afirmativa.

Tendióse la duquesa en el canapé, casi como si fuera á dormir, cubrióse muy bien los piés bajó la larga falda de la bata y los brazos bajo las mangas con un pudor algo tardío y mirando á Gwynplaine con ojos apasionados, le alargó la vitela.

—Como ya eres mio, Gwynplaine, le dijo, empieza á servirme; léeme, amado mio, lo que me escribe la reina.

Desdobló Gwynplaine la vitela y con voz en que vibraban distintos temblores, leyó:

« Señora,

« Os enviamos graciosamente la copia adjunta « de un acta, certificada y firmada por nuestro « servidor Guillermo Cowper, lord canciller de « este reino de Inglaterra, y de la cual resulta la

« considerable particularidad de que acaba de
« descubrirse y patentizarse el hijo legítimo de
« lord Linnœus Clancharlie bajo el nombre de
« *Gwynplaine*, en la bajeza de una existencia
« ambulante y vagabunda y en medio de una
« turba de saltimbanquis y volatineros, supresion
« de estado que data de la mas tierna edad. A
« consecuencia de las leyes del reino y en virtud
« de su derecho hereditario, lord Fermain Clan-
« charlie, hijo de lord Linnœus, será hoy mismo
« admitido y reintegrado en la cámara de los
« lores ; por cuya razon, queriendo trataros bien
« y conservaros la trasmision de los bienes y
« estados de los lores Clancharlie Hunkerville,
« le sustituimos en vuestros favores á lord David
« Dirry-Moir, os hacemos llevar al lord Fermain
« á vuestra residencia de Corleone-lodge y os
« ordenamos y queremos, como reina y her-
« mana, que el expresado lord Fermain Clan-
« charlie, conocido hasta el presente con el
« nombre de Gwynplayne, sea vuestro esposo ;
« y os casareis con él porque tal es nuestra real
« voluntad. »

Mientras leia Gwynplaine con entonaciones

que desfallecia casi á cada palabra, la duquesa, incorporada ya en el cojin del canapé, escuchaba atentamente, fijos los ojos, y no bien hubo concluido Gwynplaine su lectura, le arrancó la carta de las manos.

— Ana, reina, dijo leyendo la firma con una expresion profundamente reflexiva.

Luego recogió del suelo el pergamino que habia tirado y tendió sobre él despacio la vista : era la declaracion de los náufragos de la *Matutina*, copiada en un acta firmada por el cheriff de Southwark y por el lord canciller.

Leida el acta volvió á leer el mensaje de la reina y dijo :

— Sea.

Y con la mayor serenidad, mostrando con el dedo á Gwynplaine el tapiz de la galería por donde habia entrado.

— Salid, le dijo.

Gwynplaine, petrificado, permaneció inmóvil.

Ella repuso con tono glacial :

— Puesto que sois mi marido, salid.

Gwynplaine, mudo, bajos los ojos como un reo, no se movia.

Ella añadió :

—Ningun derecho teneis para estar aquí : este es el sitio de mi amante.

Gwynplaine estaba como clavado al suelo.

— ¡Bien! dijo la duquesa, me iré yo. ¡Ah! ¡sois mi marido! Me parece bien.... Os aborrezco.

Y poniéndose en pié, echando á no sabemos quién en el espacio un altanero ademan de despedida, salió de la estancia, y detrás de ella cayó el tapiz que cerraba la puerta de la galería.

V

EL HOMBRE SE RECONOCE, PERO NO SE CONOCE

Gwynplaine quedó solo.

Solo, en presencia de aquel baño tibio y de aquella cama deshecha.

La pulverizacion de las ideas habia llegado en él á su colmo : lo que pensaba no se parecia siquiera á un pensamiento; era una difusion, una dispersion, la angustia de hallarse en lo incomprensible.

La entrada en los mundos desconocidos no es cosa sencilla.

Desde que recibió la carta de la duquesa, traida por el mozo, una serie de horas sorprendentes habia empezado para Gwynplaine, de cada vez menos inteligibles. Primero habia estado como soñando, pero veia claro; ahora iba á tientas en su sueño....

Continuaba sentado en el canapé, como una masa inerte, en el sitio en que le habia dejado la duquesa.

De pronto se oyó en aquella sombra un ruido de pisadas; eran las de un hombre: aquellas pisadas venian del lado opuesto á la galería por donde habia salido la duquesa; se iban acercando y se oian sordas, pero muy distintamente, y aunque tan ensimismado y embebecido, no pudo menos Gwynplaine de prestarles alguna atencion.

De pronto, al otro lado de la cortina de tisú de plata, que la duquesa habia dejado entreabierta, detrás de la cama, la puerta que era fácil figurarse bajo el espejo pintado se abrió de par en par, y una voz alegre y varonil entonó

vigorosamente en la estancia de los espejos este estribillo de una antigua cancion francesa :

En su basura dos lechoncillos
Gruñen y juran como dos pillos.

Entró un hombre.

Aquel hombre ceñia espada al costado y llevaba en la mano un sombrero de plumas con presilla y escarapela é iba vestido con un magnífico uniforme de marino todo galoneado.

Gwynplaine se puso en pié, como movido por un resorte.

Reconoció á aquel hombre, y aquel hombre le reconoció.

De sus dos bocas estupefactas salió al mismo tiempo esta doble exclamacion :

— ¡Gwynplaine!

— ¡Tom-Jim-Jack!

El hombre del sombrero de plumas se acercó á Gwynplaine, que le aguardaba con los brazos cruzados.

— ¿Cómo estás aquí, Gwynplaine?

— Y tú, Tom-Jim-Jack, ¿cómo has venido?

— ¡Ah! ya comprendo : ¡un capricho de Josiana! — Un saltimbanquis que es ademas un

mónstruo, ¿quién resisté á tanta seduccion? — Te has disfrazado para venir aquí, Gwynplaine.

— Y tú tambien, Tom-Jim-Jack.

— ¿Qué significa, Gwynplaine, ese traje de caballero?

— ¿Y qué significa, Tom-Jim-Jack, ese uniforme de oficial?

— Yo no respondo á preguntas, Gwynplaine.

— Ni yo tampoco, Tom-Jim-Jack.

— Gwynplaine, yo no me llamo Tom-Jim-Jack.

— Tom-Jim-Jack, yo no me llamo Gwynplaine.

— Gwynplaine, estoy aquí en mi casa.

— En mi casa estoy yo aquí, Tom-Jim-Jack.

— Te prohibo que seas mi eco. Tú manejas la ironía, pero yo manejo este baston; basta de razones, miserable villano.

Gwynplaine se puso muy pálido.

— El villano serás tú, y me darás satisfaccion de ese insulto.

— En tu barraca, cuando quieras, á puñetazos.

— Aquí y á estocadas.

— Gwynplaine amigo, la espada es prenda de caballeros y yo no riño sino con mis iguales: iguales somos ante el puñetazo, pero desiguales ante la espada. En el parador Tadcaster, Tom-Jim-Jack puede boxear con Gwynplaine; en Windsor ya no es lo mismo, pues has de saber que soy contra-almirante.

— Y yo soy par de Inglaterra.

El hombre en quien Gwynplaine veia á Tom-Jim-Jack se echó á reir.

— ¿Por qué no rey? Y por cierto que tienes razon; un histrion es todo lo que representan sus papeles. Dime que eres Teseo, duque de Atenas, y te creeré.

— Soy par de Inglaterra y nos batiremos.

— Gwynplaine, esta broma se va haciendo pesada. No juegues con quien puede hacerte azotar: me llamo lord David Dirry-Moir.

— Y yo me llamo lord Clancharlie.

Lord David soltó una segunda carcajada.

— ¡Bravo! ¡Gwynplaine es lord Clancharlie! Ese es con efecto el nombre que hay que llevar para ser dueño de Josiana. — Mira, te perdono, y ¿sabes por qué? porque somos los dos amantes.

Descorrióse el tapiz de la galería y una voz dijo :

— Sois los dos maridos, milores y señores mios.

Ambos se volvieron.

— ¡Barkilphedro! exclamó lord David.

Era, en efecto, Barkilphedro, el cual saludaba profundamente á los dos lores con una amable sonrisa.

Detrás de él, á pocos pasos, se veia un gentilhombre de semblante respetuoso y severo que llevaba una varita negra en la mano.

Adelantóse aquel gentilhombre, hizo tres reverencias á Gwynplaine y le dijo :

— Milord, soy el ujier de la vara negra y vengo á buscar á vuestra señoría en cumplimiento de las órdenes de su majestad.

LIBRO OCTAVO

EL CAPITOLIO Y SUS CERCANIAS

I

DISECCION DE LAS COSAS MAJESTUOSAS

La formidable ascension que, por espacio ya de tantas horas, variaba sus vértigos sobre Gwynplaine y que le habia llevado á Windsor, le restituyó á Lóndres.

Las realidades visionarias se sucedieron delante de él sin solucion de continuidad.

No habia medio de sustraerse á ellas; cuando

una le soltaba, otra le cogia, sin dejarle tiempo ni aun para respirar.

El que ha visto á un jugador de manos ha visto á la suerte: aquellos proyectiles que suben, caen y vuelven á subir y á caer, son la perfecta imágen de los hombres en la mano del destino.

Proyectiles y juguetes.

En la noche de aquel mismo dia, Gwynplaine se hallaba en un sitio extraordinario.

Estaba sentado en un banco de terciopelo bordado de flores de lis: llevaba por cima de sus vestidos un manto de terciopelo escarlata con vueltas de tafetan blanco y un roquete de armiño, y en los hombros dos tiras de armiño bordadas de oro.

En torno suyo estaban varios hombres de todas edades, jóvenes y viejos, sentados como él sobre flores de lis y como él vestidos de armiño y púrpura.

Delante de sí veia otros hombres de rodillas que llevaban togas de seda negra: algunos de aquellos hombres arrodillados estaban escribiendo.

En frente de sí, á corta distancia, veia unos

cuantos escalones, un tablado, un dosel, un ancho escudo de armas muy reluciente entre un leon y un unicornio, y bajo aquel dosel, sobre aquel tablado, en lo alto de aquellos escalones, contiguo á aquel escudo de armas, un sillon dorado y coronado : aquel sillon era un trono.

El trono de la Gran Bretaña.

Gwynplaine, como par que era del reino, se hallaba en la cámara de los pares de Inglaterra.

¿Cómo se habia verificado aquella introduccion de Gwynplaine en la cámara de los lores? Digámoslo.

Todo el dia, desde por la mañana hasta la noche, desde Windsor hasta Lóndres, desde Corleone-lodge hasta Westminster-hall, habia sido una subida de peldaño en peldaño, y á cada peldaño habia seguido un nuevo aturdimiento.

De Windsor habia sido traido en los coches de la reina con la escolta debida á un par : la guardia que va para honor de la persona honrada se parece mucho á la guardia que solo va para guardarla.

Aquel dia los ribereños del camino de Windsor á Lóndres vieron galopar una cabalgata de gen-

tiles-hombres pensionistas de su majestad acompañando á dos sillas de posta que corrian á todo el galopar de los caballos : en la primera iba sentado el ujier de la vara negra con su vara en la mano, en la segunda se distinguia un sombreron con plumas blancas que cubrian de sombra casi por completo el rostro de un hombre. ¿Quién era aquel hombre? ¿un príncipe? ¿acaso un preso ?

Era Gwynplaine.

Tenia trazas aquello de uno á quien llevan á la torre de Lóndres, á menos de que fuese uno á quien llevasen á la cámara de los pares.

La reina habia hecho grandemente las cosas : como se trataba del futuro marido de su hermana, habia dado una escolta de su propio servicio.

El oficial del ujier de la vara negra cabalgaba al frente de la comitiva.

El ujier de la vara negra llevaba en su silla sobre una bigotera un cojin de paño de plata, sobre el cual iba un cartapacio negro timbrado con una corona real.

En Brentford, última puerta antes de llegar

á Lóndres, las dos sillas y la escolta hicieron alto.

Una carroza de concha tirada por cuatro caballos, aguardaba con cuatro lacayos detrás, dos postillones delante y un cochero con peluca: ruedas, estribos, sopandas, lanza, todo el tren de aquella carroza era dorado; los caballos iban enjaezados de plata.

Aquel coche de gala era de un dibujo altivo y sorprendente, y hubiera figurado de magnífico modo entre las cincuenta y una carrozas célebres cuyos retratos nos ha dejado Roubo.

El ujier de la vara negra echó pié á tierra lo mismo que su oficial.

El oficial del ujier sacó de la bigotera de la silla de posta el cojin de paño de plata en que estaba el cartapacio con corona, le posó sobre sus dos manos y se colocó en pié detrás del ujier.

El ujier de la vara negra abrió la portezuela de la carroza, que estaba desocupada, luego la portezuela de la silla en que iba Gwynplaine, y bajando los ojos, invitó á este respetuosamente á tomar asiento en la carroza.

Gwynplaine se apeó de la silla y subió á aquella.

El ujier con su vara y el oficial con su cojin subieron á la carroza detrás de él y ocuparon en ella la banqueta baja destinada á los pajes en los antiguos coches de ceremonia.

La carroza estaba forrada en lo interior de raso blanco con rapacejos y bellotas de plata: cubria su cielo un gran escudo de armas.

Los postillones de las dos sillas que acababan de desocuparse llevaban la sobrevesta propia de la casa real; el cochero, los postillones y los lacayos de la carroza que iba á ocupar el nuevo lord llevaban otra librea distinta y muy magnífica.

Gwynplaine, al trasluz del sonambulismo en que estaba como anonadado, reparó en aquella fastuosa servidumbre y preguntó al ujier de la vara negra:

—¿Qué librea es esa?

El ujier de la vara negra respondió:

—La vuestra, mylord.

Aquel dia la cámara de los lores debia celebrar sesion por la noche. *Curia erat serena,* dicen las antiguas actas. En Inglaterra, la vida parlamen-

taria suele ser una vida nocturna; sabido es que en una ocasion aconteció á Sheridan principiar un discurso á media noche y concluirlo al amanecer.

Las dos sillas de posta volvieron vacías á Windsor, la carroza de concha en que iba Gwynplaine se dirigió á Lóndres, al paso, por exigirlo así la dignidad de la peluca del cochero.

Bajo la figura de aquel cochero solemne, el ceremonial tomaba posesion de Gwynplaine.

Por lo demas aquellas demoras eran muy verosimilmente calculadas y luego veremos su motivo probable.

No era todavía de noche, pero poco le faltaba cuando la carroza de concha se paró delante de la *King's Gate* (Puerta del rey), pesada puerta de arco rebajado entre dos torreones que comunicaba de White-Hall con Westminster.

La cabalgata de los gentiles-hombres pensionistas se agrupó alrededor de la carroza.

Uno de los lacayos bajó de la trasera y abrió la portezuela.

El ujier de la vara negra, seguido de su oficial que llevaba el cojin, se apeó de la carroza y dijo á Gwynplaine :

—Mylord, dígnese vuestra señoría apearse y conservar el sombrero en la cabeza.

Llevaba Gwynplaine, debajo de su capa de viaje, el vestido de seda que no se habia quitado desde la víspera, y no ceñia espada.

Al apearse dejó la capa en el carruaje.

Bajo la bóveda-cochera de la King's Gate habia una puertecita lateral á que se subia por unas pocas gradas.

En las cosas de aparato, ir delante es señal de respeto; por eso el ujier de la vara negra, seguido de su oficial, iba delante de Gwynplaine; de esta suerte subieron las gradas y entraron por la puertecilla lateral.

Pocos momentos despues se hallaban en una estancia circular y espaciosa con un pilar en el centro, base de uno de los torreones, iluminada por ajimeces muy angostos y que debia ser oscura hasta en mitad del dia. La poca luz suele formar parte del ceremonial: lo oscuro es majestuoso.

En aquella estancia estaban trece hombres de pié, tres delante, seis en la segunda fila, cuatro detrás. De los tres primeros uno llevaba una

cota de terciopelo encarnado y los otros dos vestian cotas encarnadas tambien, pero de raso: los tres llevaban las armas de Inglaterra bordadas en el hombro.

Los seis de la segunda fila iban vestidos con dalmáticas de muer blanco, cada cual con un blason diferente en el pecho.

Los cuatro últimos, vestidos todos de muer negro, se distinguian unos de otros, el primero por una capita azul, el segundo por un san Jorge escarlata bordado en el pecho, el tercero por dos cruces carmesíes bordadas en el pecho y en la espalda, y el cuarto por un cuello de piel negra llamada piel de sabelina: todos llevaban peluca, iban descubiertos y ceñian espada.

Distinguíanse apenas sus rostros en la penumbra y ellos no podian ver el de Gwynplaine.

El ujier de la vara negra la levantó en alto y dijo:

— Mylord Fermain Clancharlie, baron Clancharlie y Hunkerville, yo ujier de la vara negra, primer oficial de la cámara de presencia, entrego la persona de vuestra señoría á Jarretera, rey de armas de Inglaterra.

El personaje de la cota de terciopelo, dejando á los otros detrás, saludó á Gwynplaine hasta el suelo y dijo:

—Milord Fermain Clancharlie, yo soy Jarretera, primer rey de armas de Inglaterra; soy el oficial creado y coronado por su gracia el duque de Norfolk, conde mariscal hereditario, y he jurado obediencia al rey, á los pares, y á los caballeros de la Jarretera. El dia de mi coronacion, en que el conde mariscal de Inglaterra me derramó una gran copa de vino sobre la cabeza, prometí solemnemente ser oficioso con la nobleza, evitar el trato con personas de mala reputacion, disculpar mas bien que acriminar á las personas de calidad y amparar á viudas y doncellas: tengo á mi cargo arreglar las ceremonias del entierro de los pares, cuido y custodio sus armas, y me pongo á las órdenes de vuestra señoría.

El primero de los otros dos que llevaban cotas de raso hizo una reverencia y dijo:

—Mylord, yo soy Clarence, segundo rey de armas de Inglaterra; soy el oficial que dirige el entierro de los nobles inmediatamente inferiores

á los pares, y me pongo á las órdenes de vuestra señoría.

El otro hombre de la cota de raso saludó y dijo:

— Mylord, yo soy Norroy, tercer rey de armas de Inglaterra y me pongo á las órdenes de vuestra señoría.

Los seis de la segunda fila, inmóviles y sin saludar, dieron un paso adelante.

El primero á la derecha de Gwynplaine, dijo:

— Mylord; somos los seis duques de armas de Inglaterra. Yo soy York.

En seguida cada uno de los heraldos ó duques de armas tomó la palabra por turno y se fué nombrando.

— Yo soy Lancaster.

— Yo soy Richmond.

— Yo soy Chester.

— Yo soy Somerset.

— Yo soy Windsor.

Los blasones que llevaban en el pecho eran los de los condados y ciudades con cuyos nombres se distinguian.

Los cuatro que iban vestidos de negro, detrás de los heraldos, guardaban silencio.

El rey de armas Jarretera los apuntó con el dedo á Gwynplaine, y dijo :

— Mylord, estos son los cuatro prosevantes.

— Capa-Azul.

El hombre de la Capa-Azul hizo un saludo con la cabeza.

— Dragon-Rojo.

El hombre del San Jorge bordado saludó.

— Cruz-Roja.

El hombre de la cruz escarlata saludó igualmente.

— Porta-Cuello.

El hombre de la piel de sabelina saludó como los demas.

A una señal del rey de armas, el primero de los prosevantes, Capa-Azul, se adelantó y tomó de manos del oficial del ujier el cojin de paño de plata y el cartapacio con corona.

Y el rey de armas dijo al ujier de la vara negra :

— Así sea. Doy á vuestro honor recepcion de su señorío.

Estas prácticas de etiqueta y otras que siguen aquí eran el antiguo ceremonial anterior á Enri-

que VIII, que Ana procuró durante algun tiempo resucitar. Nada de esto se hace ya hoy, y sin embargo la cámara de los lores se cree inmutable, y si lo inmemorial con efecto existe en alguna parte, es allí.

Pero cambia á pesar de todo. *E pur si muove.*

¿Qué se ha hecho, por ejemplo, el *may pole*, aquel *mayo* que la ciudad de Lóndres plantaba en la carrera que seguian los lores al ir al parlamento? El último de que hay noticia se levantó en 1713, y desde entonces esa costumbre ha caido en desuso.

La apariencia es la inmovilidad; la realidad es el cambio. Tomemos por ejemplo el título de la casa de Albemarle : ese título parece eterno, y por él sin embargo han pasado seis familias, á saber : Odo, Mandeville, Bethune, Plantageneto, Beauchamp y Monck. Bajo el título de Leicester se han sucedido cinco nombres diferentes : Beaumont, Brewose, Dudley, Sydney y Coke. Bajo el de Lincoln, seis. Bajo el de Pembroke, siete, etc. Las familias mudan bajo los títulos inmutables, y el historiador superficial cree en la inmu-

tabilidad absoluta, al paso que en el fondo nada dura. El hombre no puede ser mas que una ola; la humanidad es el mar.

Las aristocracias tienen por orgullo lo que las mujeres tienen por humillacion : envejecer; pero mujeres y aristocracias se forjan la misma ilusion : conservarse.

Es probable que la cámara de los lores no se reconozca en lo que acaba de leerse y en lo que se leerá mas adelante, á la manera que la que fué buena moza no quiere tener arrugas. El espejo es un antiguo acusado, pero se conforma con su suerte.

Sacar los retratos parecidos es todo el deber del historiador.

El rey de armas se dirigió á Gwynplaine.

— Tened la bondad de seguirme, mylord.

Luego añadió :

— Os saludarán, y vuestra señoría no hará mas que levantar un poco el ala del sombrero.

Y con esto se dirigió la comitiva hácia una puerta que habia en el fondo de la sala circular, abriendo la marcha el ujier de la vara negra y siguiéndole Capa-Azul, que llevaba el cojin, y

luego el rey de armas; detrás del rey de armas iba Gwynplaine con el sombrero encasquetado en la cabeza. Todos los demas, reyes de armas, heraldos, prosevantes, se quedaron en la sala circular.

Gwynplaine, precedido del ujier de la vara negra y bajo la direccion del rey de armas, siguió un itinerario que seria imposible señalar hoy con puntualidad, por haberse demolido el antiguo edificio en que se reunia el parlamento de Inglaterra.

Como ya habia anochecido del todo, veíanse de trecho en trecho en las galerías varias lámparas, y algunas arañas de cobre con velas de cera estaban encendidas en las salas, alumbradas poco mas ó menos como las naves laterales de una iglesia.

No se hallaban en ellas mas que las personas necesarias.

En una estancia que atravesó la comitiva estaban de pié, inclinada respetuosamente la cabeza, los cuatro oficiales de la estampilla y el de los papeles de Estado.

En otra estaba el honorable Felipe Sydenham,

caballero *banneret*, señor de Brympton en Somerset. El caballero *banneret* es el promovido en la guerra por el rey á la dignidad de caballero, bajo el pendon real [1].

En otra estaba el mas antiguo *baronnet* de Inglaterra, sir Edmundo Bacon de Suffolk, heredero de sir Nicolás y calificado de *primus baronetorum Angliæ*: sir Edmundo tenia á su espalda dos escuderos que llevaban, el uno su arcabuz y el otro las armas de Ulster, por ser los *baronnets* los defensores natos del condado de Ulster, en Irlanda.

En otra estaba el canciller del tesoro, acompañado de sus cuatro contadores y de dos diputados del lord chambelan, á mas del director de la casa de moneda, con una libra esterlina en la mano. Aquellos ocho personajes hicieron una reverencia al nuevo lord.

A la entrada del corredor por donde comunicaba la cámara alta con la baja, Gwynplaine fué saludado por varios altos personajes y diputaciones, y como quisiese volverles su saludo, el

1. Corresponde á nuestros antiguos señores de mesnada. (*N. del Tr.*)

rey de armas le recordó en voz baja el ceremonial diciéndole al oido :

— Solo con el canto del sombrero, mylord; y Gwynplaine lo hizo como se le indicaba.

Llegó á la cámara pintada, donde no habia pintura alguna, salvo unas cuantas figuras de santos, entre otros san Eduardo.

Mas allá de la valla de madera que cruzaba de parte á parte la cámara pintada, ocupaban sus puestos los tres secretarios de Estado, hombres considerables. El primero de aquellos oficiales tenia en sus atribuciones el sud de Inglaterra, la Irlanda y las colonias, con mas la Francia, la Suiza, Italia, España, Portugal y Turquía : el segundo dirigia el norte de Inglaterra, con vigilancia sobre los Paises Bajos, Alemania, Dinamarca, Suecia, Polonia y Moscovia; el tercero, escocés, tenia á su cargo la Escocia : los dos primeros eran ingleses. Todos ellos saludaron en silencio á Gwynplaine, quien no hizo mas que tocar ligeramente el ala de su sombrero.

El guarda-valla abrió el paso á la parte de la cámara pintada en que se hallaba la larga mesa con tapete verde reservada nada mas que á los

lores y sobre la cual ardia un gran candelabro.

Precedido del ujier de la vara negra, de Capa-Azul y de Jarretera, penetró Gwynplaine en aquel compartimiento privilegiado, y detrás de él cerró la entrada el guarda-valla.

Apenas pasada la barrera, paróse el rey de armas.

La cámara pintada era espaciosa.

Veíanse en el fondo, en pié debajo del escudo real que estaba entre las dos ventanas, dos ancianos vestidos de ropones de terciopelo encarnado con dos tiras de armiño ribeteadas con galones de oro sobre los hombros y sombreros de plumas blancas sobre sus pelucas. Por la abertura de los ropones se veia su traje de seda y la empuñadura de su espada.

Detrás de ellos estaba inmóvil un hombre vestido de muer negro que llevaba levantada en la mano una gran maza de oro con un leon coronado en la punta.

Era el macero de los pares de Inglaterra.

El leon es su insignia : « *Et les lions ce sont les Barons et li Per*, » dice la crónica manuscrita de Beltran Duguesclin.

El rey de armas señaló á Gwynplaine los dos personajes de los ropones de terciopelo y le dijo al oido :

— Mylord, esos son vuestros iguales y les devolvereis exactamente su saludo. Esas dos señorías aquí presentes son dos barones y padrinos vuestros, designados por el lord-canciller : son muy viejos y casi ciegos; ellos son los que van á introduciros en la cámara de los lores.

El rey de armas, dando un paso hácia los dos ancianos, levantó la voz y dijo :

— Lord Fermain Clancharlie, baron Clancharlie, baron Hunkerville, marqués de Corleone en Sicilia, saluda á vuestras señorías.

Los dos lores levantaron sus sombreros por encima de su cabeza alargando el brazo cuanto les fué posible y en seguida se los volvieron á poner, saludo que Gwynplaine les devolvió de la propia manera.

Adelantóse el ujier de la vara negra, luego Capa-Azul, luego Jarretera.

El macero fué á colocarse delante de Gwynplaine, y los dos lores á sus lados, lord Fitzwalter á su derecha y lord Arundel de Trerice á

su izquierda. Lord Arundel era el mas viejo y cascado de los dos, y murió al año siguiente, legando á su nieto Juan, menor de edad, su dignidad de par, la cual por cierto debia extinguirse en 1768.

Aquella comitiva salió de la cámara pintada y se internó por una galería de pilastras en que alternaban de centinela, de pilastra en pilastra, partesaneros de Inglaterra y alabarderos de Escocia.

Los capitanes de unos y otros hicieron á Gwynplaine y á los dos lores padrinos el saludo con la espada, y los soldados saludaron, unos con la partesana y otros con la alabarda.

En el fondo de la galería brillaba un porton tan magnífico que sus dos hojas parecian dos chapas de oro.

A ambos lados de la puerta se veian dos hombres inmóviles, en cuya librea se podia reconocer á los *door-keepers*, « guarda-puertas ».

Un poco antes de llegar á aquella puerta se ensanchaba la galería y en ella habia una rotonda de cristales.

En aquella rotonda estaba sentado en un sitial

de altísimo respaldo un personaje augusto por la enormidad de su toga y de su peluca, que era Guillermo Cowper, lord canciller de Inglaterra.

En las córtes es gran fortuna padecer el mismo achaque que el rey en mayor grado. Guillermo Cowper era miope, Ana lo era tambien, circunstancia que le valió ser elegido por su majestad para canciller y custodio de la conciencia real.

Guillermo Cowper tenia el labio superior muy sútil y el inferior muy grueso, signo de semibondad.

La rotonda de cristales estaba iluminada por una lámpara que pendia del techo.

El lord canciller, muy grave en su sitial, tenia á su derecha una mesa, junto á la que estaba sentado el oficial de la corona, y á su izquierda otra mesa que ocupaba el oficial del parlamento.

Cada uno de aquellos dos oficiales tenia delante de sí un gran libro abierto y recado de escribir.

Detrás del sitial del lord canciller estaba en pié su macero, con la maza de corona á mas del porta-cola y del porta-bolsa, los tres con grandes pelucas. Todos estos oficios existen aun.

Encima de una credencia junto al sitial habia una espada con empuñadura de oro, y vaina y tahalí de terciopelo color de fuego.

Detrás del oficial de la corona estaba de pié otro oficial que sostenia abierta con ambas manos una toga que era la llamada toga de coronacion; y detrás del oficial del parlamento otro oficial sostenia desplegada otra toga que era la llamada toga de parlamento.

Aquellas togas, ambas de terciopelo carmesí forrado de tafetan blanco, con dos tiras de armiño galoneadas de oro en el hombro eran iguales, salvo que la de coronamiento tenia un poco mas ancho el roquete de armiño.

Un tercer oficial, que era el «librarian», llevaba sobre un cojin de baqueta de Flandes el *red-book*, librito encuadernado en tafilete rojo, que contenia la lista de los pares y de los comunes, y á mas unas páginas blancas y un lapiz que era costumbre entregar á cada nuevo individuo que entraba en el parlamento.

La marcha en procesion que cerraba Gwynplaine entre los dos pares, sus padrinos, se paró delante del sitial del lord canciller.

Los dos lores padrinos se quitaron los sombreros y lo propio hizo Gwynplaine.

El rey de armas recibió de manos de Capa-Azul el cojin de paño de plata, se hincó de rodillas y presentó el cartapacio negro encima del cojin al lord canciller.

Este tomó el cartapacio y se le alargó al oficial del parlamento, el cual vino á tomarle con toda ceremonia y volvió á sentarse; abrió en seguida el cartapacio y se puso en pié.

El cartapacio contenia los dos mensajes acostumbrados; la pragmática real dirigida á la cámara de los lores, y la intimacion de tomar asiento [1] dirigida al nuevo par.

El oficial, de pié, leyó en alta voz los dos despachos con majestuosa lentitud.

Terminada la lectura, alzó la voz el lord canciller diciendo:

— Lord Fermain-Clancharlie, ¿renuncia vuestra señoría á la transustanciacion, á la adoracion de los santos y á la misa?

Gwynplaine se inclinó.

1. *Writ of summons.*

—Conste así, dijo el lord canciller.

Y el oficial del parlamento repuso :

—Su señoría va á tomar asiento.

El lord canciller añadió:

—Mylord Fermain Clancharlie podeis tomar asiento.

—¡Amen! dijeron los dos padrinos.

Levantóse el rey de armas, cogió de la credencia la espada y abrochó su tahalí en la cintura de Gwynplaine : este oyó detrás de sí una voz que le decia :

—Revisto á vuestra señoría con la toga de parlamento.

Y al mismo tiempo el oficial que le hablaba y sostenia en sus manos aquella toga, se la puso y le ató al cuello la cinta negra del roquete de armiño.

Vestida ya la toga de púrpura y ceñida la espada de oro, Gwynplaine iba perfectamente igual á los dos lores que tenia á derecha y á izquierda.

El *librarian* le presentó el *red-book* y se le metió en un bolsillo de la chupa.

El rey de armas le murmuró al oido :

—Mylord, al entrar, saludareis á la silla real. La silla real es el trono.

Entretanto los dos oficiales continuaban escribiendo, cada uno en su mesa, el uno en el registro de la corona, el otro en el del parlamento.

Ambos, uno despues de otro, el oficial de la corona el primero, llevaron sus libros al lord canciller, que los firmó, hecho lo cual, se puso en pié y dijo:

—Lord Fermain Clancharlie, baron Clancharlie, baron Hankerville, marqués Corleone en Italia, sed bienvenido entre vuestros pares los lores espirituales y temporales de la Gran Bretaña.

Los dos padrinos de Gwynplaine le tocaron en el hombro; volvióse él y la gran puerta dorada del fondo se abrió de par en par: era la puerta de la cámara de los lores de Inglaterra.

No habian transcurrido treinta y seis horas desde que Gwynplaine, rodeado de otra comitiva, habia visto abrirse delante de él la puerta de hierro de la cárcel de Southwark; terrible rapidez de todas aquellas nubes sobre su cabeza; nubes que eran sucesos; rapidez que era una toma por asalto.

II

IMPARCIALIDAD

La creacion de una igualdad con el rey, llamada pairía, fué en las épocas bárbaras una ficcion útil. En Francia y en Inglaterra este arbitrio político rudimental produjo resultados diferentes : en Francia, el par fué un falso rey ; en Inglaterra fué un verdadero príncipe, menos grande que en Francia, pero mas positivo ; podríamos decir : menor, pero peor.

La pairía nació en Francia, en época dudosa en tiempo de Carlomagno, segun la leyenda; en tiempo de Roberto el Prudente, segun la historia: la historia no está mas segura de lo que dice que la leyenda.

De Francia pasó muy en breve á Inglaterra.

La pairía inglesa fué un hecho grande y casi una gran cosa: tuvo por precedente el *wittenagemot* sajon; el *thane* dinamarqués y el *vavasseur* normando se fundieron en el baron. Baron es el mismo vocablo que el latino *vir*, que en español se traduce por *varon* y que significa hombre por excelencia. Desde el 1075 los barones empezaron á resistirse al rey. Y ¿á qué rey? á Guillermo el Conquistador. En 1086 dieron una base al feudalismo, que fué el *Dooms day-book*, « Libro del Juicio Final. » En tiempo de Juan sin Tierra sobreviene un conflicto; el señorío francés quiere sobreponerse á la Gran Bretaña, y la pairía de Francia manda comparecer ante su tribunal al rey de Inglaterra, causando grande indignacion entre los barones ingleses. En la consagracion de Felipe Augusto, el rey de Inglaterra llevaba, como duque de Normandía, el

primer pendon cuadrado y el duque de Guyana el segundo. Contra aquel rey vasallo del extranjero estalla « la guerra de los señores » y los barones imponen al miserable rey Juan sin Tierra la Carta Magna de donde sale la cámara de los lores: interviene el Papa en favor del rey y los excomulga en 1215; el Papa era Inocencio III que escribia el *Veni Sancte Spiritus*, y enviaba á Juan sin Tierra las cuatro virtudes cardinales bajo la forma de cuatro anillos de oro. Los lores persisten; largo duelo que durará muchas generaciones. Pembroke lucha: 1248 es el año de las « Provisiones de Oxford». Veinticuatro barones limitan el poderío del rey, le discuten y llaman para tomar parte en la contienda ampliada á un caballero por condado; primer albor y comienzo de la cámara de los comunes. Andando el tiempo los lores se asociaron dos ciudadanos por cada ciudad y dos vecinos por cada aldea, por cuya razon hasta el reinado de Isabel, los pares fueron los jueces de la validez de las elecciones de los comunes: de esta jurisdiccion nació el adagio « los diputados deben nombrarse sin las tres P, » *sine Prece*, *sine Pretio*, *sine Poculo*, lo

cual no impidió el establecimiento de los llamados *burgos podridos*[1]. Todavía en 1293, el tribunal de los pares de Francia ejercia jurisdiccion sobre el rey de Inglaterra, y Felipe el Hermoso citaba á comparecer ante su presencia á Eduardo I. Era Eduardo I aquel rey que mandaba á su hijo hacerle cocer despues de muerto y llevar sus huesos á la guerra. En vista de las locuras reales, los lores conocen la necesidad de fortalecer el parlamento y le dividen en dos cámaras, la alta y la baja: los lores conservan arrogantemente la supremacía, y hasta en el modo de votar se establecen diferencias. En la cámara de los lores se vota uno á uno, empezando por el último baron que se llama «el segundon»: cada par llamado responde: *contento* ó *no contento*. En los comunes votan todos juntos por *sí* ó *no*, á granel. Los comunes acusan, los pares juzgan. Los pares, por desden de los guarismos, delegan en los comunes, que de ello sacaron partido, la inspeccion del tesoro, *exchequer*, — así llamado, en sentir de unos, por el tapete de la mesa que re-

1. Aldeas y aun caseríos con voto, orígen de grandes abusos en las elecciones. (*N. del Tr.*)

presentaba un tablero de ajedrez, y segun el parecer de otros, por los cajones del antiguo armario en que se guardaba, detrás de una reja de hierro, el tesoro de los reyes de Inglaterra. De fines del siglo trece data el Registro anual, « *Year-book* ». En la guerra de las dos rosas se siente el peso de los lores, ya del lado de Juan de Gaunt, duque de Lancaster, ya del de Edmundo, duque de York. Vat-Tyler, los Lollards, Warwick, el *hacedor de reyes*, toda aquella anarquía-madre de donde saldrá la emancipacion, tiene por punto de apoyo, tácito ó expreso, el feudalismo inglés. Los lores miran con provechosa envidia el trono; envidiar es vigilar; limitan la iniciativa real, restringen los casos de alta traicion, suscitan falsos Ricardos contra Enrique IV, se constituyen árbitros, juzgan la cuestion de las tres coronas entre el duque de York y Margarita de Anjú, y, en caso de necesidad, levantan ejércitos y dan sus batallas, Shrewsbury, Tewkesbury, Saint-Alban, perdidas á veces, á veces ganadas. Ya, en el siglo trece, habian alcanzado la victoria de Lewes y arrojado del reino á los cuatro hermanos del rey, bastardos de Isabel y del

conde de la Marca, usureros los cuatro y sanguijuelas de los cristianos por medio de los judíos; príncipes por una cara, estafadores por otra, cosa que se ha repetido alguna vez, pero que en aquellos tiempos se estimaba poco. Hasta el siglo quince, el duque normando se trasluce en el rey de Inglaterra, y los acuerdos del parlamento se redactan en francés: desde el tiempo de Enrique VII se extienden en inglés por voluntad de los lores. Inglaterra bretona bajo Uther Pendragon, romana bajo César, sajona bajo la heptarquía, dinamarquesa bajo Harold, normanda bajo Guillermo, se hace inglesa, merced á los lores; luego se torna anglicana: para un pueblo, tener su religion en casa es una gran fuerza; un papa exterior sustrae la vida nacional: una Meca es un pulpo. En 1534 Lóndres rompe con Roma; la pairía adopta la reforma y los lores aceptan á Lutero: réplica á la excomunion de 1215. Aquel rompimiento convenia á Enrique VIII, pero en otros conceptos los lores le molestaban, y aun bajo el reinado de Isabel continuaron agitándose, de donde resultaron los suplicios de Durham: aquella falda tiránica se

tiñó de sangre; un guarda-infante puesto encima de un tajo es la cabal imágen de Isabel. Isabel reune el parlamento lo menos que puede y reduce la cámara de los lores á sesenta y cinco miembros, de ellos un solo marqués, Westminster, y ni un solo duque, sistema de eliminacion que seguian igualmente los reyes de Francia. En Inglaterra la corona veia con gusto amortizarse las pairías, y así en tiempo de Ana, para no citar mas que un ejemplo, las extinciones desde el siglo doce, habian acabado por formar un total de quinientas sesenta y cinco pairías abolidas. La guerra de las rosas habia comenzado la extirpacion de los duques que terminó á hachazos María Tudor, decapitando así á la nobleza: cortar el duque es cortar la cabeza; buena política sin duda, pero corromper vale mas que cortar. Así lo comprendió Jacobo I, el cual restauró el ducado é hizo duque á su favorito Williers, que le habia hecho cerdo [1]: trasformacion del duque feudal en duque cortesano. Tales duques pulularán: Cárlos II hará duquesas á dos de sus que-

1. Villiers llamaba á Jacobo I *Vuestra Cochinería*.

ridas, Bárbara de Southampton y Luisa de Querouel. Bajo el reinado de Ana habrá veinticinco duques, entre ellos tres extranjeros, Cumberland, Cambridge y Schonberg. Esos manejos de córte, inventados por Jacobo I ¿darán el resultado apetecido? No. La cámara de los lores se siente trabajada por la intriga y se irrita; se irrita contra Jacobo I, se irrita contra Cárlos I, el cual sea dicho de paso, tuvo tal vez alguna parte en la muerte de su padre, como María de Médicis la tuvo en la de su marido. Rompimiento entre Cárlos I y la pairía: los lores que, bajo Jacobo I, habian citado á su barra á la concusion personificada en el canciller Bacon, forman, bajo Cárlos I, proceso á la traicion en la persona de Stafford, procesos en que el uno perdió la honra y el otro perdió la vida: Cárlos I es decapitado una primera vez en la persona de Stafford. Los lores acuden en auxilio de los comunes: el rey convoca el parlamento en Oxford, la revolucion le convoca en Lóndres; cuarenta y tres pares se van con el rey, veintidos con la república. De aquella aprobacion del pueblo por los lores sale el *bill de los derechos*, bosquejo de los *de-*

rechos del hombre proclamados por la revolucion francesa.

Tales son los servicios, involuntarios sin duda, pero servicios al fin; muy caros tambien, porque esa pairía es una enorme parásita, pero considerables. La obra despótica de Luis XI, de Richelieu y de Luis XIV, la construccion de un sultan, el envilecimiento comun confundido con la igualdad, la conversion del cetro en azote, todo este trabajo turco hecho en Francia no se ha hecho en Inglaterra, merced á los lores, constantemente opuestos al poder real para contenerle, reprimirle y hasta humillarle, rescatando así su arrogancia para con el pueblo á favor de su impotencia con el rey. Simon, conde de Leicester, decia á Enrique III : *Rey, has mentido*. Los lores imponen á la corona verdaderas servidumbres; ajan al rey en el lado sensible, en la montería : todo lord que pasa por un parque real, tiene derecho para matar en él un venado. En casa del rey, el lord está en su propia casa : el rey previsto en la torre de Lóndres, con su tarifa, ni mas ni menos que un par, doce libras esterlinas por semana, cosa es debida á la cámara de

los lores. Mas aun; débesele tambien el rey descoronado. Los lores destituyeron á Juan sin Tierra, degradaron á Eduardo II, desposeyeron á Ricardo II, anularon á Enrique VI é hicieron posible á Cromwell. La historia guarda todos sus encomios para la cámara de los comunes, pero á nosotros nos parece muy grande el papel de los lores; la oligarquía es la independencia, en el estado bárbaro, pero es al cabo la independencia. Véase la Polonia, reino en el nombre, república en la realidad. Los pares de Inglaterra tenian el trono en observacion y en tutela; en varias ocasiones, mejor que los comunes, sabian desagradar y daban jaque al rey. La cámara de los lores era la república de Venecia en el corazon de la monarquía; reducir al rey á la condicion de dux, tal era su objeto, y de esta suerte ha hecho crecer á la nacion en la proporcion misma en que ha hecho menguar al rey.

La corona comprendia la política de los pares y los aborrecia. Mútuo era el empeño de achicarse recíprocamente, y de aquella lucha se aprovechaba el pueblo para ensanchar y consolidar sus fueros: las dos potencias ciegas, monarquía

y oligarquía, no caian en la cuenta de que trabajaban para un tercero en discordia, la democracia. ¡Qué satisfaccion tuvo la córte, en el siglo pasado, el dia en que pudo ahorcar á un par, lord Ferrers!

Verdad es que se le ahorcó con una cuerda de seda. ¡Cortesía!

A un par de Francia no se le hubiera ahorcado, pero se le habria degollado, que es accion todavía mas cortés.

En suma, la cámara de los lores de Inglaterra fué un punto de partida, lo cual es inmenso en materia de civilizacion: tuvo la honra de dar principio á una nacion; fué la encarnacion primera de la unidad de un pueblo. La resistencia inglesa, esa oscura fuerza omnipotente, nació en la cámara de los lores: con una serie de acometidas contra el príncipe, los barones bosquejaron el destronamiento definitivo. La cámara de los lores está hoy un poco asombrada y triste de lo que ha hecho sin quererlo y sin saberlo, con tanto mas motivo cuanto que lo hecho es ya irrevocable. ¿Qué son las concesiones? restituciones; y las naciones no lo ignoran. Otorgo,

dice el rey : recupero, dice el pueblo. La cámara de los lores se ha figurado que creaba el privilegio de los pares, y ha producido el derecho de los ciudadanos : el buitre llamado aristocracia ha incubado el huevo de águila que se llama la libertad.

Hoy el huevo está roto, el águila se cierne en las alturas y el buitre se muere.

La aristocracia agoniza, Inglaterra crece.

Pero seamos justos con la aristocracia que, haciendo contrapeso á la corona, opuso obstáculos al despotismo y fué una insuperable barrera.

Démosle gracias y enterrémosla.

III

LA ANTIGUA SALA

Junto á la abadía de Westminster habia un antiguo palacio normando que se quemó en tiempo de Enrique VIII, quedando en pié sólamente dos salas : Eduardo VI estableció en una la cámara de los lores y en la otra la de los comunes.

Ni las dos alas, ni las dos salas existen ya; todo se ha construido de nuevo.

Ya lo hemos dicho, y conviene insistir en ello; en nada se parece la cámara de los lores de hoy á la de otros tiempos : con la demolicion del antiguo palacio se han demolido un poco las antiguas costumbres; no cae una antigua piedra sin arrastrar en su caida alguna antigua ley; instalemos en una sala redonda el senado de una sala cuadrada y será una cosa distinta : con cambiar de forma la concha, cambia tambien de forma el molusco.

Si queremos conservar una cosa antigua, humana ó divina, código ó dogma, patriciado ó sacerdocio, no le pongamos nada nuevo, ni aun la cubierta; pongámosle algun remiendo, á lo sumo.

Las sombras deben habitar las ruinas : las potencias decrépitas no están á gusto en las construcciones recientes.

Los pares de Inglaterra se congregaban como tribunal en la gran sala de Westminster, y como alta cámara legislativa en una sala especial llamada « casa de los lores », *House of the lords*.

A mas del tribunal de los pares de Inglaterra, que no se reune sino cuando les convoca la co-

rona, los dos grandes tribunales ingleses inferiores al de los pares, pero superiores á cualquiera otra jurisdiccion, celebraban sus sesiones en la gran sala de Westminster, en uno de cuyos extremos ocupaban dos compartimientos contiguos. Era el primero el tribunal del banco del rey, que se suponia presidido por el rey en persona, y el segundo el de cancillería, de que era presidente el canciller : el uno era tribunal de justicia, y el otro de misericordia; el canciller era el que aconsejaba al rey las mercedes, rara vez. Estos dos tribunales, que existen todavía, interpretaban la legislacion y la inventaban un poco en caso de necesidad. En aquella gran sala de Westminster se fabricaba y se aplicaba la legislacion como Dios queria.

La otra sala en que se reunian los lores en concepto de legisladores era oblonga y angosta y tenia por todo alumbrado durante el dia cuatro ventanas junto al techo y una claraboya de seis vidrios en el centro, con sus correspondientes cortinas, y por la noche doce cornucopias empotradas en la pared.

Menos alumbrada aun estaba la sala del sena-

do de Venecia : una cierta oscuridad agrada á los buhos de la justicia y del poder.

Sobre la sala en que se reunian los lores se formaba con planos poliédricos una alta bóveda cuajada de dorados artesones, al paso que los comunes no disfrutaban mas que un techo raso : todo tiene un sentido en las construcciones monárquicas. En un extremo de la larga sala de los lores estaba la puerta ; en el otro, en frente, el trono : á pocos pasos de la puerta, la barra, cortadura transversal, especie de frontera que señala la línea donde acaba el pueblo y empieza el señorío. A la derecha del trono una chimenea, blasonada en el pináculo, ofrecia dos bajo-relieves de mármol que representaban, el uno la victoria de Cuthwolph sobre los bretones en 572, y el otro el plano geométrico de la aldea de Dunstable, la cual no tiene mas que cuatro calles, paralelas á las cuatro partes del mundo. El trono se levantaba sobre cuatro gradas y se le daba el nombre de « silla real ». En las dos paredes fronteras laterales se desplegaba, en cuadros sucesivos, una serie de grandes tapices regalados á los lores por Isabel y que representaban

toda la aventura de la grande Armada, desde su salida de España hasta su naufragio en las costas de Inglaterra : los altos castillos de las naves estaban tejidos con hilo de oro y plata que, con el tiempo, se habia ennegrecido. A aquella tapicería cortada de trecho en trecho por las cornucopias empotradas en las paredes, estaban arrimadas á la derecha del trono tres hileras de bancos para los obispos, y á la izquierda otras tres para los duques, los marqueses y los condes : el banco de los vizcondes estaba frente al trono, y detrás, entre ellos y la barra, habia dos bancos para los barones. En el banco mas alto, á la derecha del trono, se sentaban los dos arzobispos, los de Canterbury y York; en el de en medio tres obispos, Lóndres, Durham y Winchester, y los demas obispos en el mas bajo. Entre el arzobispo de Canterbury y los demas obispos media esta notable diferencia, que él es obispo « *por la Divina Providencia* », y ellos no lo son mas que « *por el permiso divino* ». A la derecha del trono se veia una silla para el príncipe de Gales, á la izquierda unos taburetes para los duques reales y detrás unos escaños para los jóvenes pares

menores de edad que aun no tenian asiento en la cámara: muchas flores de lis por todas partes y el gran escudo de armas de Inglaterra en las cuatro paredes encima de los pares, como encima del rey. Los pares se sentaban por órden cronológico: en la barra estaba de pié el ujier de la vara negra, con su vara levantada en la mano.

En las ceremonias régias, los pares temporales llevaban la corona en la cabeza y los espirituales la mitra: los arzobispos la llevaban con corona ducal, y los obispos, que van detrás de los vizcondes, con venda de baron.

La reunion del parlamento no era obligatoria sino cada siete años.

Los lores deliberaban en secreto, á puerta cerrada: las sesiones de los comunes eran públicas.

El número de los lores era ilimitado; nombrarlos era la amenaza de la corona y un medio de gobierno.

A principios del siglo XVIII, la cámara de los lores era ya muy numerosa, y en el dia lo es mucho mas: desleir la aristocracia es una política, y acaso Isabel cometió una falta condensando la pairía en sesenta y cinco lores, por cuanto el

señorío menos numeroso es mas intenso: en las asambleas, cuantos mas son los individuos, menos cabezas hay; así lo comprendió Jacobo II elevando la alta cámara al número de ciento ochenta y ocho lores. En tiempo de Ana, el total de los lores, inclusos los obispos, era de doscientos siete.

IV

LA ANTIGUA CÁMARA

Toda la ceremonia de la investidura de Gwynplaine se habia verificado en una especie de penumbra.

Lord Guillermo Cowper no habia consentido que se le diesen pormenores muy circunstanciados sobre la desfiguracion del jóven lord Fermain Clancharlie, considerando inferior á

su dignidad de canciller de Inglaterra saber que un par no era hermoso y sintiéndose achicado por la osadía de un inferior que le trajese semejantes informes. Es seguro que un hombre del pueblo experimenta cierto placer en decir: ese príncipe es jorobado; por consiguiente, ser contrahecho es cosa ofensiva para un lord: á las pocas palabras que sobre el particular le habia dicho la reina, el lord canciller se habia limitado á contestar: *Un señor tiene por cara el señorío.*

La cara del nuevo lord podia, á su entrada en la cámara, producir una sensacion cualquiera que convenia evitar, y á este fin el lord canciller habia tomado sus precauciones y sus medidas: que ocurra el menor número posible de sucesos es la idea fija y la regla de conducta de los personajes sérios; el odio á los incidentes forma parte de la gravedad, á mas de que importaba mucho que la admision de Gwynplaine se verificase sin tropiezo como la de cualquier otro heredero de pairía.

Por esa razon el lord canciller habia señalado para la recepcion de lord Clancharlie una sesion nocturna. Siendo el canciller portero, *quodam-*

modo ostiarius, dicen las escrituras normandas, *januarum cancellorumque potestas*, dice Tertuliano, puede oficiar fuera de la cámara en el dintel de là puerta, y lord Guillermo Cowper habia usado de su derecho llenando en la rotonda de cristales las formalidades de investidura de lord Clancharlie; ademas habia adelantado la hora para que el nuevo par verificase su entrada en la cámara antes de que principiase la sesion.

Miope, como ya hemos dicho, lord Guillermo Cowper apenas habia echado de ver la deformidad de Gwynplaine, que para los dos lores padrinos, viejísimos ambos y casi ciegos, habia pasado completamente inadvertida : el lord canciller los habia escogido ex profeso. Hay mas; como solo habia visto la estatura y el porte de Gwynplaine parecióle que tenia « muy buena presencia. »

En el momento en que los *door-keepers* abrieron delante de Gwynplaine el porton de dos hojas, escasamente habia unos pocos lores en la sala, y casi todos viejos; los viejos, en las asambleas, son los puntuales, así como, al lado de las

señoras, son los asiduos. No se veian en el banco de los duques mas que dos, el uno todo cano, el otro todo gris; en el de los lores espirituales solo estaban el arzobispo de Canterbury, primado de Inglaterra, y el doctor Simon Patrick, obispo de Ely. La misma escasez de asistentes se observaba en los otros bancos, y todos ademas estaban ó distraidos ó conversando amigablemente de asuntos particulares.

Como la sesion que iba á seguir debia ser una sesion régia en que la corona habia de estar representada por comisarios, dos asistentes *door-keepers* disponian delante del trono un banco de terciopelo de color de fuego. En el segundo saco de lana[1] estaba sentado el maestre de las escrituras, *sacrorum scriniorum magister*, el cual vivia entonces en la antigua casa de los Judíos Conversos. Encima del cuarto saco, los dos sub-oficiales de rodillas hojeaban dos grandes registros.

Entretanto el lord canciller tomaba asiento en el primer saco de lana, los oficiales de la cámara

1. En el primero se sentaba el présidente. (*N. del Tr.*)

se instalaban, sentados unos, otros de pié, levantábase el arzobispo de Canterbury, decia la oracion acostumbrada y empezaba la sesion. Ya hacia rato que habia entrado Gwynplaine sin que nadie reparase en él, por cuanto hallándose el segundo banco de los barones, donde tenia su asiento, contiguo á la barra, solo habia tenido que dar algunos pasos para llegar á él. Los dos lores sus padrinos estaban sentados á su derecha y á su izquierda, lo cual habia contribuido á eclipsar la presencia del recien llegado, tanto mas cuanto que á nadie se habia prevenido y que ademas el oficial del parlamento habia leido muy entre dientes los varios documentos relativos al nuevo lord, cuya admision pronunció el lord canciller en medio de una distraccion general. Todo el mundo hablaba por lo bajo, y habia en la cámara aquel bullicioso murmullo durante el cual hacen las asambleas muchas cosas crepusculares de que luego suelen asombrarse y aun arrepentirse no poco algunas veces.

Gwynplaine se habia sentado silenciosamente, descubierta la cabeza, entre los dos ancianos pares, lord Fitz-Walter y lord Arundel.

Al entrar, segun la recomendacion que le habia hecho el rey de armas y le habian renovado los dos lores padrinos, habia saludado á « la silla real. »

Por consiguiente, todo estaba terminado : ya era lord.

Ya tenia debajo de sus piés aquella altura, aquella prodigiosa cima bajo cuyo radiante esplendor habia visto toda su vida doblegarse con espanto á su maestro Ursus.

Estaba en el lugar brillante y sombrío de Inglaterra.

Antigua cumbre del monte feudal considerada hace siglos por la Europa y la historia; espantosa aureola de un mundo de tinieblas.

Su entrada en aquella aureola se habia consumado : entrada irrevocable.

Allí estaba en su casa.

Sentado en su silla, como el rey en su trono.

Allí estaba, y nada ni nadie podia impedir que estuviese allí.

Aquella corona real que veia bajo aquel dosel era hermana de su propia corona, como él era el igual de aquel trono.

En frente de la majestad era el señorío; menor, pero semejante.

Ayer, ¿qué era? histrion. Hoy, ¿qué era? príncipe.

Ayer, nada; hoy, todo.

Brusca confrontacion de la miseria y del poderío, topándose en el destino de un hombre y tornándose de repente las dos mitades de una conciencia.

Dos espectros, la adversidad y la prosperidad, posesionándose de la misma alma y tirando de ella cada cual hácia sí: — patético reparto de una inteligencia, de una voluntad, de un cerebro entre esos dos hermanos enemigos, el fantasma pobre y el fantasma rico; — Abel y Cain en el mismo hombre.

V

PLÁTICAS ALTANERAS

Poco á poco fueron poblándose los bancos de la cámara. La órden del dia era la votacion del bill por el que se aumentaba con cien mil libras esterlinas la dotacion anual de Jorge de Dinamarca, duque de Cumberland, marido de la reina, y ademas se habia anunciado que iban á llevarse á la cámara varios proyectos de ley con-

sentidos por su majestad y presentados por comisarios de la corona con poderes y autorizacion especial para sancionarlos, lo que daba á la sesion el carácter de régia. Todos los pares llevaban puesta su togá de parlamento por encima de su traje de córte ó de calle: aquella toga, igual á la que vestia Gwynplaine, era la misma para todos, salvo que los duques llevaban cinco tiras de armiño con cenefa de oro, los marqueses cuatro, los condes y los vizcondes tres y los barones dos. Los lores iban entrando por grupos; encontrábanse en los pasillos y pasaban juntos al salon continuando los comenzados diálogos: algunos entraban solos. Las vestiduras eran solemnes, pero las actitudes no, y las palabras tampoco. Todos, al entrar, hacian un saludo al trono.

En menos de media hora la cámara se llenó casi por completo, cosa muy natural por cuanto iba á celebrarse una sesion régia; lo que no parecia tan natural era la vivacidad de las conversaciones. La cámara, tan amodorrada poco antes, estaba á la sazon bulliciosa como una colmena asustada, y lo que la habia despabilado

era la llegada de los lores retardatarios, los cuales traian novedades. ¡Cosa original! los lores que al abrirse la sesion se hallaban en la cámara ignoraban lo que habia pasado en ella, y los que habian faltado lo sabian.

Muchos lores llegaban de Windsor.

Algunas horas antes la aventura de Gwynplaine habia empezado á divulgarse: el secreto es una red; rota una malla todo se desbarata. Desde por la mañana, por consecuencia de los incidentes arriba referidos, toda aquella historia de una pairía descubierta en una barraca y de un saltimbanquis reconocido lord, habia estallado en Windsor como una bomba: primero habian hablado de ella los príncipes, luego los lacayos, y desde el palacio la fama del suceso habia cundido á la poblacion. Los sucesos tienen su gravedad propia, y la ley del cuadrado de las velocidades les es aplicable: caen sobre el público y en él penetran con inaudita rapidez. A las siete nadie en Lóndres sabia palabra de aquella historia; á las ocho no se hablaba de otra cosa mas que de Gwynplaine; solo los pocos lores puntuales que se habian anticipado á la hora de la

sesion ignoraban la cosa, por no hallarse en la ciudad, donde se contaba con todos sus detalles, y sí en la cámara, donde no se habian enterado de nada, con lo cual, muy tranquilos y serenos en sus bancos, veíanse á cada instante apostrofados por los que iban llegando, sumamente conmovidos.

— ¿Con qué?.... decia Francis Brown, vizconde Mountacute al marqués de Dorchester.

— ¿Qué hay?

— ¿Será posible?

— ¿Qué?

— ¡El Hombre que se Rie!

— ¿Y quién es el Hombre que se Rie?

— ¿No conoceis al Hombre que se Rie?

— No.

— Es un volatinero, un clown de la feria, una cara imposible que se enseñaba por dos cuartos, un saltimbanquis.

— ¿Y qué le ha sucedido?

— Que acabais de recibirle par de Inglaterra.

— El Hombre que se Rie sois vos, mylord Mountacute.

— No me rio, mylord Dorchester.

Y el vizconde Mountacute hacia una seña al oficial del parlamento que se levantaba de su saco de lana y confirmaba á sus señorías el hecho de la admision del nuevo par, con mas los pormenores.

— ¡Toma, toma, toma! decia lord Dorchester; charlando estaba yo con el obispo de Ely.

El jóven conde de Annesley se llegaba al viejo lord Eure y le decia:

— ¿Mylord Eure?

— ¿Mylord Annesley?

— ¿Habeis conocido á lord Linnœus Clancharlie?

— Un hombre de otros tiempos, sí.

— ¿Que murió en Suiza?

— El mismo. Éramos parientes.

— ¿Que fué republicano en tiempo de Cromwell y republicano continuó bajo el reinado de Cárlos II?

— ¿Republicano? nada menos que eso. Descontento, sí: todo ello era una cuestion personal entre él y el rey. Sé de muy buena tinta que lord Clancharlie se habria adherido si le hubiesen dado el empleo de canciller que obtuvo lord Hyde.

— Me asombrais, mylord Eure; me habian dicho que ese lord Clancharlie era un hombre de bien.

— ¡Un hombre de bien! ¿los hay por ventura en el mundo? Jóven, no hay hombres de bien.

— ¿Pues y Caton?

— ¡Ah! vos sois de los que creen en Caton!...

— ¿Pues y Arístides?

— Estuvo muy bien desterrado.

— ¿Y Tomás Moro?

— Estuvo muy bien degollado.

— Con que es decir que en vuestra opinion lord Clancharlie....

— Era de la misma especie. Ademas, un hombre que continúa por su gusto en el destierro es un ente ridículo.

— En él murió.

— Un ambicioso chasqueado. ¡Si le conocí! me preguntais. Ya lo creo; fuí su mejor amigo.

— ¿Sabiais, mylord Eure, que se casó en Suiza?

— Algo oí de eso.

— ¿Y que tuvo en aquel matrimonio un hijo legítimo.

— Sí; que murió.

— Que vive.

— ¡Vive!

— Vive.

— Imposible.

— Positivo, probado, patentizado, homologado, legalizado.

— ¿Pues entonces ese hijo va á heredar la pairía de Clancharlie?

— No va á heredarla.

— ¿Por qué?

— Porque la ha heredado ya.

— ¿Ya?

— Volved la cabeza, mylord Eure; sentado le teneis á vuestra espalda en el banco de los barones.

Volvióse lord Eure, pero no pudo ver la cara de Gwynplaine, oculta bajo su matorral de pelo.

— ¡Calle! decia el anciano, no viendo mas que aquel pelo, ya ha adoptado la nueva moda y no usa peluca.

Gratham se llegaba á Colepepper.

— ¡Qué chasco para alguno!

— ¿Para quién?

— Para David Dirry-Moir.

—¿Por qué?

— Porque ya no es par.

—¿Pues cómo?

Y Enrique Auverquerque, conde de Grantham, contaba á Juan, baron Colepepper toda « la anécdota » — la botella arrojada por el mar y llevada al almirantazgo, el pergamino de los comprachicos, el *jussu regis* refrendado *Jeffrys*, el careo en la cueva penal de Southwark, la aceptacion de todos aquellos hechos por el lord canciller y por la reina, la toma de posesion en la rotonda de cristales y por último la admision de lord Fermain Clancharlie al principio de la sesion, y ambos hacian esfuerzos por distinguir entre lord Fitz-Watter y lord Arundel la cara, de que tanto se hablaba, del nuevo lord, pero sin ser en ello mas afortunados que lord Eure y lord Annesley.

Gwynplaine, por lo demas, bien fuese por casualidad, bien por disposicion de sus padrinos, prevenidos por el canciller, estaba colocado bastante á oscuras para sustraerse á la curiosidad.

—¿Cuál es? ¿Dónde está?

Tales eran las preguntas de todo el que entraba, pero ninguno conseguia verle bien. Algunos que habian conocido á Gwynplaine en la Green-Box, tenian un indecible afan por descubrirle en la cámara, pero perdian su tiempo. De mano en mano corrian copias de la carta de tres renglones que la duquesa Josiana, segun se aseguraba, habia escrito á la reina su hermana, en respuesta á la intimacion de casarse con el nuevo par, el legítimo heredero de Clancharlie, lord Fermain; la carta estaba cometida en estos términos:

«Señora,

«Me avengo gustosa. Así podré tener á lord David por amante.»

Firmado Josiana. Verdadero ó supuesto, aquel billete excitaba el mayor entusiasmo.

Un jóven lord, Cárlos de Okehampton, afiliado á la faccion que no llevaba peluca, lo leia y releia con delicia. Luis de Duras, conde de Feversham, inglés que parecia francés por su ingenio, miraba á Mohun y se sonreia.

—Lo confieso, decia Mohun, esa es la mujer con quien yo me casaria de buena gana.

Y los vecinos de los dos lores oian este diálogo entre Duras y Mohun:

—¡Casarse con la duquesa Josiana, lord Mohun!

—¿Por qué no?

—¡Cuerno!

—¡Seria uno feliz!

—Habria muchos felices.

—¿No sucede siempre lo mismo?

—Lord Mohun, decís bien. En punto á mujeres, todos tenemos lo que los otros dejan. ¿Quién fué el primero?...

—Adan tal vez.

—Ni siquiera.

—Efectivamente. Satanás.

—Querido lord, concluia Luis de Duras, Adan no es mas que un editor responsable. ¡Pobrecillo!...

Hugo Cholmley, conde de Cholmley, gran legista, era objeto de multitud de preguntas y consultas que le dirigian particularmente los obispos.

—¿Es posible? le decia Nataniel Crew, que era dos veces par, temporal, como baron Crew, y espiritual, como obispo de Durham.

—¿Es regular? decia Cholmley.

—La investidura de ese nuevo par se ha verificado fuera de la cámara, proseguia el obispo, pero me aseguran que hay precedentes.

—Sí, lord Beauchamp en tiempo de Ricardo II, lord Chenay en tiempo de Isabel.

—Y lord Broghill en tiempo de Cromwell.

—Cromwell no cuenta.

—¿Qué pensais de todo esto?

—Varias cosas.

—Mylord conde de Cholmley, ¿cuál será el rango de ese jóven lord Fermain Clancharlie en la cámara?

—Mylord obispo, como la interrupcion republicana trastornó un poco las antiguas categorías, Clancharlie está hoy colocado en la pairía entre Barnard y Somers, de donde resulta que en caso de una discusion por turno lord Fermain Clancharlie hablaria el octavo.

—¿De veras? ¡un saltimbanquis!

—El incidente en sí no me admira, mylord obispo; esas cosas suceden y aun mas sorprendentes todavía. Por ventura ¿no anunció la guerra de las rosas el repentino secamiento del rio Oure

en Bedford el 1° de enero de 1399? Ahora bien, si un rio puede caer en sequedad, no es mucho que un señor caiga en condicion servil. Ulises, rey de Itaca, ejerció todo linaje de oficios: Fermain Clancharlie continuaba siendo lord bajo su corteza de histrion; la humildad del vestido no contamina la nobleza de la sangre; pero la declaracion del derecho y la investidura fuera de sesion, aunque legales en rigor, pueden mas adelante suscitar objeciones. Soy de parecer que convendria entenderse sobre la cuestion de saber si habria motivo para interrogar mas adelante en conversacion de estado al lord canciller, y ya veriamos dentro de algunas semanas lo que hay que hacer.

Y el obispo añadia:

—Dígase lo que se quiera, no se vió tal aventura desde los tiempos del conde Gesbodus.

Gwynplaine, el Hombre que se Rie, el parador Tadcaster, la Green-Box, el *Caos vencido*, la Suiza, Chillon, los *Comprachicos*, el destierro, la mutilacion, la república, Jeffreys, Jacobo II, el *jussu-regis*, el frasco abierto en el almirantazgo, el padre, lord Linnœus, el hijo legítimo, lord

Fermain, el hijo bastardo, lord David, los conflictos probables, la duquesa Josiana, el lord canciller, la reina, todo esto corria de banco en banco: el cuchicheo es un reguero de pólvora. Repetíanse y desmenuzábanse los detalles hasta la saciedad: toda aquella aventura era el inmenso murmullo de la cámara; y Gwynplaine, vagamente, en el fondo del pozo de meditacion en que estaba hundido, oia todo aquel rumor sin saber que él era la causa.

Prestábale sin embargo singular atencion, pero se la prestaba á las profundidades, no á la superficie. El exceso de atencion conduce al aislamiento.

Un rumor en una cámara no impide que la sesion siga su curso, al modo que una polvareda sobre un batallon en marcha no le impide andar. Los jueces, que no son en la alta cámara mas que meros asistentes y que no pueden hablar sino cuando son preguntados, habian tomado asiento en el segundo saco de lana y los tres secretarios de Estado en el tercero. Los herederos de pairía afluian en su compartimiento, dentro y fuera de la cámara á la vez; los pares me-

nores de edad ocupaban su escaño especial. En 1705 no bajaban de doce, — ocho condes, dos vizcondes y dos barones.

En el recinto de la cámara cada lord habia ocupado su asiento correspondiente en las tres hileras de bancos : casi todos los obispos se hallaban presentes. Los duques eran numerosos, empezando por Cárlos Seymour, duque de Somerset, y acabando por Jorge Augusto, príncipe electoral de Hanover, duque de Cambridge, el último por la fecha de su promocion y por consiguiente el último en el órden de los asientos.

VI

LA ALTA Y LA BAJA

De pronto inundó la cámara una viva claridad : cuatro porteros trajeron y colocaron á ambos lados del trono cuatro enormes candelabros cargados de bujías, con lo que, iluminado magníficamente el trono, apareció en una especie de púrpura luminosa : vacío, pero augusto. La reina, sentada en él, poca majestad le hubiera añadido.

Entró el ujier de la vara negra con su vara enhiesta en la mano y dijo :

— Sus señorías los comisarios de su majestad.

Al punto cesaron todos los rumores.

Presentóse un oficial del parlamento con toga y peluca, llevando sobre ambas manos un almohadon recamado de flores de lis, encima del cual se veian varios pergaminos, que eran otros tantos proyectos de ley : de cada uno de ellos pendia, sujeta con una trenza de seda la bolsa (*bill*), de oro á veces, de donde viene á las leyes el nombre de *bills* en Inglaterra y el de *bulas* en Roma.

Detrás del oficial iban tres hombres con toga de par y sombrero de plumas en la cabeza. Aquellos hombres eran los comisarios regios : el primero era el lord alto-tesorero de Inglaterra, Godolphin; el segundo el lord presidente del consejo, Pembroke, y el tercero el lord del sello privado, Newcastle. Llegáronse al banco delante del trono, hiciéronle una reverencia, quitáronse y volviéronse á poner los sombreros y se sentaron en el banco.

El lord canciller miró al ujier de la vara negra y dijo :

— Vengan á la barra los comunes.

Salióse al punto el ujier de la vara negra, y el oficial, que lo era de la cámara de los lores, dejó sobre la mesa el almohadon en que estaban colocados los proyectos de ley.

Siguió una breve pausa, durante la cual dos porteros colocaron delante de la barra un escabel de tres gradas, cubierto de terciopelo encarnado lleno de flores de lis formadas con tachuelas de oro.

Abrióse la puerta principal y una voz gritó :

— Los leales comunes de Inglaterra.

Era el ujier de la vara negra que anunciaba á la otra mitad del parlamento.

Los lores se encasquetaron los sombreros.

Los miembros de los comunes entraron precedidos por el *speaker* (presidente), todos descubiertos, y se pararon en la barra : iban en traje de calle, los mas de negro, con espada. El *speaker*, el honorable sir Juan Smyth, se subió al escabel que estaba en medio de la barra y allí permaneció en pié y descubierto como los demás, delante de los lores sentados y cubiertos.

Cuando cesó el rumor producido por la en-

trada de los comunes, el ujier de la vara negra levantó la voz y dijo :

— ¡ Atencion!

Púsose en pié el oficial de la corona, tomó, desdobló y leyó el primero de los pergaminos colocados encima del almohadon, que era un mensaje de la reina por el que nombraba para representarla en su parlamento, con poderes para sancionar los *bills*, á los tres comisarios arriba expresados, á los cuales fué el oficial nombrando por su órden, y ellos fueron levantándose y saludando sucesivamente, y en seguida se sentó.

Acto seguido se levantó el oficial del parlamento y lo mismo su sub-oficial, que estaba de hinojos detrás de él, colocándose ambos de cara al trono y dando la espalda á los comunes.

Habia sobre el almohadon cinco *bills*. Aquellos *bills*, votados por los comunes y consentidos por los lores, aguardaban la sancion real.

El oficial del parlamento leyó el primero, que era un acuerdo de los comunes por el que se echaban á cargo del Estado los gastos hechos por la reina para hermosear su sitio real de

Hampton-Court, importantes un millon de libras esterlinas.

Concluida la lectura, el oficial saludó profundamente al trono, saludo que repitió mas profundamente todavía el sub-oficial : este, volviendo á medias la cabeza hácia los comunes, dijo :

— La reina acepta vuestras benevolencias y lo quiere así.

El oficial leyó el segundo *bill*, que era una ley por la que se condenaba á cárcel y multa á todo el que se sustrajera al servicio de las *trainbands*, especie de milicia ciudadana cuyo servicio es gratuito, con obligacion de acudir á donde quiera que se la llame, y que en tiempo de Isabel, al acercarse la grande armada de Felipe II, dió ciento ochenta y cinco mil peones y cuarenta mil caballos.

Los dos oficiales hicieron á la silla real una nueva reverencia, despues de lo cual el sub-oficial, puesto de perfil, dijo á la cámara de los comunes :

— La reina lo quiere.

El tercer *bill* acrecentaba el diezmo y pre-

bendas del obispo de Lichfield y de Coventry, que es una de las mas ricas prelacías de Inglaterra, señalaba una renta á la catedral, aumentaba el número de las canónigos y mejoraba el deanato y los beneficios, « á fin de proveer, decia el preámbulo, á las necesidades de nuestra santa religion. » El cuarto añadia al presupuesto nuevas contribuciones sobre una porcion de artículos de lujo y de necesidad, y el quinto prohibia que se admitiese en el hospital á ningun enfermo si no depositaba al entrar una libra esterlina para costear su entierro en caso de defuncion. Los tres últimos *bills*, como los dos primeros, fueron uno despues de otro sancionados y convertidos en leyes mediante un saludo al trono y á virtud de las cuatro palabras del sub-oficial « la reina lo quiere » dirigidas por encima del hombro á los comunes.

En seguida el sub-oficial volvió á hincarse de rodillas delante del cuarto saco de lana y el lord-canciller dijo :

— Hágase como se desea ; con lo cual terminó la sesion régia.

El *speaker*, inclinado profundamente delante

del canciller, se bajó del escabel andando hácia atrás; los diputados de los comunes salieron procesionalmente inclinándose todavía mas, mientras la cámara alta, sin parar mientes en todas aquellas reverencias, continuaba con la mayor calma su interrumpida órden del dia.

VII

LAS TEMPESTADES DE HOMBRES PEORES QUE LAS TEMPESTADES DE OCÉANOS

Cerráronse las puertas; retiróse el ujier de la vara negra: los lores comisarios dejaron el banco de Estado y fueron á sentarse á la cabeza del banco de los duques, en los puestos correspondientes á sus oficios y el lord-canciller tomó la palabra:

— Mylores, dijo, girando hace muchos dias

la deliberacion de la cámara sobre el *bill* que propone aumentar en cien mil libras esterlinas la provision anual de su alteza real el príncipe consorte de su majestad, agotado ya y cerrado el debate, va á procederse á la votacion en la forma ordinaria. Empieza la votacion.

Puesto de pié el oficial del parlamento abrió un tomazo en folio colocado sobre un atril dorado, que era el libro de la Pairía.

El oficial llamó en alta voz:

— Mylord Juan, baron Hervey.

Levantóse un anciano con peluca rubia y dijo:

— Contento.

Y en seguida se volvió á sentar.

Apuntó aquel voto el sub-oficial, y el oficial continuó llamando por su órden á los demas pares, algunos de los cuales, á mas de votar, como todos, con la fórmula sacramental de contento, justificaron brevemente su voto con arreglo al derecho de la cámara. Llegado que se hubo su turno á Gwynplaine, afirmóse bien el oficial las antiparras sobre la nariz, se inclinó sobre el librote con afectada atencion y levantando luego la cabeza, dijo:

— Milord Fermain Clancharlie, baron Clancharlie y Hunkerville.

Gwynplaine se puso en pié :

— No contento, dijo.

Todas las cabezas se volvieron. Gwynplaine seguia de pié : la viva luz de los candelabros dispuestos á ambos lados del trono iluminaba de lleno su rostro y le hacia destacarse fuertemente en la espaciosa sala oscura.

Gwynplaine habia hecho sobre sí mismo aquel gran esfuerzo de que alguna vez hemos hablado y que, en rigor, le era posible. Por medio de una concentracion de voluntad igual á la que necesitaria para domar un tigre, habia conseguido reducir por un momento á la seriedad la fatal expresion de su rostro : en aquellos instantes no se reia, cosa que á la verdad no podia durar mucho, por cuanto las desobediencias á lo que es nuestra ley ó nuestra fatalidad, son cortas ; á veces el agua del mar resiste á la gravitacion, se hincha y levanta formando una montaña, pero á condicion de derrumbarse en breve: aquella lucha era la de Gwynplaine. Para un minuto que conocia iba á ser solemne, á favor de

una prodigiosa intensidad de voluntad, pero por no mucho mas tiempo de lo que dura un relámpago, habia echado sobre su frente el sombrío velo de su alma, y ténia suspensa su incurable risa: De aquella cara que le habian esculpido, habia retirado la alegría y ya no era mas que espantoso.

— ¿Quién es ese hombre? tal fué el grito universal.

Un indescriptible estremecimiento circuló por todos los bancos. Aquel cabello á modo de matorral, aquellas negras honduras debajo de las cejas, aquella profunda mirada de un ojo que no se veia, todo aquel fiero aspecto general de una cabeza en que se mezclaban de horrible manera la sombra y la luz, formaban un espectáculo sorprendente y superior á toda imaginacion....

Un anciano venerado por toda la cámara que habia visto muchos hombres y muchas cosas, el conde de Warton, se levantó espantado.

— ¿Qué significa eso? exclamó. ¿Quién ha introducido á ese hombre en la cámara? que le echen de aquí.

Y apostrofando á Gwynplaine en alta voz, le dijo :

— ¿ Quién sois? ¿De dónde salís?

Gwynplaine respondió :

— Del abismo.

Y cruzándose de brazos, miró á los lores.

— ¿Quién soy? prosiguió, soy la miseria. Milores, tengo que hablaros.

Todos se estremecieron y callaron; Gwynplaine continuó.

— Milores, estais en lo alto. ¡Bien! natural es creer que Dios ha tenido para ello sus razones : vuestros son el poderío, la opulencia, las felicidades del mundo, el sol inmóvil en vuestro zenit, la autoridad sin límites, los goces exclusivos, el inmenso olvido de los demas. ¡Sea! pero hay algo debajo de vosotros; acaso encima de vosotros. Milores, vengo á daros una noticia: el linaje humano existe.

Las asambleas son como los niños; los incidentes son sus juguetes, y con ellos se las entretiene y subyuga.

Gwynplaine en aquel momento se sentia verdaderamente grande: un grupo de hombres á

quienes se habla es una trípode, sobre la cual se está, por decirlo así, en pié sobre una cima de almas, y se tiene bajo el talon como un hormigueo de entrañas humanas. Gwynplaine no era ya el hombre que, la noche anterior, habia sido casi pequeño por un momento: los vapores de aquella súbita elevacion que le embriagaron entonces, se habian dilatado adquiriendo cierta transparencia, y allí donde Gwynplaine habia sido seducido por una vanidad, veia ahora una obligacion; lo que al principio le habia achicado, á la sazon le engrandecia y le iluminaba con uno de aquellos grandes destellos de luz que emanan del deber.

Por todas partes se oia gritar al rededor de Gwynplaine.

— ¡Que hable, escuchad!

Él entretanto, crispado y sobrehumano, lograba conservar en su rostro la contraccion severa y lúgubre, bajo la cual se encabritaba la risa como un potro indómito pronto á escaparse; luego repuso:

— Soy el que viene de las profundidades. Milores, sois los grandes y los ricos, y cuenta que serlo es peligroso; os aprovechais de la noche,

pero cuenta que hay un gran poderío que es la aurora : el alba no puede ser vencida, y llegará y ya llega. ¿ Quién impedirá á esa honda lanzar el sol al cielo? El sol es el derecho y vosotros sois el privilegio : temblad; el verdadero amo de la casa va á llamar á la puerta. ¿Cuál es el padre del privilegio? el azar. ¿Y cuál es su hijo? el abuso: ni el azar ni el abuso son sólidos, ambos acaban siempre mal, y yo vengo á avisaros, vengo á denunciaros vuestra felicidad, formada de la desgracia ajena; lo teneis todo y ese todo se compone del nada de los demas. Milores, soy el abogado de la desesperacion y defiendo la causa perdida, pero esa causa Dios la volverá á ganar. Yo no soy nada, nada mas que una voz: el linaje humano es una boca y su grito soy yo; me oireis : vengo á abrir delante de vosotros, pares de Inglaterra, el gran tribunal del pueblo, de ese soberano, que es el paciente, de ese reo, que es el juez. Abrumado me siento con el peso de lo que tengo que decir. ¿ Por dónde habré de empezar? no lo sé. En la vasta difusion de los padecimientos, he recogido mi enorme alegato desordenado. ¿ Qué

hacer ahora con él? me abruma, repito, y le lanzo de qualquier modo y á la aventura. ¿Habia yo previsto esto? No. Maravillados estais y yo tambien: ayer era un saltimbanquis, hoy soy un lord: juegos profundos.... ¿De quién? de lo desconocido. Temblemos todos. Milores, todo lo bello y lo azul está de vuestro lado; de este inmenso universo no veis mas que las fiestas; sabed que tambien hay sombras. Entre vosotros me llamo lord Fermain Clancharlie, pero mi verdadero nombre es un nombre de pobre, Gwynplaine; soy un miserable cortado en el paño de los grandes por un rey, á quien le plugo hacerlo así: aquí teneis mi historia. Muchos de vosotros conocisteis á mi padre; yo no le conocí: á vosotros os interesa por su lado feudal, y yo me adhiero á él por su lado proscrito. Lo que Dios ha hecho está bien: al abismo me arrojó; ¿con cuál objeto? para que viese su fondo. Un buzo soy y una perla traigo aquí, la verdad. Hablo porque sé: me oireis, milores. Mucho he pasado, mucho he visto: no, el padecimiento no es una vana palabra, señores afortunados; yo he crecido en la pobreza, he tiritado en el invierno, he pro-

bado el hambre, he sufrido el desprecio, he pasado la peste, he bebido la ignominia; y todo ello lo arrojaré delante de vosotros y esta explosion de todas las miserias salpicará vuestros piés y brillará como un rayo sobre vuestras cabezas. Mucho he titubeado antes de dejarme traer á este sitio en que estoy, porque tengo fuera de aquí otros deberes, y mi corazon no está aquí. Lo que en mí ha pasado no os importa; cuando el hombre á quien llamais el ujier de la vara negra vino á buscarme de parte de la mujer á quien llamais la reina, pensé por un momento en rehusar, pero parecióme que la oscura mano de Dios me empujaba hácia este lado y obedecí, conociendo tambien que era preciso que estuviese yo entre vosotros. ¿Por qué? á causa de mis harapos de ayer: Dios me mezcló con los hambrientos para que un dia tomase la palabra entre los ahitos. ¡Oh! tened compasion. ¡Oh! este mundo fatal del que creeis formar parte, os es completamente desconocido; tan alto estais que ya os sal' de él: yo os diré lo que es este mundo. Mucha experiencia tengo; salgo de debajo de vuestros piés y puedo deciros lo que

pesais. ¡Oh señores del mundo! ¿sabeis lo que sois? ¿veis lo que haceis? No. ¡Ah! todo es terrible. Una noche, una noche de tempestad, siendo muy niño, abandonado, huérfano, solo en la creacion desmesurada, entré en esa sombra que llamais la sociedad: la primera cosa que ví fué la ley bajo la figura de un patíbulo; la segunda fué la riqueza, vuestra riqueza bajo la figura de una mujer muerta de hambre y de frio; la tercera fué el porvenir bajo la forma de una criatura moribunda; la cuarta fué lo bueno, lo verdadero y lo justo, bajo la figura de un vagabundo que no tenia por compañero y amigo mas que un lobo.

En aquel momento, Gwynplaine, dominado por una irresistible emocion, se sintió como ahogado por los sollozos, y sucedió ¡cosa siniestra! que en vez de sollozar prorumpió en una espantosa carcajada.

El contagio fué inmediato. Sobre la asamblea pesaba una nube, nube que podia desatarse en terror, y que se desató en algazara: la risa, especie de demencia difusa, se apoderó de toda la cámara, los cenáculos de hombres soberanos

aprovechan con gusto las ocasiones de bromear un poco, como para vengarse así de su formalidad habitual.

La risa de los reyes se parece á la risa de los dioses; siempre tiene una punta de crueldad. Los lores echaron la escena á broma; el sarcasmo aguzó la risa: empezaron á palmotear al orador, nueva manera de ultrajarle; sobre él cayó un diluvio de festivas interjecciones encaminadas todas á zaherirle y mortificarle.

— ¡Bravo, Gwynplaine! — ¡Bien por el Hombre que se Rie! — ¡Bien por el morro de la Green-Box! — ¡Bien por el hocico del Tarrinzeau-field! — Acabas de darnos una representacion y lo has hecho bien: ¡prosigue! — ¡Cuidado si me ha divertido! — ¡Cuidado si se rie bien! — ¡Es un gran volatinero! — ¡Salud á lord Clown! — ¡Charla, charla! — ¡Y eso es un par de Inglaterra! — ¡Que siga! — ¡No, no! — ¡Sí, sí!

El lord canciller estaba sobre ascuas.

Un lord sordo, el duque de Ormond, haciéndose con la palma de la mano arrimada al oido una trompa acústica, preguntaba á un compañero:

—¿Cómo ha votado?

El compañero respondió:

—No contento.

—Es claro, decia Ormond, con esa cara ¿cómo habia de votar?

Gwynplaine consideró un momento aquellos hombres que se reian y exclamó:

—Estais insultando á la miseria. ¡Silencio, pares de Inglaterra! Jueces, escuchad el alegato. ¡Oh! yo os lo suplico, tened compasion. ¿Compasion de quién? de vosotros mismos. ¿Quién está en peligro? vosotros. ¿No veis que estais en una balanza y que en un platillo está vuestro poder y en el otro vuestra responsabilidad? Dios os está pesando. ¡Oh! no os riais; meditad: esa oscilacion de la balanza de Dios es el temblor de la conciencia. Vosotros no sois malos; sois hombres como los demas, ni mejores ni peores; os creeis dioses; pues caed enfermos mañana y vereis á vuestra divinidad dar diente con diente en los calofrios de la fiebre. Allá nos vamos todos en punto á bondad natural: á las almas honradas me dirijo, y aquí las hay; me dirijo á las inteligencias elevadas, y las hay tambien; hay

tambien pechos generosos y á ellos me dirijo. Sois padres, hijos y hermanos, luego muchas veces teneis ocasion de enterneceros: el de vosotros que haya visto esta mañana despertarse al mas pequeño de sus hijos, ese es bueno. Los corazones son los mismos; la humanidad no es otra cosa mas que un corazon: entre los que oprimen y los oprimidos toda la diferencia está en el lugar que ocupan. Vuestros piés andan sobre cabezas, no es vuestra la culpa; la culpa es de la Babel social, que está mal construida, y en la que cada piso aplasta el que está debajo. Escuchad lo que os voy á decir. ¡Oh! pues sois poderosos, sed fraternales; pues sois grandes, sed bondadosos. ¡Si supierais lo que he visto! ¡Si supierais! ¡ay! cuánto se padece abajo! El linaje humano está en un calabozo: ¡cuántos encarcelados hay que son inocentes! Falta la luz, falta el aire, falta la virtud; no hay esperanza y sin embargo, ¡cosa formidable! se espera. Explicaos tan grandes miserias: hay seres que viven en la muerte; hay niñas que á los ocho años empiezan por la prostitucion y acaban á los veinte por la vejez. En cuanto á las severidades

penales, son terribles: hablo un poco á la ventura y sin elegir las palabras; digo lo que se me viene á las mientes. Ayer, sin ir mas lejos, yo que estoy aquí ví á un hombre amarrado y desnudo, con grandes piedras sobre el vientre, espirar en el tormento. ¿Sabiais esto? no: si supierais lo que pasa, ninguno de vosotros se atreveria á ser feliz. ¿Quién ha ido á Newcastle-on-Tyne? Hay allí en las minas hombres que mascan carbon para llenarse el estómago y engañar el hambre. En el condado de Lancaster, Ribblechester, á fuerza de indigencia, de ciudad que era se ha convertido en aldea. No me parece que el príncipe Jorge de Dinamarca necesite cien mil guineas mas, y preferiria que en el hospital se recibiese al indigente enfermo sin hacerle pagar anticipado su entierro. En Caërnarvon, en Traithmaur como en Traith-bichan, la miseria es espantosa: en Strafford no es posible desecar el pantano por falta de dinero; en todo el Lancashire están cerradas las fábricas de paños: en todas partes huelga el obrero. ¿Sabeis que los pescadores de arenques de Harlech comen yerba cuando escasea la pesca? Sabeis que en Burton-

Lazers hay todavía leprosos perseguidos como alimañas, y á quienes disparan tiros cuando salen de sus madrigueras? En Penck-ridge, en Coventry, cuya catedral acabais de dotar y á cuyo obispo acabais de enriquecer, no hay camas en las chozas y se abren hoyos en la tierra para acostar en ellos á los niños, por manera que en vez de empezar por la cuna se empieza por la sepultura: yo he visto esas cosas. Milores, las contribuciones que votais, ¿sabeis quién las paga? los que están espirando. ¡Ah! os engañais, seguís un camino errado: aumentais la pobreza del pobre para aumentar la riqueza del rico, cuando deberiais hacer lo contrario. ¡Cómo! quitar al trabajador para dar al ocioso, quitar al hambriento para dar al ahito, quitar al indigente para dar al príncipe! ¡Oh! sí, tengo antigua sangre republicana en las venas: horror me inspira todo eso; ¡detesto á esos reyes! Y qué descaradas son esas mujeres! Una triste historia me han contado de una de ellas, y por eso aborrezco doblemente á Cárlos II. Una mujer á quien mi padre habia amado, se dió á ese rey mientras mi padre se moria en un destierro.... ! Mujer

indigna! Cárlos II, Jacobo II; después de un perdido, un malvado. ¿Qué hay en el rey? un hombre, un flaco y miserable esclavo de las necesidades y de las dolencias. ¿Para qué se quiere un rey? ¡Compasion para los pobres! agravais los impuestos en beneficio del trono, pero tened cuenta con las leyes que decretais; tened cuenta tambien con esos tristes hormigueros que vais aplastando: bajad los ojos, mirad hácia vuestros piés y vereis ¡oh grandes! que hay pequeños. Tened compasion, sí, compasion de vosotros, porque las muchedumbres agonizan, y lo que está debajo, al morir, da muerte á lo que está encima. ¿Sois egoistas? salvad á los demas; á ningun pasajero es indiferente la perdicion del barco; el abismo es para todos.

Redoblaron con esto las carcajadas irresistibles.

Ser cómico por fuera y trájico por dentro, no hay padecimiento mas humillante ni cólera mas profunda, y eso era cabalmente lo que estaba pasando Gwynplaine: sus palabras querian obrar en un sentido y su rostro obraba en el opuesto, situacion horrible.

De pronto prorumpió su voz en gritos estridentes:

—¡Están de buen humor esos hombres!; mas vale así: la ironía hace cara á la agonía; la risa ultraja al estertor.... Ya se vé, como son tan poderosos.... ¿Quién sabe? allá veremos. ¡Ah! soy uno de los suyos, pero soy tambien uno de los vuestros ¡oh vosotros los pobres!, un rey me vendió, y me recogió un pobre. ¿Quién me mutiló? un príncipe. ¿Quién me curó y me mantuvo? un miserable. Soy lord Clancharlie, pero continúo siendo Gwynplaine; unido á los grandes sigo perteneciendo á los pequeños: estoy entre los que gozan y con los que padecen. ¡Ah! esta sociedad es falsa; algun dia vendrá la sociedad verdadera, y entonces no habrá señores y todos vivirán libres; no habrá amos, sino padres: este es el porvenir; acabarán las prosternaciones, y las bajezas, y la ignorancia, y no habrá hombres acémilas, ni cortesanos, ni lacayos, ni reyes, y solo habrá luz! Entretanto aquí estoy yo; tengo un derecho y uso de él. ¿Es un derecho? No, si uso de él para mí; sí, si uso de él para todos. Hablaré á los lores, porque

soy lord. ¡Oh hermanos mios de abajo! les diré vuestra miseria, y sacudiré sobre ellos un puñado de vuestros andrajos para que los vean y sientan el áspero escozor de su contacto!

Aquí Gwynplaine se volvió á los sub-oficiales arrodillados que estaban escribiendo sobre el cuarto saco de lana.

—¿Qué hacen ahí esos hombres que están hincados de rodillas? ¿Qué significa eso? Levantaos, que sois hombres.

Aquel brusco apóstrofe á unos subalternos á quienes un lord ni siquiera debe ver, puso el colmo á la algazara; ya no se contentaban con gritar ¡bravo! y palmotear; ya aplaudian hasta con los piés y con toda clase de gritos: parecia que estaban en la Green-Box, solo que en ella las risotadas celebraban á Gwynplaine y allí le exterminaban. Matar es el blanco á que tienden los esfuerzos del ridículo; la risa de los hombres hace á veces todo cuanto puede por asesinar.

La risa habia llegado á ser en la asamblea una especie de violencia material. Llovian las chanzas y los dicharachos groseros; la necedad de las asambleas consiste en echársela de agudas: con

sus bromas ingeniosas y estúpidas prescinden de los hechos en vez de estudiarlos y condenan las cuestiones en vez de resolverlas. Un incidente es un interrogante, y reirse de él es reirse del enigma; pero la esfinge que no se rie, queda detrás.

Oíanse mil gritos contradictorios:

—¡Basta, basta! —¡Que siga, que siga!

Algunos le insultaban directamente.

—¡Histrion! le gritaba uno.

—¡Escuchemos á la burra de Balam! añadia lord Yarmouth.

Este lord Yarmouth tenia el aspecto inteligente y sagaz que imprime á la fisonomía una nariz de cachiporra y una boca torcida.

—El rebelde Linnœus se ve castigado en el sepulcro; el hijo es el castigo del padre, decia el obispo de Lichfield y de Coventry, cuyas prebendas no habia querido votar Gwynplaine.

—Miente como un bellaco, sostenia lord Cholmley, profundo legista; eso que él llama el tormento, es la pena recia y dura, pena excelente. El tormento no existe en Inglaterra.

Algunos apostrofaban al canciller diciéndole:

—Milord canciller, levantad la sesion.

—¡No, no! que siga! nos divierte mucho, gritaban los mas jóvenes entre voces, patadas é improperios.

—A la perrera con Gwynplaine, gritaba uno.

—¡Fuera, fuera! gritaba otro, mientras un tercero sacaba del bolsillo una pieza de dos cuartos y se la tiraba á la cara.

En aquel tumulto infernal se perdian las palabras de Gwynplaine, entre las que solo se percibian estas de cuando en cuando: — Guay de vosotros!

—¿Qué dices? le preguntó uno con voz insultante.

—Lo que hago es predecir, respondió Gwynplaine, y redoblaron las explosiones de algazara, en cuyo fondo se agitaban no poco despecho y furor. En toda gran reunion de hombres hay siempre uno que suelta la expresion en que se resume el sentir de todos: lord Scarsdale condensó en un grito la impresion de la asamblea, diciendo:

—¿Qué viene hacer aquí ese monstruo?

Indignado y fuera de sí, levantóse Gwynplaine

en una especie de convulsion suprema y mirándolos de hito en hito:

—¿Qué vengo hacer aquí? repitió; vengo á ser terrible. ¿Decís que soy un monstruo? no; soy el pueblo. ¿Decís que soy una excepcion? no; soy todo el mundo. La excepcion sois vosotros; vosotros sois la quimera y yo soy la realidad. Soy el Hombre; soy el espantoso Hombre que se Rie. ¿Que se rie de qué? de vosotros, de él, de todo. ¿Qué es su risa? vuestro crímen y su suplicio, y ese crímen os lo arroja á la cara, y ese suplicio os escupe al rostro. Me rio, quiere decir: lloro.

Detúvose y ya hubo un poco de silencio, y aunque que continuaron las risas fué ya por lo bajo, con lo que contando ya obtener un poco mas de atencion respiró con alguna libertad y prosiguió:

—Esta risa que veis en mi frente me la puso en ella un rey; esta risa expresa la desolacion universal; esta risa quiere decir odio, silencio forzado, rabia, desesperacion; esta risa es un producto de los tormentos; esta risa es una risa de fuerza: si Satanás tuviera esta risa, esta risa

condenaria á Dios. Pero lo eterno no se asemeja á lo perecedero; como es lo absoluto, es lo justo, y Dios detesta lo que hacen los reyes. ¡Me tomais por una excepcion! pues sabed que soy un símbolo. Abrid los ojos, ¡oh imbéciles todopoderosos! En mí se encarna el gran Todo: yo represento la humanidad tal cual la han parado sus amos: el hombre es un mutilado; lo que me han hecho á mí se lo han hecho al linaje humano: le han desfigurado el derecho, la justicia, la verdad, la razon, la inteligencia, como á mí los ojos, las narices y las orejas; como á mí le han puesto en el corazon una cloaca de cólera y de dolor y en el rostro una máscara de contento: donde Dios habia puesto su dedo, el rey ha plantado su zarpa. ¡Monstruosa superposicion! Obispos, pares, príncipes, el pueblo es el gran paciente que sufre por dentro y se rie por fuera; os lo digo, milores, el pueblo soy yo. Hoy le oprimis, hoy me escarneceis; pero el porvenir es el sombrío deshielo, en que las aguas lo arrastran todo, y en que la apariencia sólida se trueca en submersion: se oye un crujido y todo acabó! ¡Llegará un momento en que una gran

convulsion quebrantará vuestro poder, en que un gran rugido replicará á vuestras rechiflas; y ese momento ha llegado ya, — tú te encontraste en él ¡oh padre mio! — ¡ya llegó ese momento traido por Dios, y se llamó la República: la han arrojado, pero volverá; entretanto tened presente que la série de los reyes armados de la espada está interrumpida por Cromwell armado del hacha. ¡Temblad! las incorruptibles soluciones se acercan, las uñas cortadas van creciendo, las lenguas arrancadas vuelan y se tornan lenguas de fuego esparcidas por el viento de las tinieblas que van aullando por lo infinito; los que tienen hambre enseñan sus dientes ociosos; los paraisos edificados sobre los infiernos titubean; se padece, se padece, se padece, y lo que está arriba se inclina, y lo que está abajo se entreabre, y la sombra pide ser luz; el condenado discute al elegido, y todo esto significa que el pueblo llega, vuelvo á deciros, que el hombre sube, que ya comienza el fin, y que estais viendo la roja aurora de la catástrofe: y aquí teneis, aquí teneis lo que hay en esta risa de que os reís! ¡Lóndres es una perpetua fiesta: sea! Inglaterra

es de uno á otro confin una aclamacion; sí, pero eschuchad: todo lo que veis soy yo; teneis fiestas y esas fiestas son mi risa; teneis regocijos públicos, y son mi risa; teneis bodas, consagraciones y coronaciones de reyes, y son mi risa; teneis nacimientos de príncipes, y son mi risa; teneis sobre vuestras cabezas el rayo, y es mi risa.

¿Quién habia de conservar su seriedad al oir tales cosas? De nuevo estallaron con mayor furia que antes las carcajadas. Entre todas las lavas que arroja la boca humana, verdadero cráter, la mas corrosiva es la alegría; hacer daño alegremente es un placer contagioso á que no resiste ninguna muchedumbre: no todas las ejecuciones se consuman en los patíbulos, y los hombres, en cuanto están reunidos ya en multitud, ya en asamblea, tienen siempre en medio de ellos un verdugo dispuesto, que es el sarcasmo. No hay suplicio comparable al del miserable risible, y Gwynplaine estaba pasando por él; todos á porfia hacian mofa y escarnio de su persona, desde el grave arzobispo de Canterbury hasta el ujier de la vara negra. Él, pálido, cruzados los

brazos, arrostraba aquel torrente de injuriosa algazara, sintiendo en el fondo de su alma la definitiva resolucion de su destino en una inmensa carcajada. Veíase delante de lo irremediable: puede levantarse el que cae, no el que está pulverizado, y aquella mofa inepta y soberana le reducia á polvo. El infeliz estaba desesperado....

« Visto el incidente ocurrido », el lord canciller aplazó la votacion al dia siguiente, levantando la sesion, y los lores se retiraron despues de hacer una nueva reverencia á la silla real: por los pasillos se oia prolongarse y perderse las risotadas. A mas de sus puertas oficiales, las asambleas tienen una multitud de salidas secretas por donde se vacian casi instantáneamente, como el agua de un jarro lleno de grietas; en un momento quedó desierta la sala segun costumbre y casi sin transicion: asombra la prontitud con que el silencio se apodera de esos centros de tumulto.

A fuerza de cavilar se va lejos y acaba uno por estar tan desorientado como si se hallase en otro planeta. Gwynplaine de pronto volvió en su acuerdo y se encontró solo; la sala estaba vacía,

ni siquiera habia advertido que se habia levantado la sesion. Todos los pares habian desaparecido, inclusos sus dos padrinos; solo quedaban aquí y allá algunos dependientes subalternos de la cámara que aguardaban para poner las fundas á los escaños y apagar las lámparas á que se retirase « su señoría ». Púsose maquinalmente el sombrero, salió de su banco y se dirigió á la puerta principal abierta sobre la galería: en el momento de cruzar la barra, un portero le quitó su toga de par sin que apenas lo advirtiese, y un momento despues cruzaba los pasillos.

Los hombres que andaban por allí de servicio notaron con asombro que aquel lord habia salido sin saludar al trono.

VIII

SERIA BUEN HERMANO SI NO FUERA BUEN HIJO

Nadie habia ya en la galería ni en los pasillos, pero Gwynplaine encontró fácilmente el itinerario por ellos y por las salas siguientes cuando de pronto llegaron á su oido recias voces confusas, especie de alboroto nocturno muy singular en semejante sitio. Dirigióse al lado por donde oia aquel ruido y se encontró sin esperarlo en

un espacioso zaguan escasamente alumbrado, que era una de las salidas del edificio; veíanse una ancha puerta vidriera abierta, una escalinata, lacayos con teas encendidas, y fuera una plaza y algunos carruajes que al parecer aguardaban á sus amos.

De allí procedia el ruido que acababa de oir.

En el mismo zaguan debajo del farol que le alumbraba, habia un grupo tumultuoso y una verdadera tempestad de voces y aspavientos. Gwynplaine se acercó sin ser visto en la penumbra.

Era una riña: á un lado se veian diez ó doce jóvenes lores que querian salir, y al otro un hombre con un sombrero puesto como ellos, erguido y arrogante que les cerraba el paso.

¿Quién era aquel hombre? Tom-Jim-Jack.

Algunos de aquellos lores llevaban todavía su toga de par; otros habian dejado el traje del parlamento é iban vestidos de calle.

Tom-Jim-Jack llevaba un sombrero de plumas, no blancas, como los pares, sino verdes y anaranjadas; iba bordado y galoneado desde la cabeza hasta los piés, con multitud de lazos y

encajes en las mangas y el cuello, y manejaba febrilmente con la diestra la empuñadura de su espada, cuya vaina y tahalí estaban salpicados de anclas, insignia de almirante.

Él era el que hablaba y apostrofaba á todos aquellos jóvenes lores, y Gwynplaine oyó estas palabras:

—Os repito que sois unos cobardes. Quereis que retire mis palabras: ¡sea en buena hora! no sois cobardes, sois idiotas. Os habeis puesto todos contra uno; no por cobardía; — corriente; entonces será por estupidez. Os han hablado y no habeis comprendido: aquí los viejos son sordos de la oreja, y los jóvenes del entendimiento: soy bastante de los vuestros para deciros las verdades. Ese recien venido es un original, y os ha encajado una sarta de dislates, convengo en ello; pero entre esos dislates habia algunas cosas verdaderas: su perorata era confusa, indigesta, rara, no lo niego; se ha repetido mucho, pero un mozo que ayer era saltimbanquis no tiene obligacion de hablar como Aristóteles y como el doctor Gilberto Burnet, obispo de Sarum. — Lo que ha contado de los leprosos

de Burton-Lazers es incontestable; ademas, no seria el primero que ha dicho desatinos en el mundo, y por último, milores, á mí no me gusta que se encarnicen muchos contra uno sólo y por eso me pongo de parte del hombre á quien habeis insultado indignamente. Yo no soy muy devoto, pero cuando pasan cosas buenas en que se ve la mano de Dios, lo celebro en el alma, y una de esas cosas buenas me parece que es haber sacado de la miseria en que estaba hundido á ese par de Inglaterra que hoy recobra su título y su herencia, sin curarme de si me conviene ó no, que de seguro no me conviene, — y os prohibo, milores, que seais de distinta opinion. El nuevo lord vale mas que vosotros: como Clancharlie os iguala en nobleza, y como Gwynplaine os aventaja en talento: digo mas, él lo tiene y vosotros no. Su causa es la mia, el que le insulta me insulta, y veremos quién sale vivo de este lance, porque os provoco á muerte, ¿lo oís? y con todas armas y de todas maneras, desde la espada, como los príncipes, hasta el trompis como los villanos.

A aquel insolente flujo de palabras, todo el

grupo de los jóvenes lores respondió con una altanera sonrisa. — ¡Corriente! dijeron.

—Elijo la pistola, dijo uno.

—Yo, dijo otro, él antiguo combate en palenque cerrado, con maza y daga.

—Yo, añadió un tercero, la lid con dos cuchillos, uno largo y otro corto, y cuerpo á cuerpo.

Así fué cada cual eligiendo sus armas, mientras que Gwynplaine se dirigia al que hasta entonces habia conocido por Tom-Jim-Jack y en quien ya empezaba á entrever otra cosa.

—Gracias os doy, le dijo; pero este lance corre de mi cuenta.

Todos volvieron la cabeza.

Al acercársele Gwynplaine, dió lord David dos pasos atrás, diciendo:

—¡Calle! ¡sois vos! me alegro, porque tengo tambien algo que deciros. Hace un momento hablasteis de una mujer que despues de haber amado á lord Linnœus Clancharlie, amó al rey Cárlos II.

—Cierto.

—Caballero, habeis insultado á mi madre.

—¡Vuestra madre! exclamó Gwynplaine. En ese caso somos, como ya yo me figuraba....

—Hermanos, respondió lord David.

Y dió un bofeton á Gwynplaine.

—Somos hermanos, prosiguió, de donde resulta que podemos batirnos. No es lícito batirse sino entre iguales y ¿quién es nuestro igual más que nuestro hermano? Os enviaré mis padrinos; mañana mediremos nuestras armas.

LIBRO NONO

RUINAS

I

POR EL EXCESO DE LA GRANDEZA SE LLEGA AL EXCESO DE LA MISERIA

Daban las doce de la noche en el reló de la iglesia de San Pablo, cuando un hombre, que acababa de cruzar el puente de Lóndres, entraba en las callejuelas de Southwark. No quedaba ya ningun farol encendido, pues era costumbre entonces apagar el alumbrado público á las once, esto es, suprimir los faroles en el momento en

que empiezan á ser mas necesarios. A mas de oscuras las calles estaban desiertas: el hombre andaba á buen paso, y su traje era algo raro para ir por las calles á tales horas; llevaba un vestido de seda todo bordado, espada al cinto, sombrero de plumas blancas y sin capa. Los serenos que le veian pasar decian: « Es un lord que ha hecho una apuesta »; y se apartaban con el respeto debido á un lord y á una apuesta.

Aquel hombre era Gwynplaine.

El infeliz no sabia lo que le pasaba; solo sentia una irresistible sed de ver á Dea, de volver á la Green-Box y al parador Tadcaster, sonoro, luminoso, lleno de aquella sana alegría cordial del pueblo, de encontrarse de nuevo con Ursus y con Homo, de volver en fin á su vida antigua, ¡á la verdadera vida!

Las desilusiones se aflojan, como la cuerda de un arco, con una fuerza fatal y lanzan al hombre, como á una flecha, hácia la verdad de las cosas. Gwynplaine estaba impaciente por llegar, y á medida que se acercaba al *Tarrinzeaufield*, iba apretando el paso: ya no andaba, corria: sus ojos sondeaban la oscuridad, y se hacia

preceder por su mirada, ávida investigacion del puerto en el horizonte. ¡Qué momento aquel en que iba á divisar las ventanas iluminadas del parador Tadcaster!

Desembocó en la pradera, torció una esquina y se halló en frente y á corta distancia del parador. Ni una sola luz se veia en todo él: parecia una mole negra.

Estremecióse de piés á cabeza; luego se dijo que era tarde, que la hostería estaba cerrada, que era muy natural, que estarian durmiendo, que no habia mas que despertar á Nicless ó á Govicum, y que era preciso llegarse á la puerta del parador y llamar.

Llegóse y llamó, respirando apenas. Nos hallamos alguna vez en plena tormenta, reluchamos en las invisibles convulsiones del alma, no sabemos si vivimos ó morimos y tenemos para los seres amados todo linaje de delicadezas: en esto se reconocen los verdaderos corazones. En la submersion de todo, sobrenada la ternura: no despertar bruscamente á Dea, fué en el acto el grande y casi el único cuidado de Gwynplaine.

Acercóse al parador metiendo el menor ruido

posible. Conocia el zaquizamí, antigua perrera, donde dormia Govicum: aquella perrera, contigua á la sala baja, tenia un ventanillo que daba sobre la plaza, y Gwynplaine arañó con mucho tiento el vidrio, pues bastaba á despertar á Govicum, pero ningun movimiento se advirtió en el zaquizamí. A esa edad, dijo entre sí Gwynplaine, se tiene el sueño duro. Llamó un poco mas fuerte y sucedió lo mismo; volvió á llamar todavía mas recio: nada. Entonces ya con alguna inquietud, llamó á la puerta.

Nadie respondió.

Su inquietud empezó á trocarse en angustia. —Maese Nicless es viejo, se dijo; los muchachos tienen el sueño duro, y los viejos lo tienen pesado. ¡Llamemos mas recio!

Y así lo hizo con toda la fuerza, lo que le trajo á la memoria un lejano recuerdo, el de Weymouth, cuando llegó de niño llevando en sus brazos á Dea, mas niña todavía.

Y como un lord que era ¡ay! repitió sus golpes á la puerta con desusada violencia.

La casa permaneció silenciosa.

Fuera de sí empezó á gritar: ¡Nicless! ¡Go-

vicum! y al mismo tiempo miraba á las ventanas por si descubria alguna luz, pero nada, ni voz, ni ruido, ni luz alguna en el parador.

Llegóse á la puerta cochera y llamó á ella y la sacudió frenéticamente, gritando: — ¡Ursus! ¡Homo!

El lobo no ladró.

Un helado sudor empezó á cubrir su frente.

Tendió los ojos en derredor: hacia una noche muy oscura, pero el resplandor de las estrellas daba bastante luz para que se distinguiesen aquellos contornos, con lo que vió una cosa lúgubre, el desvanecimiento de todo lo que habia antes en ellos: ni una sola barraca quedaba en el bowling-green; ya no estaba allí el circo ecuestre; ni un tablado, ni una tienda, ni una carreta: á la bulliciosa vagancia que llenaba aquellos sitios habia sucedido no sé qué adusta lobreguez vacía. Todo se habia disipado.

Su ansiedad llegó á los límites de la locura. ¿Qué queria decir aquello? ¿Qué habria sucedido? ¿Nadie quedaba ya allí? ¿Se habia desmoronado detrás de él su vida entera? ¿Qué les habian hecho? ¡Dios mio! ¿y todas aquellas gentes? Pre-

cipitóse de nuevo como una tempestad sobre la casa y golpeó las ventanas y las puertas, llamando á gritos á Nicless, á Govicum, á Fibi, á Vinos, á Ursus, á Homo.... ¡nada! ¡nada! Volvia á llamar, y siempre lo mismo: era como si el trueno intentase despertar al sepulcro.

Rendido de gritar, llamando á todos, menos á Dea, oscura precaucion que instintivamente tomaba en su delirio, probó á escalar la casa, á cuyo fin rompió los vidrios de una ventana y se metió por ella destrozándose manos y cara y despojándose de cuantas prendas le molestaban, entre ellas de la espada y el tahalí; así logró introducirse en el interior de la posada.

La cama de Govicum, vagamente visible, estaba en el zaquizamí, pero Govicum no, y para que este no estuviese en su cama, preciso era que tampoco maese Nicless estuviese en la suya. Toda la casa hallábase á oscuras: sentíase en aquellas tenebrosas estancias la misteriosa inmovilidad del vacío y aquel vago horror que significa: aquí no hay nada. Todo convulso cruzó Gwynplaine en la sala baja, tropezó en las me-

sas, derribó los bancos y los cacharros, llegó á la puerta que daba al patio, la echó al suelo de una patada, entró en el patio y tendió la vista en derredor: la Green-Box ya no estaba allí.

II

RESIDUO

Salió Gwynplaine de la casa y empezó á esplorar en todos sentidos el Tarrinzeau-field, recorriendo uno á uno todos los puntos donde la víspera se veian aun tablados ó barracas, y donde á la sazon no habia nada. Aunque sabia que estaban deshabitadas, llamó á todas las miserables casucas que habia por aquellos contornos,

y nadie le respondió ni encontró alma viviente. El hormiguero habia desaparecido y parecia indudable que aquella desaparicion era obra de la policía. Despues de registrarlo todo inútilmente retiróse Gwynplaine del bowling-green, se metió por las tortuosas calles del límite llamado la punta del Este (*Eeast-point*) y se dirigió hácia el Támesis.

Cruzó algunos recodos de aquella intrincada madeja de callejuelas en que no habia mas que tapias y cercas bajas, luego sintió en el aire la frescura del agua, oyó el sordo murmullo del rio, y de pronto se encontró delante de un malecon, que era el de la Effroc-stone. Paróse allí Gwynplaine, apoyóse de codos en el pretil, cogióse la cabeza entre las manos y empezó á reflexionar, mirando tristemente correr el agua á sus piés....

Parecíale oir á sus espaldas un ruido sordo como un terremoto : eran las risotadas de los lores, de entre los cuales acababa de salir abofeteado.... ¿por quién? por su hermano.

Y al salir de aquella cruel escena, al ir á refugiarse en su nido, huyendo del òdio y buscando

el amor, ¿qué habia encontrado? las tinieblas, la soledad, ¡oh amargura! Habia llegado á esa siniestra orilla en que empieza el vacío. Perdida la Green-Box, el universo acababa para él: su alma quedaba cerrada para siempre.

¿Qué habia podido suceder? ¿Dónde estaban? Evidentemente se los habian llevado por fuerza, y era claro que no volveria á verlos jamás: para ellos se habian tomado precauciones, haciendo desaparecer al mismo tiempo todo lo que los rodeaba, empezando por Nicless y Govicum, á fin de que no pudiese adquirir dato ni informe alguno. ¡Dispersion inexorable! la terrible fuerza social, al mismo tiempo que le pulverizaba á él en la cámara de los lores, los alcanzaba y perseguia á ellos en su pobre cabaña. Perdidos estaban, perdida estaba Dea, perdida para él, perdida para siempre. ¡Ira de Dios! ¿dónde se hallaba? ¡Y no habia estado allí para defenderla!

Forjar conjeturas sobre ausentes queridos es darse tormento á sí propio, y eso hacia el infeliz: á cada suposicion que se le ocurria, á cada cuña que se clavaba en el alma exhalaba un sordo rugido interior.

En medio de un tropel de ideas acervas acordábase del hombre evidentemente funesto que le habia dicho llamarse Barkilphedro. Aquel hombre le habia escrito en el cerebro algunas palabras oscuras que á la sazon reaparecian en caractéres de fuego, y Gwynplaine veia centellear en el fondo de su pensamiento esta frase ya explicada: *El destino no abre una puerta sin cerrar otra.*

Todo estaba consumado, las últimas sombras pesaban sobre él: todo hombre puede tener en su destino un *fin del mundo* que se llama la desesperacion.

Desesperado Gwynplaine, rendido y casi loco al cabo de tres noches y tres dias de insomnio y de tantas terribles emociones, despues de revolver en su acalorada fantasía todas las ilusiones y todos los crueles desengaños de su vida, se acordó nuevamente de la infeliz Dea, y fuera de sí, apoyó con firmeza la mano sobre el pretil, como sobre una solucion de todas las tremendas dificultades en que batallaba su espíritu y miró al rio.

Ya hemos dicho que llevaba tres noches sin

cerrar los ojos. Tenia calentura : sus ideas, que él creia claras, estaban en la mayor confusion, y experimentaba ademas una imperiosa necesidad de descansar. Así permaneció algunos instantes inclinado sobre aquellas aguas; la sombra le ofrecia el gran lecho tranquilo, lo infinito de las tinieblas : ¡siniestra tentacion!

Quitóse la casaca, la dobló y la puso sobre el pretil; luego se desabrochó el jubon y al ir á quitársele, su mano tropezó en el bolsillo con un objeto que era el *red-book* ó libro colorado que le habia entregado el *librarian* de la cámara de los lores : sacóle del bolsillo, le examinó á la escasa luz de las estrellas, vió en él un lapiz y con él escribió en la primera hoja en blanco que se le ofreció á la vista estas dos líneas :

« Me voy. Deseo que mi hermano David me remplace y sea feliz. »

Y firmó : Fermain Clancharlie, par de Inglaterra.

Luego se quitó el jubon y le dejó encima de la casaca, poniendo despues sobre él su sombrero, en el cual colocó el *red-book* abierto por la página en que habia escrito. En el suelo vió

una piedra : la cogió y la puso en el sombrero, sobre el libro abierto.

Hecho esto, miró la sombra infinita encima de su frente.

Luego se bajó lentamente su cabeza cual si tirara de ella el invisible hilo de los abismos.

Habia en el antepecho en que se apoyaba un hueco producido por la falta de una piedra desmoronada, y metiendo en él un pié como en un estribo, púsose en actitud de saltar facilísimamente por encima....

Cruzó entonces las manos detrás de la espalda y se inclinó hácia adelante.

—¡Sea! dijo; y clavó los ojos en la profunda corriente del rio.

En aquel momento sintió una lengua que le lamia las manos.

Estremecióse y se volvió.

Era Homo, que estaba detrás de él.

CONCLUSION

EL MAR Y LA NOCHE

I

EL PERRO VIGILANTE PUEDE SER ANGEL CUSTODIO

Gwynplaine lanzó un grito :

—¡Tú aquí, lobo !

Homo meneó la cola : sus ojos brillaban en la sombra mientras miraba atentamente á Gwynplaine.

Luego se puso de nuevo á lamerle las manos. Por un momento estuvo Gwynplaine como bor-

racho, embriaguez producida por el súbito retorno á la inmensa esperanza. Homo ¡qué aparicion! Cuarenta y ocho horas llevaba de estar probando lo que se pudiera llamar todas las variedades del rayo; faltábale recibir el rayo de la alegría, y ese era el que acababa de caer sobre él. La certidumbre recuperada ó á lo menos la claridad que conduce á ella; la súbita intervencion de no sé qué misteriosa clemencia que reside tal vez en el destino; la vida diciendo ¡aquí estoy! en lo mas negro de la tumba; el minuto en que ya no se espera nada bosquejando bruscamente la curacion y la libertad; algo parecido á un punto de apoyo antes perdido y recobrado en el instante mas crítico del hundimiento, Homo era todo esto. Gwynplaine veia á Homo en una atmósfera de luz.

Volvióse el lobo y echó á andar, mirando hácia atrás como para ver si le seguia Gwynplaine.

Este echó á andar detrás de él y Homo, meneando la cola, prosiguió su camino.

Aquel camino era la pendiente del malecon de la *Effroc-stone*, la cual remataba en la misma orilla del Támesis. Gwynplaine la bajó conducido

por Homo, que de cuando en cuando seguia volviendo la cabeza para ver si iba detrás su compañero.

En ciertas situaciones supremas, nada se parece tanto á una inteligencia que lo comprende todo como el simple instinto de la bestia cariñosa. El animal es un sonámbulo lúcido.

Hay casos en que el perro siente la necesidad de seguir á su amo y otros en que experimenta la de precederle; entonces el bruto toma la direccion que corresponde al entendimiento: el olfato imperturbable camina seguro y acierta siempre allí donde nuestro discurso titubea. Constituirse en guia aparece vagamente al bruto como una necesidad. ¿Sabe que hay un mal paso y que es preciso ayudar al hombre á pasarle? Probablemente no; tal vez sí: en todo caso alguien lo sabe por él. ¿Quién es capaz de conocer todas las figuras que puede tomar la providencia de Dios?

Llegado al ribazo, el lobo continuó andando rio abajo por la angosta lengua de tierra que se extendia á lo largo del Támesis, sin pararse, sin ladrar, sin hacer el menor ruido. Homo, en todas

ocasiones seguia su instinto y cumplia su deber, pero tenia la reflexiva circunspeccion del proscrito.

Al cabo de unos cincuenta pasos se detuvo. A la derecha se veia una estacada, especie de embarcadero en cuyo extremo opuesto se columbraba una mole oscura que era un buque bastante grande, sobre la cubierta del cual, hácia la proa, brillaba una tenue claridad casi indistinta, parecida á una lamparilla próxima á apagarse.

Cercioróse por última vez el lobo de que Gwynplaine estaba allí y en seguida saltó á la estacada, largo corredor entablado y embreado, sostenido por varias hileras de maderos hincados en las arenas del rio, y por debajo del cual corria el agua. En pocos momentos Homo y Gwynplaine llegaron á la punta.

El buque amarrado á la estacada, que era la barca holandesa de gran porte llamada *Vograat*, de Rotterdam, estaba tan inmediata al tablado por su parte de popa, que para saltar á ella no habia mas que hacer en cierto modo sino bajar un escalon, lo cual hicieron con suma facilidad Homo y Gwynplaine, encontrándose ambos en

un momento sobre cubierta. Estaba esta completamente desierta y ningun movimiento se advertia en el barco, por mas que todos los pasajeros debiesen ya hallarse á bordo y no obstante estar aquel á punto de dar la vela; completo al parecer el cargamento y todo listo para la partida; pero probablemente estarian acostados y dormidos en sus camarotes, debiendo hacerse de noche la travesía. En semejantes casos, los pasajeros no asoman por cubierta hasta la mañana siguiente al despertar, y por lo tocante á la tripulacion estaria sin duda cenando mientras llegaba el momento de elevar el ancla.

Por la estacada el lobo habia ido casi corriendo, pero por el barco andaba lentamente como con discrecion, meneando la cola, no ya alegremente, sino con la oscilacion débil y triste del perro inquieto.

Al llegar cerca de la proa vió Gwynplaine delante de sí una lucecita, que era la claridad que habia divisado desde la orilla, producida por un farol puesto en el suelo al pié de un mástil y á cuya reverberacion se destacaba en negro sobre el fondo oscuro de la noche un grande objeto

con cuatro ruedas en el cual reconoció la antigua choza de Ursus, toda dislocada por el uso y los años: debajo de ella pendia la cadena de Homo.

Volver uno á encontrar de pronto su vida, su felicidad, su amor, y precipitarse desalado sobre todo ello, parece que tal debe ser la ley comun y que la naturaleza lo quiere así; y en efecto, salvo en los casos de profunda congoja, así sucede. El que sale todo quebrantado y dolorido de una série de catástrofes parecidas á traiciones, se torna prudente hasta en la alegría, teme llevar su fatalidad á los que ama, se siente lúgubremente contagioso y no avanza en la ventura sino con cautela. De nuevo se abre el paraiso, pero antes de poner en él el pié, se le observa.

Gwynplaine, vacilante bajo el peso de las emociones, observaba.

El lobo habia ido silenciosamente á tenderse junto á su cadena.

II

BARKILPHEDRO APUNTÓ AL ÁGUILA É HIRIÓ Á LA PALOMA

El estribo de la choza estaba bajado y la puerta entornada; nadie habia dentro: la poca luz que entraba por la vidriera de delante alumbraba muy vagamente el interior de la barraca, melancólico claro-oscuro. Las inscripciones de Ursus en honor y gloria de la grandeza de los lores se conservaban perfectamente escritas en las decrépitas tablas de las paredes: pendientes

de un clavo junto á la puerta vió Gwynplaine su esclavina y su capisayo, como se ven colgados los vestidos de un muerto en alguno de esos sitios fatales donde recoge la policía los cadáveres desconocidos que se encuentra á deshora en las calles ó en las orillas de los rios.

En mangas de camisa iba Gwynplaine á la sazon....

La choza tapaba un objeto tendido sobre cubierta al pié del mástil y que la luz del farol alumbraba un poco: era un colchon del que solo se veia una punta; sobre aquel colchon habia probablemente alguien acostado, pues se veia moverse una sombra y se oia hablar. Oculto por la interposicion de la barraca, Gwynplaine escuchó.

Era la voz de Ursus.

Aquella voz, tan dura por encima, tan tierna por debajo, que con tanta aspereza y con tanto amor habia dirigido á Gwynplaine desde su niñez, no tenia ya su antiguo metal penetrante y sagaz; era sorda y baja y se disipaba en suspiros al fin de cada frase; parecia la voz de un hombre cuya felicidad ha muerto.

Ursus parecia monologar mas bien que dialogar, cosa muy natural en él, como ya sabemos: el soliloquio le era familiar, y á ello debia el pasar por maniático.

Contuvo Gwynplaine el resuello para no perder una palabra de lo que decia Ursus y oyó una de aquellas largas divagaciones habituales en el filósofo, de la cual dedujo que Dea estaba allí, devorada por una tenaz calentura y consumida en flor por una inconsolable tristeza....

De pronto se alzó una voz, voz inefable que parecia lejana cual si á la vez viniese de las alturas y de las profundidades, divinamente siniestra, la voz de Dea.

Todo lo que Gwynplaine habia experimentado hasta aquel momento fué ya nada: su ángel estaba hablando y parecíale oir palabras dichas fuera de la vida en un desvanecimiento lleno de cielo.

La voz decia:

—Bien hizo en irse; este mundo no es el que él necesita; solo que es preciso que yo me vaya con él. Padre, no estoy enferma; hace un momento os oia hablar y me siento muy bien y

hasta he dormido bastante. Padre, voy á ser feliz.

—Hija mia, preguntó Ursus con el acento de la angustia, ¿qué entiendes por eso?

La respuesta fué:

—Padre, no os atormenteis.

Siguió una breve pausa, como para tomar aliento, y en seguida llegaron á oidos de Gwynplaine estas pocas palabras pronunciadas lentamente:

—Ya no está aquí Gwynplaine; ahora sí que soy ciega! yo no conocia la noche; la noche es la ausencia.

Calló de nuevo la voz y luego prosiguió:

—Siempre estaba yo temblando de que habia de echarse á volar, sintiendo en él una naturaleza celeste, y así ha sucedido y no podia menos de suceder. Las almas se van volando como los pájaros, pero el nido del alma está en una profundidad donde se halla el gran iman que todo lo atrae, y bien sé yo donde volveré á encontrar á Gwynplaine: conozco bien el camino. Allí nos encontrareis algun dia, padre, y Homo tambien.

Homo, al oir pronunciar su nombre, dió con la pata un golpecito sobre cubierta.

—Padre, repuso la voz, bien comprendeis que desde el momento en que Gwynplaine no está ya aquí, todo ha concluido; en vano querria quedarme en la tierra, pues al cabo preciso es respirar: no hay que pedir lo que no es posible. Cuando estaba yo con Gwynplaine, vivia, y ahora que no estoy con él, me muero: es muy natural; no estar con él y morir, todo es uno: preciso es que él vuelva ó que yo me vaya. Morir es bueno y fácil; padre, lo que se apaga aquí se enciende nuevamente en otra parte....

—Vamos, vamos, dijo Ursus interrumpiéndola, procura de nuevo conciliar el sueño.

La voz respondió:

—¡Oh! no es eso lo que me ha de faltar!

Ursus prosiguió con trémula entonacion:

—Ahora nos vamos á Holanda, á Rotterdam, que es una hermosa ciudad.

—Padre, continuó la voz, no estoy enferma y os repito que no paseis cuidado por eso. Ni siquiera tengo calentura; solo sí un poco de calor.... pero me siento morir.

—¡Guárdate bien de eso! exclamó Ursus.

Y añadió:

—Sobre todo ¡oh Dios mio! que no experimente ninguna sensacion violenta.

Siguió un breve silencio.

De pronto se oyó á Ursus decir con angustia:

—¿Qué es eso? ¿qué haces? ¿por qué te levantas? Por Dios, ¡quédate en la cama!

Gwynplaine se estremeció y adelantó un poco la cabeza.

II

EL PARAISO RECOBRADO AQUÍ ABAJO

Vió á Dea que acababa de ponerse en pié sobre el colchon. Llevaba un largo vestido blanco, perfectamente abrochado que solo dejaba ver el nacimiento de los hombros y las delicadas líneas de su cuello: las mangas le cubrian los brazos, y los pliegues de la falda le ocultaban los piés; veíanse sus manos serpeadas de azules venas que

abultaba un poco el calor de la calentura: trémula y calofriada oscilaba como un junco, y su hermoso rostro ofrecia una expresion indecible. La luz del farol la iluminaba de abajo arriba; llevaba el cabello destrenzado y ni una lágrima corria por sus mejillas. Fuego y noche juntamente habia en sus pupilas; pálida estaba con aquella palidez que se asemeja á la transparencia de la vida divina en una figura terrestre. Su exquisito y flexible cuerpo estaba como mezclado y fundido con los pliegues de su ropaje, y ondeaba toda entera con el temblor propio de una llama, al mismo tiempo que se sentia en cierta manera que empezaba ya á no ser mas que una sombra. Sus rasgados ojos muy abiertos resplandecian con desusada luz: parecia una salida del sepulcro y un alma erguida sobre una aurora.

Ursus, á quien Gwynplaine solo veia de espaldas, levantó los brazos espantado.

—¡Hija mia! exclamó, ya empieza á delirar y eso era lo que yo temia. Seria preciso que no tuviese ninguna emocion fuerte, porque esto podria matarla, y se necesitaria que experi-

mentase una para no volverse loca. ¡Muerta ó loca! ¡qué situacion, Dios mio! Hija, por Dios, acuéstate!

Dea entretanto seguia hablando con voz casi apagada como si una porcion del cielo se interpusiese ya entre ella y la tierra.

—Padre, os engañais; no deliro: oigo muy bien todo lo que me decís; me decís que hay mucha gente, que me están aguardando y que es preciso que represente esta noche. ¡Bueno! lo haré con mucho gusto; ya veis que estoy en mi cabal juicio, pero no sé cómo lo he de hacer, porque estoy muerta y Gwynplaine ha muerto tambien. Yo acudo á pesar de todo y consiento en representar; aquí estoy, pero falta Gwynplaine. Ya no está aquí.

—Hija mia, repitió Ursus, vamos, obedéceme. Vuélvete á la cama.

—¡Ya no está aquí! ¡ya no está aquí! ¡oh qué negra oscuridad!

—¡Negra oscuridad! balbuceó Ursus: es la primera vez que pronuncia esas palabras.

Gwynplaine, veloz y callado como una flecha, subió el estribo de la barraca, descolgó y se puso

el capisayo y la esclavina y volvió á esconderse en la sombra en que estaba antes.

Dea continuaba moviendo los lábios en un vago murmullo que poco á poco llegó á ser una melodía suavísima y misteriosa, y así comenzó á cantar repitiendo aquellos versos de un antiguo romance castellano que solia intercalar en el *Caos vencido* y que tantas veces habia dirigido á Gwynplaine :

Noche, quítate de ahí,
El alba canta....

Y al mismo tiempo continuaba divagando en su delirio, pronunciando frases sin sentido alternadas con versos castellanos suaves y oscuros como el zumbido de una abeja ; á veces alargaba las manos como si buscase algo en que apoyarse.

Apareciéndose de pronto junto á Ursus petrificado, Gwynplaine se arrodilló delante de ella y comenzó á contestarla como en otros tiempos :

O ven ¡ama!
Eres alma,
Soy corazon[1].

1. Excusamos repetir que estos y los demas versos que pone el autor en boca de sus personajes, y que por cierto no es fácil co-

Al mismo tiempo Dea sintió bajo su mano la cabeza de Gwynplaine. Imposible seria expresar el grito que lanzó al sentirla.... Una palidez de astro apareció en su pálido semblante y estuvo á punto de dar consigo en el suelo; él la recibió en sus brazos.

—¡Vivo! exclamó Ursus.

Dea repitió:

—¡Gwynplaine!

Y su cabeza se dobló sobre la mejilla del mancebo, mientras sus lábios murmuraban muy quedo:

—Has vuelto á bajar por vernos.... ¡Gracias!

Y levantando la frente, sentada en la rodilla de Gwynplaine, enlazándole con sus brazos, volvió hácia él su dulce rostro y fijó en los de Gwynplaine sus ojos llenos de tinieblas y de luz, como si le mirase.

—¡Eres tú! exclamó.

Gwynplaine cubrió de besos su vestido. Hay palabras que son al mismo tiempo gritos y sollozos, en que se funden y estallan de tropel

legir de dónde los habrá sacado, están en castellano ó cosa parecida, en el texto. (*N. del Tr.*)

todo el éxtasis y todo el dolor; acentos que no tienen ningun sentido y que lo dicen todo.

. . . . . .

Dea creia estar soñando y Ursus llegó á temer que se hubiese vuelto loco oyéndole hablar de la cámara de los lores y de los demas recuerdos que evocaba el jóven en sus desordenadas y ardientes contestaciones á las palabras de ternura con que de cuando en cuando le interrumpia Dea....

—No importa que te hayas vuelto loco, hijo mio, decia el viejo, monologando segun su costumbre; lo mismo te querremos, y volverse loco es un derecho que tiene todo hombre. Tambien yo puede que esté loco y que sea un viejo idiota, pues te ví meter en una sepultura y ahora te estoy viendo ahí.... O seré acaso tan animal como si yo tambien estuviese enamorado.... y la verdad es que lo estoy: enamorado estoy de los dos....

Entretanto el buque se deslizaba blandamente por las aguas, viento en popa, en medio de las tinieblas cada vez mas densas, con las brumas que venian del Océano: el rio se iba ensan-

chando y sus dos orillas á derecha é izquierda no eran ya mas que dos sutiles líneas casi amalgamadas con la noche. De toda aquella sombra se exhalaba como una profunda paz; Gwynplaine se habia sentado á medias teniendo á Dea abrazada, y así iban hablando, acariciándose, repitiéndose millares de veces las mismas ternezas. ¿Cómo pintarte, oh felicidad?

—¡Vida mia!

—¡Cielo mio!

—¡Amor mio!

—¡Oh mi dicha toda!

—¡Gwynplaine!

—¡Dea! estoy loco. Déjame que bese tus piés.

—¡Que al fin eres tú!...

—Tengo en este instante demasiadas cosas que decirte y no sé por dónde empezar.

—Un beso.

—¡Oh esposa mia!

—Gwynplaine no me digas que soy hermosa. ¡Tú sí que eres hermoso!

—¡Que al fin te vuelvo á ver! ¡que al fin te estrecho sobre mi corazon! Eres mia; no estoy

soñando, no: eres tú ¡mi Dea! Si supieras cuántas cosas me han sucedido desde que no nos vemos!...

—¡Gwynplaine mio!

—Te amo.

Y Ursus refunfuñaba por lo bajo:

—Me parece que ya soy abuelo segun lo contento que estoy.

Homo se habia salido de debajo de la barraca, y pasando del uno al otro discretamente, sin exigir que reparasen en él, distribuia lengüetazos á diestro y siniestro, ya á los zapatones de Ursus, ya al capisayo de Gwynplaine, ya á la falda de Dea, ya al colchon. Aquella era su manera de bendecir.

Ya el buque siguiendo su rumbo habia dejado atrás á Chatam y la desembocadura del Medway, y se acercaba á la mar: la tenebrosa serenidad del espacio era tal que la bajada del Támesis se efectuaba sin la mas pequeña complicacion; ninguna maniobra era necesaria y á ningun marinero se habia llamado sobre cubierta; solo en la popa el patron de la barca dirigia el timon; en la proa, la escasa luz del farol alumbraba el ven-

turoso grupo de aquellos seres que acababan de alcanzar de la divina bondad, desde el fondo de la miseria súbitamente trocada en felicidad, aquel inesperado encuentro.

IV

NO. ALLÁ ARRIBA

De pronto Dea, desprendiéndose de los brazos de Gwynplaine, se puso de pié y apoyó ambas manos sobre su corazon, como para impedir que estallase. Al mismo tiempo empezó á delirar, exclamando entre mil palabras inconexas:

— Gwynplaine, Gwynplaine, ¡me has resucitado!...

Púsose muy encendida, luego muy pálida y cayó sin sentido.

—¡Ah! dijo Ursus. La has matado.

Gwynplaine tendió los brazos hácia Dea, fuera de sí, y de seguro hubiera caido tambien desplomado á no haber tenido que sostenerla.

—¿Qué es eso? ¿qué te pasa, Dea mia? exclamó.

—Nada; te amo, exclamó acongojada, inerte en los brazos de su amante, colgándole las manos hasta el suelo como á una muerta.

Gwynplaine y Ursus tendieron en el colchon á Dea, que les dijo:

—No puedo respirar acostada.

Al punto la incorporaron, y como Ursus pidiese una almohada:

—¿Para qué? preguntó la enferma, ¿para qué, si tengo á Gwynplaine?

Y apoyó la cabeza sobre el hombro del jóven, que sentado detrás de ella la sostenia por la cintura desencajados y tristes los ojos.

—¡Ah! exclamó Dea ¡qué bien me siento!

Ursus la tomaba el pulso con la mayor zozobra y nada decia ni nada podia adivinarse de sus impresiones mas que por el rápido movimiento de sus párpados que convulsivamente se cerraban

y abrian como para impedir la salida á un torrente de lágrimas.

—¿Qué tiene? preguntó Gwynplaine.

Ursus apoyó su oido en el costado izquierdo de Dea, y el jóven repitió ardientemente su pregunta temblando de que le respondiese Ursus, el cual, lívido y sin pestañear, dijo:

—Debemos hallarnos á la altura de Canterbury; la distancia de aquí á Gravesend no es mucha y tendremos hermoso tiempo toda la noche: no hay que temer ataque por mar, pues las escuadras de guerra están en la costa de España. Tendremos una excelente travesía.

Dea, doblada por la cintura y cada vez mas descolorida, sobaba maquinalmente con los dedos los pliegues de su falda. Exhaló un suspiro indeciblemente pensativo y murmuró:

—Comprendo lo que quieres decir. No hay recurso para mí: me muero.

Gwynplaine se levantó terrible. Ursus sostuvo á Dea.

—¡Morir! ¡tú morir! exclamó. ¡No, no puede ser, no será! Morir, ahora cuando acabo de recobrarte.... No, Dios no es feroz, no; esas cosas

no suceden en el mundo. Dios no puede querer, Dios no quiere que se dude de él....

Y así continuó hablándole y llamándola en su delirio con las palabras mas desesperadas, á que ella contestaba alguna vez, ya moribunda y en voz de cada vez mas ininteligible. Llegó un momento en que por largo rato quedó inmóvil y fria; casi no se le sentia el resuello; á sus lábios asomó un poco de espuma de color de rosa que Ursus la enjugó con una punta del vestido sin que lo advirtiese Gwynplaine, que prosternado á sus piés, se los besaba fuera de sí implorándola con frenéticos sollozos....

Dea por último se incorporó de pronto, un profundo relámpago cruzó por delante de sus ojos y bañado el rostro en una inefable sonrisa, exclamó con voz vibrante :

—¡La luz, la luz! Veo.

Y expiró.

—¡Muerta! gritó Ursus viéndola caer yerta y sin vida sobre el colchon; y el pobre viejo, como desmoronado bajo el peso de la desesperacion, prosternó su cabeza calva y sepultó su rostro anegado en lágrimas en los pliegues del vestido

á los piés de Dea donde permaneció sumergido en una mortal congoja.

Entonces Gwynplaine apareció espantoso.

Púsose en pié, levantó la frente y consideró encima de su cabeza la inmensa noche.

Luego, de nadie visto, pero observado tal vez en aquellas tinieblas por algun ser invisible, alargó los brazos hácia la profundidad de arriba y dijo:

—Allá voy.

Y echó á andar por la cubierta con direccion á una de las bandas del barco, como si le atrajese una vision.

A pocos piés estaba el abismo.

En su rostro brillaba la misma sonrisa que poco antes habia iluminado el de Dea, y al andar iba diciendo entre dientes:

—No temas, ya te sigo; distingo perfectamente la señal que me haces.

Sus ojos no se apartaban de un punto del firmamento, en lo mas alto de la densa sombra nocturna. Ni una estrella brillaba en el cielo, pero evidentemente él veia una.

Llegado á uno de los costados del buque, en

la parte en que no habia baranda, siguió andando deliberadamente.

Puso el pié en el vacío y cayó al agua, muy profunda ya en aquel punto.

Fué aquella una desaparicion serena y sombría: nadie vió ni oyó nada. El buque continuó navegando, y el agua del rio corriendo hácia el mar.

Poco despues entró el barco en el Océano.

Cuando Ursus volvió en sí y no encontró á Gwynplaine, vió junto á la banda á Homo que aullaba en la sombra mirando el mar.

FIN.

INDICE

DEL TOMO CUARTO

LIBRO SEXTO

VARIOS ASPECTOS DE URSUS.

		Págs.
I.	Lo que dice el misántropo	3
II.	Lo que hace	9
III.	Complicaciones	23
IV.	*Mœnibus surdis campana muta*	29
V.	La razon de Estado trabaja en pequeño como en grande	39

LIBRO SÉTIMO

LA TITANA.

I.	El despertar	61
II.	Semejanza de un palacio con un bosque	67
III.	Eva	73
IV.	Satanás	85
V.	El hombre se reconoce, pero no se conoce	103

LIBRO OCTAVO

EL CAPITOLIO Y SUS CERCANIAS.

I.	Diseccion de las cosas majestuosas	111
II.	Imparcialidad	137
III.	La antigua sala	149
IV.	La antigua cámara	157
V.	Pláticas altaneras	165

Págs.

VI. La alta y la baja..... 179
VII. Las tempestades de hombres, peores que las tempestades de océanos..... 187
VIII. Seria buen hermano si no fuera buen hijo..... 211

LIBRO NONO

RUINAS.

I. Por el exceso de la grandeza se llega al exceso de la miseria..... 221
II. Residuo..... 229

CONCLUSION

EL MAR Y LA NOCHE.

I. El perro vigilante puede ser ángel custodio..... 237
II. Barkilphedro apuntó al águila é hirió á la paloma.. 241
III. El paraiso recobrado aquí abajo..... 247
IV. No. Allá arriba..... 259

FIN DEL ÍNDICE

Imprenta general de Ch. Lahure, calle de Fleurus, 9, Paris.

PQ
2285
H8S6
1869
t.4

Hugo, Victor Marie
De orden del rey

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY